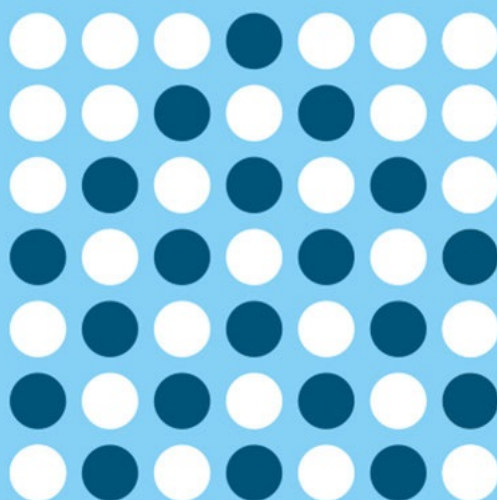


Ángel PERELMAN

CÓMO HICIMOS EL 17 DE OCTUBRE

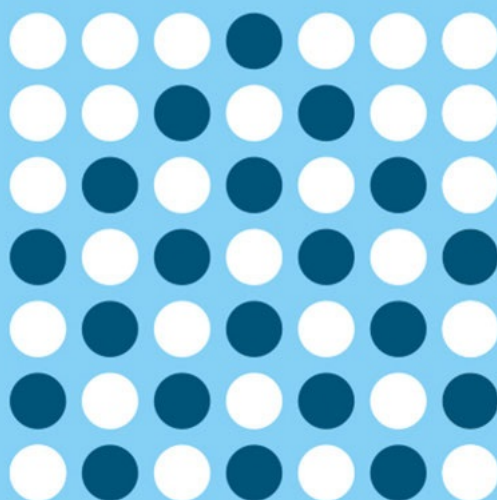


PRÓLOGO
MARCELO KOENIG
Colección CABECITANEGRA



Ángel PERELMAN

CÓMO HICIMOS EL 17 DE OCTUBRE



PRÓLOGO
MARCELO KOENIG
Colección CABECITANEGRA



CÓMO HICIMOS EL 17 DE OCTUBRE

Ángel Perelman

CÓMO HICIMOS EL 17 DE OCTUBRE

CABECITA NEGRA

Perelman, Ángel

Cómo hicimos el 17 de octubre / Ángel Perelman. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Punto de Encuentro, 2021.

Libro digital, EPUB - (Cabecita negra)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4465-76-4

1. Política Argentina. 2. Historia Política Argentina. 3. Peronismo. I. Título.

CDD 320.0982

■

© Punto de Encuentro, 2021

Av. de Mayo 1110, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina

(54-11) 4382-1630

www.puntoed.com.ar

Director de la colección: Carlos Zeta

Cuidado de esta edición: Teodoro Boot

Diagramación: Cutral ediciones | M. Victoria Ramírez

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro en cualquier forma o por cualquier métodos, sin el permiso previo y escrito de la editorial.

ÍNDICE

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[El 17 de octubre como mito fundante del peronismo](#)

[El subsuelo de la patria sublevado](#)

[Los fabulosos Perelman](#)

[Imperialismo y peronismo](#)

[Un peso por día, sin horario](#)

[El regreso de los oligarcas](#)

[Los traidores al socialismo](#)

[Industrias y sindicatos 1930-1943](#)

[Los cipayos soviéticos](#)

[Los comunistas traicionan la huelga metalúrgica](#)

[Belicistas y neutrales](#)

[El Ejército y la burguesía nacional](#)

[El primer contacto con Perón](#)

[El carácter histórico de los movimientos nacionales](#)

[Estados Unidos bloquea a la Argentina](#)

[La aparición de Braden](#)

[Perón habla al Ejército sobre la Revolución Rusa](#)

[Estalla el complot oligárquico contra Perón](#)

[El pícnic de la Plaza San Martín](#)

[El gran día](#)

EL 17 DE OCTUBRE COMO MITO FUNDANTE DEL PERONISMO

“Peronistas de alma son (...) esos que siempre se sienten
capaces de volver a hacer un 17 de octubre”

Eva Perón

No es frecuente poder relatar en primera persona, comprendiendo la trascendencia histórica, un hito de la memoria popular de un país. Ver el 17 de Octubre observado, relatado y explicado desde los ojos de un trabajador organizado es sin dudas un testimonio de gran valor, una fuente de primera mano a la hora de construir el relato de la irrupción de la clase trabajadora en la historia política de nuestra Argentina. ¿Quién puede dudar que, de elegirse la perspectiva principal para comprender el significado de la fecha, esta es el punto de vista más sustancial y jugoso a la hora de reconstruir esa particular circunstancia determinante de nuestra historia patria?

Tampoco es frecuente sintetizar un acontecimiento histórico sin traicionarlo un ápice en pleno momento de una resistencia que, para entonces (1962, año en que fue por primera vez publicado este libro), parecía sin fin. Perelman lo hacía siendo consciente de que, con un relato, desde un protagonismo no individual sino de clase, estaba contribuyendo al despliegue de un mito movilizante de las fuerzas de un movimiento que jamás se dio por vencido. Y lo hacía en un momento en que ese movimiento era duramente golpeado por las fuerzas de la reacción oligárquica.

Este texto fue escrito por Ángel Perelman cuando todavía no había pasado una década del nefasto golpe de Estado que derrocó al general Perón. Aquella

autodenominada “Revolución Libertadora”, popularmente rebautizada “Revolución Fusiladora”, fue sucedida por gobiernos conducidos por civiles y militares que siguieron proscribiendo, persiguiendo y reprimiendo al peronismo. Las acciones de la restauración oligárquica expresada en los distintos gobiernos de turno estaban encaminadas a que nuestro pueblo no repitiera esa experiencia liberadora con la intención de enterrar para siempre el hecho maldito del país burgués. El intento reaccionario sería inútil, ya que, al decir del poeta Leopoldo Marechal, “el pueblo recoge todas las botellas que se tiran al agua con mensajes de naufragio. El pueblo es una gran memoria colectiva que recuerda todo lo que parece muerto en el olvido. Hay que buscar esas botellas y refrescar esa memoria”.

Sin duda que este escrito de Perelman fue uno de esos mensajes de naufragio...

Presentados los hechos del libro, también en vivo y en directo nada menos que por la exquisita pluma de poeta de Raúl Scalabrini Ortiz, y hecha la contextualización de la vida y obra de ángel Perelman por Teodoro Boot, no me queda más espacio que hacer algunas reflexiones sobre la significación del mito del 17 de Octubre que este texto de Perelman contribuyó a cimentar.

Fundar una concepción política es mucho más que un mero hecho político y los caminos que se abren ante él. Fundar una expresión política que no sea una mera re-presentación —una versión nueva de una vieja receta— es abrir el surco con una serie de categorías políticas originales, con un lenguaje novedoso que da cuenta de la realidad, con una mitología propia que ordena el mundo simbólico donde se actúa. Una nueva tradición política trasciende incluso la idea de acontecimiento (como hecho determinante que bifurca caminos) en tanto implica producir, además, las herramientas para interpretarlo.

El mito en el pensamiento popular americano, como desentrañó Rodolfo Kusch, no es meramente un relato épico con consecuencias en el plano simbólico; el mito se vive mediante ciertos ritos, es una vivencia que estructura al mundo. El filósofo argentino encuentra en el mito la palabra grande que tiene la fuerza de lo poético, al mismo tiempo que se arraiga, echa raíces en la tierra. Se diferencia de la palabra pequeña, no solo de las que se pierden en el viento, sino también de las que encuentran su alojamiento en la ciencia, que desguaza las cosas para explicarlas. Esta palabra pequeña es la que habla del ser, del patio de los objetos. El mito, en cambio, se adentra en la trama de los fundamentos de la realidad que el vano intento de explicarla desde la racionalidad instrumental no llega a

percibir, se le escapa, porque se queda en ese mundo de las cosas. Es preciso entender el peronismo como expresión de una geocultura, un suelo de pensamiento, un estar ahí, de la realidad profunda argentina y americana, aunque en el plano estrictamente político. Todo ello, le hace más fácil habitar los silencios que las palabras. Eso, a veces, lo acerca a lo incomprensible.

El mito da fundamento al estar en América del que habla Kusch, también a ese estar político que es el peronismo. La cultura, en última instancia, no es más que investir de símbolos, de sentido, al domicilio existencial, la tierra en la que se habita. Ni la ciencia, ni los relatos objetivos construyen el específico horizonte simbólico del mito. Por eso es que el peronismo ha sabido nutrirse de sus propios mitos.

El peronismo sabe navegar por este mar que le es, por lo menos, esquivo a la política tradicional y restringida de los partidos demoliberales. Estamos hablando del plano de lo mítico. No nos referimos en aquel plano simbólico que habitan las marcas, las consignas, las efemérides y las estatuas. Por el contrario, se trata de un mar subterráneo que fundamenta lo inexplicable y sobre ese flujo profundo constituye sentidos. Los significantes del fenómeno peronismo están ahí, sobre la mesa, con una fuerza inusitada de explicación no necesariamente racionalista de la realidad. Y están al alcance de todos —porque tiene planos distintos de interpretación—, lo que constituye su mayor virtud y su contundente fuerza simbólica.

Todo en el peronismo remite y se explica en su mitología. No estamos hablando de un mito como relato desprovisto de marcas concretas. Nos referimos a lo mítico como sustancia política y de sentido de justicia (por eso justicialismo) en la piel, en el cuerpo. Ese mito se hace sustancia de valores que inunda el espacio de nuestra historia.

Uno de los mitos constituyentes del peronismo es, sin duda, el 17 de Octubre. De hecho, se trata de su mito fundacional. Sin comprenderlo, es muy difícil ya no encarnar sino también comprender el peronismo. Es el mito fundante de la lealtad y se complementa con otros, como el del 17 de noviembre que es mito del retorno triunfal.

Es a través de este tipo de significaciones que el peronismo construye en el plano mítico su propia épica, que le es consustancial. Sin épica no hay peronismo. Por eso es que su partida de nacimiento no podía ser un golpe de Estado o una

revolución militar (según cómo se interprete) (1) como el 4 de junio, (2) ni tampoco unos comicios impecablemente democráticos como los del 24 de febrero. (3) El mito fundacional del peronismo se ubica en el 17 de Octubre, una movilización de masas sin precedentes en Argentina, una irrupción de la clase trabajadora en la historia, una invasión de la periferia al centro, un protagonismo popular que cambia el rumbo histórico, un acontecimiento que, al construir un nuevo escenario, requiere también de una explicación propia en el plano simbólico.

Sostiene Carlos Astrada en El mito gaucha, que “para un pueblo siempre existe el momento para un gran comienzo. Un impulso inicial, una tensión”. Sin ese “gran comienzo” es imposible fundar una épica. Se trata de una acción heroica, que el fundante realiza para darle sentido a la historia. De ahí su importancia en la constitución del relato de su propia identidad. En tanto heroico y fundante, el mito del gran comienzo nunca puede carecer de una poética (4) propia, que le da transmisibilidad, que embellece los actos concretos y los significa como acontecimiento. Así el 17 de Octubre como título poético es, como lo puso en palabras Scalabrini Ortiz: “el subsuelo de la patria sublevado”.

El mito fundante del 17 de Octubre es bautismal. Por eso interviene el agua. Primero para cruzar las aguas impuras de un Jordán criollo que es el Riachuelo. No importa que muchos de los manifestantes vinieran como dice Scalabrini “de los talleres de Chacarita y Villa Crespo, de las manufacturas de San Martín y Vicente López”. La impronta del mito la ponen los que vienen del sur y tienen que cruzar el Riachuelo. Un río sucio y contaminado, pero que purifica a los que asumen el tránsito heroico por sus aguas. Pero el Riachuelo es al mismo tiempo como el Rubicón de Julio César: una vez cruzado no hay vuelta atrás en la historia. En tanto el río siempre es un límite, cruzarlo siempre implica una transgresión. Mucho más si esa frontera es demarcatoria de la diferencia entre la ciudad blanca y pulcra, y los talleres industriales, con sus manchas de grasa, su hedor a curtiembre, y sus tonos opacos. Atravesando esas aguas oscuras del Riachuelo se produjo la irrupción de los trabajadores en el centro del poder de la historia argentina. Se trata de una sustancia del subsuelo que fluye, que no se queda quieto en su recipiente, en su contención, en su destino prefigurado. Y que inunda todo, dejando su mancha indeleble.

Aunque les levanten los puentes para impedir su llegada, la multitud atraviesa las aguas putrefactas del río que divide, llenas de los desechos de una incipiente Argentina industrial que fue pariendo a esos “invasores” que permanecían en el

cono de sombra de la argentinidad europea, prolija, la que gozaba de los beneficios de las vacas y los trigales. (5) Ese río que tienen que cruzar se encuentra contaminado por la producción industrial del otro país, el que disputa su proyecto, por eso es el que marca el límite entre la ciudad blanca, pulcra y eurocéntrica, y el territorio de los hijos de la tierra, aun de los asimilados inmigrantes en permanente mestizaje. Se trata acaso del límite establecido, impuesto y custodiado entre la civilización y la barbarie. Porque se lo piensa entre los que tienen derecho a mandar y los que supuestamente nacieron para ser mandados, sin salir jamás de su cono de sombra y sumisión.

Mirada desde la ciudad blanca, la París de Sudamérica, esa movilización es percibida, sin dudas, como una invasión. En contraposición, desde los trabajadores de la periferia es apreciada como una marcha hacia la tierra prometida, en el complejo posecionarse en su carácter de protagonistas de la historia. Se trata de un territorio que les era ajeno, en la medida que estaba reservado para los hombres de traje y corbata, para las señoras de misa dominical y, en todo caso y como excepción, para el tránsito eventual y vigilado de los que realizaban tareas para ellos. Con la invasión, la ciudad europea y sus pretensiones de pulcritud definitivamente se quiebran con la fragilidad de un cristal, estalla en mil pedazos, se transforma, deviene en un territorio que también es disputado. Aparece un nuevo actor, hasta entonces olvidado, negado, vilipendiado, despreciado. Un actor que no estaba en los papeles de la política atildada de la época que lo trata de “aluvión zoológico” (6) o “lumpenproletariat agitado por la policía”. (7) Con el cruce del Riachuelo ese país profundo ya jamás podrá ser ignorado. Está ahí, en el cuadrilátero, en el centro del “ring” y ya no hay banquillo. Es parte de la pelea, aunque esta siga siendo desigual y amañada.

No obstante, el verdadero ejercicio de bautismo sagrado en el 17 de Octubre se da en las aguas de la fuente de la Plaza. Y no es sumergiendo la cabeza como en el antiguo rito cristiano, sino “las patas”. Sumergir los pies en la fuente es lo que provoca en el pueblo su conversión al peronismo. Así como el Jesús de los milagros se develó a partir de su bautismo en las aguas purificadoras del Jordán, esos cabecitas negras se muestran como un pueblo organizado con voluntad propia a partir de su incursión en las aguas de la fuente. Por eso es que el ícono consagrado de esa jornada, no son las fotos de los tranvías llenos de gente yendo hacia la Plaza, ni las impresionantes multitudes con antorchas encendidas en la noche. La estampita del 17 son los hombres y mujeres que meten sus pies en la fuente.

Así como para (Carlos) Astrada el mito fundante de la argentinidad es el Martín Fierro y en su análisis político existencial Hernández le otorga significaciones trascendentes para la construcción de un suelo simbólico de nuestra tierra; será el mito del 17 de Octubre el fundador del hombre/mujer del peronismo (porque los protagonistas de aquella fecha no fueron los hombres, a pesar del machismo de la época, sino hombres y mujeres indistintamente como da cuenta de ello la icónica foto de la fuente donde encontramos unos y otras). Se trata de una iluminación mítica de la “peronidad”, da a luz al peronismo, donde se capta lo esencial de lo argentino de mediados del siglo XX. Así como la premisa de Astrada en el mito gaucho es la figura de la infinita llanura que ensancha los horizontes, el peronismo tiene su figura fundante en el protagonismo popular para cambiar el sentido de la historia y nada menos que en la Plaza del poder. Allí desde donde se manejaron y manejan los destinos de la patria. Y todo esto, como en todo mito fundacional, resulta determinante histórica y proyectivamente. A diferencia del mito gaucho, ya no se trata del hombre que se había hecho infinitamente libre en la extensión interminable de la llanura, sino del trabajador y la trabajadora urbanos que, en su irrupción en la historia, meten sus patas en la fuente. Es decir, el laburante de a pie, el curtidor y la obrera de la textil, que se hacen impensadamente presentes en el núcleo del poder argentino simbolizado en la Plaza de Mayo. Ya no será el marginal, chúcaro y perseguido por el Estado, que relata José Hernández, sino el trabajador con sus manos y su “overol” manchado de aceite que se hace cargo del Estado, y le impone su impronta y su proyecto. También es un mestizo, como esa mezcla híbrida entre “indios” y “moros andaluces” (que, según la particular interpretación de Astrada, vinieron con Garay), dándole entidad al gaucho. Este mestizaje es múltiple como describe en su magistral relato del 17 de Octubre, Raúl Scalabrini Ortiz:

No era esa muchedumbre un poco envarada que los domingos invade los parques de diversiones con hábitos de burgués barato. Frente a mis ojos desfilaban rostros atezados, brazos membrudos, torsos fornidos, con las greñas al aire y las vestiduras escasas cubiertas de pringues, de restos de brea y de aceites. Llegaban cantando y vociferando unidos en una sola fe. Era la muchedumbre más heteróclita que la imaginación puede concebir. Los rostros de sus orígenes se traslucían en sus fisonomías. Descendientes de meridionales europeos iban junto al rubio de trazos nórdicos y al trigueño de pelo duro en que la sangre de un indio lejano sobrevivía aún.

John William Cooke también hará su contribución a la comprensión de la dimensión histórica del 17 de Octubre:

La montonera derrotada por el plomo de los civilizadores, el hijo del gringo proletarizado por el régimen, la multitud que había asistido al entierro de Yrigoyen como ciudadanía impotente, ocupaba la ciudad puerto de la oligarquía rapaz y parasitaria. Ya no eran ciudadanos de la democracia liberal, sino seres de carne y hueso, con su hambre, con su necesidad, con sus sueños, con sus cantos y sus bombos.

En la memoria histórica, el 17 de Octubre ha quedado como una verdadera invasión del conurbano. Una apropiación, para algunos indebida, para otros legítima, de “la Capital”. Los relatos de la época, como el de Scalabrini, mencionan que también los manifestantes venían de La Paternal, y Perelman habla de Barracas, pero la simbología del cruce del Riachuelo como límite, de la irrupción en la ciudadela sagrada, se constituyó como la parte más fuerte de este relato épico.

Los contemporáneos gorilas la ven claramente como una invasión, es el pánico de que los negros les ocupen barrio norte, como en el relato de Martínez Estrada. Este escritor, que había recibido dos veces el premio nacional de literatura, dejó plasmado el temor del “invadido”: “esos demonios salieron a pedir cuentas de su cautiverio, a exigir un lugar al sol, y aparecieron con sus cuchillos de matarifes en la cintura, amenazando con una San Bartolomé del barrio norte”. Como subraya en su lectura Horacio González (Perón, reflejos de una vida), no le preocupa de dónde vienen, como detalla Scalabrini, sino su objetivo: el barrio norte (el único lugar que nombra), su lugar en el mundo. Allí parecen pasearse irreverentes e impunes esos bárbaros, los “demonios de la llanura” de los que hablaba Sarmiento en el Facundo.

Esos nadies provienen del interior profundo en algunos casos, como lo acusan sus rostros, pero insoslayablemente el inicio de su marcha es ese gran Buenos Aires, hábitat natural del “cabecita negra”. Allí se radicaron las grandes masas de la migración interna, lo que siguió ocurriendo con el tiempo. El conurbano es

siempre, y a pesar de la clase media que vive allí, la zona de transición entre la civilización y la barbarie. Allí brota lo profundo de la argentinidad, y de la patria grande, engarzado con costumbres urbanas, aunque siempre en modos ásperos y formalmente incorrectos. Es el sitio de lo irresuelto, lo que la historia sigue aun demandando para hacer real la justicia. Es el cono de sombra, donde no se quiere ver que la frazada no alcanzó para todos. Esa es la fuerza simbólica del 17 de Octubre, cuando ese gran Buenos Aires repleto de cabecitas entró de modo contundente, digno, altanero, voraz, irredento, en la ciudad que mira eternamente a Europa. Y esa irrupción fue para disputarle quién manda: si las luminosas minorías de privilegio o las mayorías oscuras.

Sin embargo, hay que decir que esta incursión no fue un saqueo de respuesta al prolongado despojo, como perfectamente podría haber sido. Tampoco es una invasión anárquica, de zombies deambulantes, como los imaginan los vecinos de los barrios opulentos. Y aunque se hayan paseado por las aristocráticas calles de Barrio Norte, tiene finalmente un horizonte concreto: la Plaza. Hacia allí se dirigen las masas incontrolables pero dotadas de sentido. Los grasas, los cabecitas, los descamisados, con sus patas en la fuente del privilegio de la oligarquía vendepatria, a su vez se convierten, se empoderan, se hacen dueños de la Plaza, es decir, del centro del poder.

La Plaza, como hemos dicho, es el núcleo simbólico del poder en nuestra tierra. Allí se libraron combates por la reconquista frente a la invasión inglesa. Su espacio fue el escenario en el cual los chisperos de French y Beruti amedrentaron a los partidarios del virrey en mayo de 1810, para hacer factible la revolución. Fue allí también donde los caudillos cansados de la prepotencia porteña ataron sus monturas en abierto desafío. Fue el escenario de los primeros bombos utilizados por la chusma yrigoyenista. Todo transcurrió frente a su escenografía dominada, por un lado, por el Cabildo, que con cada modificación arquitectónica era menos fiel a sí mismo. Y, por el otro, por la Casa Rosada. El gran símbolo del poder de la Argentina oligárquica constructora del Estado moderno. Según el relato de la historia oficial, el color rosado se debe a Sarmiento, en su deseo de representar simbólicamente la fusión de los partidos que protagonizaron las cruentas guerras civiles de principios del siglo XIX. Se trataría entonces de una mezcla entre el rojo de los federales y el blanco, supuestamente usado por los unitarios. Pero, pequeño detalle, el color propio de los unitarios no fue el blanco sino el celeste. Con lo cual se cae todo ese relato construido ad hoc. El color rosado, en realidad, proviene de la mezcla entre la pintura a la cal y la sangre de vaca. Hay aquí todo un símbolo de la oligarquía

terrateniendo y la base bovina de sustentación de su riqueza. Es un color fundado en este modelo agropecuario exportador, es el color de la sangre del poder real.

En cierta medida, podemos decir que el mito del 17 de Octubre constituye y complementa al relato mítico de los hijos de Fierro, que se dispersaron a los cuatro puntos cardinales, llevando a cuevas el sentido de libertad, nacionalidad y dignidad, y que vuelven a confluir en la Plaza, en tanto centro del poder nacional. Los hijos de Fierro finalmente dejan de huir para hacerse cargo de la situación. Su antagonista sigue siendo la oligarquía que se apropió del Estado e impulsó desde allí la matanza de los gauchos y los pueblos originarios para apoderarse de la tierra como fuente de riqueza relacionada con la producción para el extranjero. Con la irrupción obrera en la Plaza se rompe la cajita de cristal de la ciudad blanca construida por esa oligarquía que le dio forma, a imagen y semejanza de Europa, y cruzada por sus propios intereses.

Hay también, en este mito fundante, la contradicción y el juego entre el hedor y la pulcritud como categorías propias de Rodolfo Kusch. El peronismo, en este plano, es —sin duda— la encarnación de lo Otro, la corporización concreta del hedor americano. Pero hay algo de este bañarse en las aguas cristalinas de la fuente, de la ciudad blanca, de la pureza, que es una concesión a la pulcritud. El peronismo no se restringe a esa encarnación del hedor, sino también de esa necesidad de lavarse las patas en la fuente. Por cierto, nunca lo hace desde los buenos modales. Estos parecen ser siempre ajenos al peronismo. Aun cuando muchas veces los practica, parecen impostados, forzados. Así pasa cuando se apega a un estricto institucionalismo. Sin embargo, el peronismo siempre está tratando de dar la prueba de la pulcritud. Aunque sus manchas de grasa sean indelebles, y no puedan ser borradas con nada.

Meterse en las fuentes de la Plaza de Mayo fue solo el principio de la apropiación de las aguas. Esto se reproduce, como marca Daniel Santoro, en las aguas de Mar del Plata (hasta entonces ciudad elitista, negada a los sectores populares) y después en las grandes piletas populares, donde una enorme cantidad de cabecitas negras contaminados de la huella del conurbano pueden disfrutar del agua, que antes estaba únicamente reservada para solaz de los ricos. Que los pobres tengan acceso al agua como disfrute genera odios. La imagen que prefieren, aun los progresistas, es el pobre dando lastima yendo a buscar con un raído y sucio balde una miserable cantidad de agua a una goteante canilla única en el barrio.

El peronismo trae, una y otra vez, la imagen insoportable de las mayorías haciendo uso del goce de la felicidad. Y el agua es parte de ella, en las fuentes, en los inmensos piletones o en las aguas y arenas de la playa Bristol en Mar del Plata. Hay todo un símbolo en la reconversión de la ciudad de veraneo oligárquico, a través de la instalación de cientos de hoteles sindicales, en el punto de contacto de las mayorías con el mar. Es por eso que las clases medias y altas, terminaron huyendo de ahí y “acaban construyendo la ciudad de Punta del Este, por fuera de la amenaza peronista. Lo hacen para evitar encontrarse con los negros gozando del agua al lado suyo”, insiste Santoro.

Otra cuestión interesante que plantea el mito del 17 de Octubre es que muestra al peronismo como una irrupción. Esto es una impronta particular que eligió expresamente como partida de nacimiento. En este sentido el peronismo es una anomalía, en la forma que usa esa palabra Ricardo Forster para el kirchnerismo, (8) no una continuidad evolutiva. La llegada del peronismo es un escándalo o una epifanía, según el lado en que se lo mire. O bien una epifanía escandalosa, que generó desconcierto entre los sectores oligárquicos que manejaban el poder a mediados de los cuarenta de la misma forma en que manejaban sus estancias.

El 17 de Octubre en la liturgia peronista es el día de la lealtad. Alguien dijo alguna vez con sarcasmo que únicamente un movimiento tan cruzado por la traición puede establecer un día de la lealtad. El peronismo es un movimiento en el que sobreabundan las deslealtades. Quizá porque tildar de traidor a otro, lo pone fuera de los valores peronistas y, además, es gratis. Sin embargo, esta liviandad de acusaciones se borra con la misma facilidad con que se pronuncia. En otras fuerzas políticas de la acusación de traidor prácticamente es imposible volver. Pero también la sobreabundancia de acusaciones de traición hace el clima del peronismo insoportable.

El filósofo Darío Sztajnszrajber planteó en una entrevista radial que la lealtad es aneconómica, es decir, que no se rige por las lógicas del intercambio, del mercado, de los beneficios que se sacan individualmente de esa lealtad. No obstante, el propio Perón parece contradecirlo cuando establece que hay distintos tipos de lealtad: “Hay dos clases de lealtades: la que nace del corazón, que es la que más vale y la de los que son leales cuando no les conviene ser desleales”.

Teodoro Boot hace una aguda observación en relación a la lealtad y el 17 de Octubre:

Este 17 el pueblo volvió a mostrar dos cosas. Una, que no es una suma de personas sino un sujeto único y viviente, lo que no significa que uniforme (¿o acaso ninguno se ha sentido en desacuerdo o disconforme con uno mismo en algún momento de su vida?). Y dos, que, en esas circunstancias, vuelve a estar por delante de todos los que pretenden ser sus dirigentes. (...) no sé quién ni por qué inventó lo del Día de la Lealtad. En mi opinión lo que merece conmemorarse no es la lealtad del pueblo a Perón (¿a quién se le puede ocurrir celebrar algo tan usual como que el pueblo nunca abandone a quienes pelean por él?) sino el insólito caso de que un dirigente se haya mantenido leal a los intereses y necesidades del pueblo. Y ese sí fue un acontecimiento extraordinario.

Marcelo Koenig

■

1. Como aporte a la interpretación dejamos aquí las palabras del entonces embajador norteamericano Spruille Braden haciendo su propia calificación: “El gobierno es débil, inescrupuloso y fundamentalmente antinorteamericano (...) El peligro nazi fascista estará presente mientras persista la actual situación. Sus venenos se desparramarán a otros países y tendremos que confrontarnos, en un futuro no demasiado distante con una amenaza mayor hacia toda la estructura de la seguridad internacional de la posguerra (...) El derrocamiento del gobierno argentino es posible y deseable a cualquier costo”.

2. El 4 de junio de 1943 fue la revolución militar que puso fin al régimen de la llamada Década Infame, iniciada por el golpe militar del 6 de septiembre de 1930. La revolución encabezada sucesivamente por los generales Rawson, Ramírez y Farrell fue llevada a cabo por militares nacionalistas e industrialistas (en esto confrontaban con el poder de la oligarquía terrateniente) y Perón fue parte de ellos, llegando a tener durante su transcurso cuatro cargos de importancia: vicepresidente de la Nación, secretario de Trabajo y Previsión,

ministro de Guerra y presidente del Consejo Nacional de Posguerra. En el régimen militar juniano ya se encontraban como contradicción muchos de los elementos del peronismo, pero el peronismo no era más que una parte de esa contradicción entre un nacionalismo popular e incluyente y un nacionalismo elitista y conservador. Estas contradicciones terminaron con Juan Perón preso, primero en Martín García y luego en el Hospital Militar desde donde fue rescatado por las masas.

3. El 24 de febrero de 1946 se produjeron en Argentina las primeras elecciones libres desde 1928, dado que después del derrocamiento de Hipólito Yrigoyen en 1930, todo fue fraude y manipulación electoral, cuando no irrupciones militares. En esas elecciones libres, concertadas después del 17 de octubre y garantizadas en su limpieza por el propio Ejército, se impuso el peronismo (a través, fundamentalmente, del Partido Laborista) ante una enorme coalición de partidos (que incluía a casi todos los tradicionales) denominada Unión Democrática.

4. Acaso el que expresa esa poética con las palabras justas es Raúl Scalabrini Ortiz. Recomendamos la lectura de su crónica del 17 de Octubre que acompaña el presente libro porque le pone palabras al mito.

5. Jauretche en su Manual de zonceras pintaba el falso cuadro de la colonización: “En la medida que las zonceras tienden a crearnos complejos de inferioridad para que no nos apartemos de la producción de materias primas alimenticias, estas zonceras son las destinadas a pintarnos con los más selectos colores de la paleta del destino que nos corresponde como coloniales. Bajo el signo de los ganados y las mieses, decorados con dioses helénicos y latinos, cestos y cornucopias, pámpanos, racimos, espigas, bifes, la pedagogía colonialista atiende a que no intentemos salir del sistema”.

6. Como lo hacen los políticos radicales como el diputado Ernesto Sanmartino.

7. Expresión que utiliza el dirigente socialista Américo Ghioldi.

8. “El kirchnerismo perturba, desacomoda, incomoda; desemprolija una historia que prolijamente iba cegando cualquier posibilidad de cambio. Bajo otra lógica, recobra aquella idea cookeana de lo maldito; rompe ese bloque bien ordenado del poder. El kirchnerismo introduce una febrilidad a la realidad, le sube la temperatura. Me interesa el kirchnerismo en la medida que perturba la buena conciencia argentina”, dice en una entrevista en Página/12.

EL SUBSUELO DE LA PATRIA SUBLEVADO

Corría el mes de octubre de 1945. El sol caía a plomo sobre la Plaza de Mayo, cuando inesperadamente enormes columnas de obreros comenzaron a llegar. Venían con su traje de fajina, porque acudían directamente desde sus fábricas y talleres. No era esa muchedumbre un poco envarada que los domingos invade los parques de diversiones con hábitos de burgués barato. Frente a mis ojos desfilaban rostros atezados, brazos membrudos, torsos fornidos, con las greñas al aire y las vestiduras escasas cubiertas de pringues, de restos de brea y de aceites. Llegaban cantando y vociferando unidos en una sola fe. Era la muchedumbre más heteróclita que la imaginación puede concebir. Los rostros de sus orígenes se traslucían en sus fisonomías. Descendientes de meridionales europeos iban junto al rubio de trazos nórdicos y al trigüeño de pelo duro en que la sangre de un indio lejano sobrevivía aún.

El río cuando crece bajo el empuje del sudeste disgrega su masa de agua en finos hilos fluidos que van cubriendo los bajíos con meandros improvisados sobre la arena, en una acción tan minúscula que es ridícula y desdeñable para el no avezado que ignora que ese río es el anticipo de la inundación. Así avanzaba aquella muchedumbre en hilos de entusiasmo, que arribaban por la Avenida de Mayo, por Balcarce, por la Diagonal...

Un pujante palpar sacudía la entraña de la ciudad. Un hábito áspero en densas vaharadas, mientras las multitudes continuaban llegando. Venían de las usinas de Puerto Nuevo, de los talleres de Chacarita y Villa Crespo, de las manufacturas de San Martín y Vicente López, de las fundiciones y averías del Riachuelo, de las hilanderías de Barracas. Brotaban de los pantanos de Gerli y Avellaneda o descendían de las Lomas de Zamora.

Hermanados en el mismo grito y en la misma fe, iban el peón de campo de Cañuelas y el tornero de precisión, el fundidor, el mecánico de automóviles, el tejedor, la hilandera y el empleado de comercio. Era el subsuelo de la patria sublevado. Era el cimiento básico de la nación que asomaba, como asoman las épocas pretéritas de la tierra en la conmoción del terremoto. Era el sustrato de

nuestra idiosincrasia y de nuestras posibilidades colectivas allí presente en su primordialidad sin reatos y sin disimulo. Era el de nadie y el sin nada, en una multiplicidad casi infinita de gamas y matices humanos, aglutinados por el mismo estremecimiento y el mismo impulso, sostenidos por la misma verdad que una sola palabra traducía.

En las cosas humanas el número tiene una grandeza particular por sí mismo. En ese fenómeno majestuoso a que asistía, el hombre aislado es nadie, apenas algo más que un aterido grano de sombra que a sí mismo se sostiene y que el impalpable viento de las horas desparrama. Pero la multitud tiene un cuerpo y un ademán de siglos. Éramos briznas de multitud y el alma de todos nos redimía. Presentía que la historia estaba pasando junto a nosotros y nos acariciaba suavemente como la brisa fresca del río.

Lo que yo había soñado e intuido durante muchos años, estaba allí presente, corpóreo, tenso, multifacetado, pero único en el espíritu conjunto. Eran los hombres que están solos y esperan que iniciaban sus tareas de reivindicación. El espíritu de la tierra estaba presente como nunca creí verlo.

Por inusitado ensalmo, junto a mí, yo mismo dentro, encarnado en una muchedumbre clamorosa de varios cientos de miles de almas, conglomeradas en un solo ser unívoco, aislado en sí mismo, rodeado por la animadversión de los soberbios de la fortuna, del poder, y del saber, enriquecido por las delegaciones impalpables del trabajo de las selvas, de los cañaverales, de las praderas, amalgamando designios adversarios, traduciendo en la firme línea de su voz conjunta su voluntad de grandeza, entrelazando en una sola aspiración simplificada la multivariada de aspiraciones individuales, o consumiendo en la misma llama los cansancios y los desalientos personales, el espíritu de la tierra se erguía vibrando sobre la plaza de nuestras libertades, pleno en la confirmación de su existencia.

La sustancia del pueblo argentino, su quintaesencia de rudimentarismo estaba allí presente, afirmando su derecho a implantar por sí mismo la visión del mundo que le dicta su espíritu desnudo de tradiciones, de orgullos sanguíneos, de vanidades sociales, familiares o intelectuales. Estaba allí desnudo y solo, como la chispa de un suspiro: hijo transitorio de la tierra capaz de luminosa eternidad.

Raúl Scalabrini Ortiz

LOS FABULOSOS PERELMAN

Si bien el prologuista no necesita presentación, conviene recordar que tres años antes del suceso que comenta deslumbrado, sin empleo, desengañado de las posibilidades políticas nacionales, previendo el inminente retorno a la presidencia de Agustín P. Justo, (9) la reedición de lo peor de la Década Infame y la incorporación argentina a una nueva guerra entre los países imperialistas, Scalabrini se había trasladado a la región chaqueña contratado para realizar unas mensuras. (10)

Fue entonces que un día, al terminar una jornada de labor, se dirigió a un almacén de ramos generales, en el que encontró dos indios tobas.

—¿Cómo estando?— preguntó Scalabrini.

—Estando bien —respondieron—. Estando coronel Perón. Indio trabajando, patrón pagando.

Fue entonces que decidió regresar, seguro de que algo había empezado a cambiar en el país.

Pero si el prologuista no necesita presentación, sí le hace falta al prologado, un militante sindical y político olvidado, en ocasiones, hasta en el sindicato que fundó, y al que siguió perteneciendo a lo largo de toda su vida.

¿Quién era este integrante del subsuelo de la patria sublevado, autor de este libro?

Nacido en Odesa, el inmigrante judío Iahn Perelman, hombre de acción y tenaz

milante comunista que casi no hablaba castellano, se desempeñaba como obrero en la gigantesca Tamet, la metalúrgica más importante de Sudamérica. Le habían tocado en suerte dos hijos muy rebeldes, el activo y encarador Ángel y el serio y reflexivo Adolfo, el intelectual de la familia, a quien en algún momento había echado de su casa debido a sus ideas.

Metalúrgico uno, textil el otro, ambos hermanos habían sido influidos por Liborio Justo, hijo del presidente Agustín P. Justo, que no estaba muy bien de la cabeza y con el alias de Quebracho apostrofaba al imperialismo norteamericano en las recepciones oficiales a Franklin Delano Roosevelt y se oponía públicamente al estalinismo, sumándose a las huestes del derrotado León Trotsky. Mientras, con el pseudónimo de Lobodón Garra, Liborio daba forma a textos costumbristas y conservacionistas, los hermanos Perelman también renegaban del Partido Comunista y colaboraban con el periódico Frente Obrero.

Frente Obrero, cuyo director era el casi adolescente Jorge Abelardo Ramos, hijo y nieto de anarquistas, meloneado en las ideas trotskistas por Adolfo Perelman, fungía de órgano del Partido Obrero Revolucionario Socialista (PORS), pequeño grupo de jóvenes activistas aglutinado en torno a Aurelio Narvaja.

Con el tiempo, atraído por la revolución boliviana, Adolfo viajará a La Paz, donde tendrá enorme influencia en el surgimiento de una izquierda nacional, hasta el punto de que el malogrado Sergio Almaraz, (11) que con justicia podría ser considerado el Scalabrini Ortiz de Bolivia, le dedicará su libro El poder y la caída, y será el inspirador de la primera fundición de estaño boliviana y redactor de la ley de nacionalización de la Gulf Oil Company en 1969. Dos de los discípulos de Adolfo serán Marcelo Quiroga Santa Cruz, (12) asesinado en 1980 por un grupo de militares argentinos durante el sangriento golpe de los narcotraficantes Luis García Meza (13) y Luis Arce Gómez, (14) y Andrés Solís Rada, (15) ministro de Hidrocarburos de Evo Morales.

Pero estamos en 1942, en el transcurso de una huelga metalúrgica declarada por una asamblea el 26 de junio, que a inicios de julio la dirección del SOIM (Sindicato de Obreros de la Industria Metalúrgica) en manos del Partido Comunista, decide levantar con el argumento de que los obreros le estarían “haciendo el juego a los nazis”. Ese es el momento en que el joven Ángel Perelman adquiere notoriedad, al volcar a favor de continuar la medida de fuerza a la asamblea de trabajadores de la Compañía Argentina de Talleres Industriales del Transporte y Afines (CATITA), una enorme metalúrgica de más de 3000

obreros. Para los trabajadores metalúrgicos —argumentará Perelman, de ahí en más delegado general de la planta— los nazis contra los que debían pelear no estaban en Berlín, sino en la Unión Industrial.

Ya desde el año anterior Perelman venía denunciando en Frente Obrero la complicidad de los dirigentes de su sindicato con Torcuato Di Tella (16) y el gobierno conservador a fin de reducir la conflictividad laboral y oponerse a los aumentos salariales reclamados por los trabajadores.

No se había equivocado. El 13 de julio de 1942, el SOIM consigue levantar la medida de fuerza, en medio de serios incidentes entre los trabajadores y los dirigentes del sindicato, el aparato del Partido y las fuerzas policiales. La defección del SOIM y la complicidad del Partido Comunista con la patronal quedan en evidencia.

Pocos meses después, un grupo de mecánicos de la fábrica Fontanares va a ver a Perelman, quien en su libro *Cómo hicimos* el 17 de octubre recordará:

Eran como yo, en esa época afiliados al Partido Socialista, disconformes con la orientación del partido y con la dirección comunista de nuestro gremio. Me propusieron la formación de un nuevo sindicato metalúrgico que organizase realmente a los trabajadores de nuestra industria rompiendo así, definitivamente, con los comunistas.

Fue en base a esos trabajadores de Fontanares, delegados de Tamet como Fernando Carpio, (17) Ángel Perelman y Víctor Gossis (del PORS) y Nicolás Giuliani (18) y el grupo de delegados socialistas, tras sucesivas reuniones en la pieza de un conventillo de la calle México, el 20 de abril de 1943, en la sede de la Unión Ferroviaria, de Independencia 2880, unos sesenta delegados de varias fábricas deciden fundar la Unión Obrera Metalúrgica.

Por unanimidad, Ángel fue elegido secretario General, Carlos Etkin y Hugo Sylvester, asesores jurídicos, Adolfo Perelman, administrativo, Víctor Gossis y Nicolás Giuliani parte de la comisión directiva de quince trabajadores de diversas corrientes ideológicas, mayoritariamente socialistas. Iahn Perelman, comunista convencido, no perdonó la defección del SOIM y se sumó como

asesor al nuevo sindicato, con el secreto propósito de controlar a sus dos descarriados hijos.

El nuevo sindicato comenzará a funcionar en una pequeña oficinita de la sede de la Unión Ferroviaria, dirigida por José Domenech (19) (líder de una de las dos facciones en que se había dividido la CGT) y cuya eminencia gris era el abogado socialista Juan Atilio Bramuglia, (20) quedando así de hecho incorporada a la CGT 1.

Un mes y medio más tarde, el 4 de junio de 1943, se producía un golpe de Estado y el nuevo gobierno, en sus inicios “orientado en sentido reaccionario”, recordará Perelman, interviene varios sindicatos.

Cuando poco después el general Edelmiro J. Farrell es designado ministro de Guerra, un insólito coronel Perón lo acompaña como secretario de la cartera, secundado por el teniente Coronel Mercante. (21) El coronel tenía una idea muy precisa de la importancia que adquirirían los trabajadores y así lo sostuvo en una conferencia dictada en la Escuela de Guerra, en la que ha de haber infartado a más de cuatro al afirmar que si la Revolución Francesa había terminado con el gobierno de las aristocracias, la Revolución Rusa terminaría con el gobierno de las burguesías. “Empieza —aseguró— el gobierno de las masas populares”.

Pero no le resultaría sencillo establecer alguna clase de vínculo con los dirigentes sindicales que, con buenas razones, desconfiaban de los militares, sus intenciones y su ideología.

El hielo se empieza a derretir por medio del teniente Coronel Mercante, hijo de un muy respetado dirigente de La Fraternidad, que insiste en la necesidad de que ambos gremios ferroviarios se entrevisten con los dos jóvenes oficiales. Será Hugo Mercante, hermano del teniente coronel y obrero ferroviario, quien lleve a Bramuglia y a Domenech a la Secretaría de Guerra.

Fue el primer paso. En los próximos meses, con la Secretaría de Guerra convertida en un Departamento del Trabajo paralelo, Perón sostendrá infinidad de reuniones con los dirigentes ferroviarios y delegados y militantes de base de diversos gremios.

La Comisión Directiva de la flamante Unión Obrera Metalúrgica rechaza la propuesta de Perelman de reunirse con Perón, y “Angelito” se siente obligado a renunciar. El 20 de septiembre otra asamblea general elige una nueva Comisión

Directiva, designando secretario General a Nicolás Giuliani, apoyado por los socialistas. Perelman queda en minoría, aunque continúa integrando la Comisión Directiva. Lo recordará así: “Mi posición encontró gran resistencia entre los otros miembros de la Comisión. De los quince asistentes, votaron en contra trece, y solo dos a favor”.

No obstante, la Comisión autorizará a Perelman y a Ernesto Cleve —más tarde diputado nacional por el Partido Laborista— a reunirse con Perón, como metalúrgicos, pero a título personal.

En esos momentos, con gran aspamento, Perón y Mercante ocupaban el edificio del clausurado Consejo Deliberante porteño y Perón asumía la presidencia del Departamento Nacional del Trabajo, inmediatamente convertido en Secretaría. La única representación sindical presente en el acto fue la de la Unión Ferroviaria.

Perelman y Cleve concurren a entrevistarse con el secretario de Trabajo y salen muy entusiasmados de la reunión: el coronel se había comprometido a apoyar todas las demandas del gremio metalúrgico.

Paralelamente, Bramuglia es designado director General de Asistencia Social de la Secretaría, y Mercante desplaza al capitán de Fragata Raúl Puyol de la intervención a la Unión Ferroviaria y La Fraternidad, asumiendo la administración del gremio rodeado de sus dirigentes. De inmediato, unifica todas las entidades mutuales ferroviarias, organiza el sistema integral de asistencia y previsión, al que suma el Hospital Ferroviario y las colonias de vacaciones e imponiendo un 12% de aporte provisional a las empresas, sanea el sistema jubilatorio y reglamenta el alcance de las pensiones e indemnizaciones por fallecimiento.

Ángel Perelman, cuya oficina de la UOM en la Unión Ferroviaria es contigua a la de Domingo Mercante, observa cómo, en apenas dos meses, los ferroviarios concretaban viejos reclamos que ni en sueños habían pensado en satisfacer. Vuelve a la carga y finalmente consigue persuadir a la Comisión Directiva de entrevistarse con Perón.

Para asombro de la mayoría, en esa reunión se formaliza el acuerdo con las reivindicaciones del gremio metalúrgico y se resuelve organizar un acto público con el propio Perón, el miércoles 6 de septiembre de 1944 en el salón del

edificio de Perú y Diagonal Sur para hacer públicos el convenio y los acuerdos.

“Fijada la fecha —dice Perelman— calculamos que podríamos llenar con mil metalúrgicos el Salón de Sesiones del Consejo Deliberante”. Sorprendidos, los dirigentes observarán que, tras colmar el salón de actos, en la Diagonal Roca se había concentrado una enorme multitud de cerca de 20.000 metalúrgicos.

A partir de ese momento, la UOM no cesará de crecer. Perelman y un pequeño grupo de trabajadores trotskistas que pronto formarán la izquierda nacional, habían creado la que con el tiempo y la acelerada industrialización llevada adelante por el gobierno de Juan Perón, sería la organización más poderosa del movimiento obrero y auténtico emblema del sindicalismo peronista.

Luego de su activo papel en las jornadas del 17 de Octubre, como especialista en convenios colectivos, Ángel Perelman conservará enorme influencia en la UOM, tanto durante el periodo peronista como luego de su retorno del exilio tras la amnistía dictada por Arturo Frondizi. En la asamblea que consigue normalizar el sindicato, cuando el viejo dirigente Paulino Niembro, que había sido uno de los sesenta delegados iniciales, rechaza el cargo de secretario General para el que había sido proclamado, proponiendo en su lugar al joven Augusto T. Vandor, Ángel Perelman estaba a su lado.

En 1968, en el documental La hora de los hornos, junto a un grupo de delegados obreros Perelman sostendrá:

El sindicalismo argentino no lucha únicamente por un salario más, sino que, verdaderamente, nosotros soñamos y creemos en la posibilidad de una gran revolución social y nacional para reivindicaciones ya no únicamente de la clase trabajadora sino para todo el país.

Tal como sostuvieron Solanas y Getino, a lo largo de la larga noche que cayó sobre Argentina en 1955, Ángel Perelman será un auténtico ejemplo de que “los delegados, comisiones internas y dirigentes sindicales fueron la única vanguardia intelectual y efectiva que se autoproporcionó el movimiento nacional”.

A los 25 años de edad, ese obrero trotskista, prototipo de una nueva camada de

activistas sindicales, había sido el fundador y primer secretario General de la Unión Obrera Metalúrgica y nada menos que el gestor de un acercamiento al coronel Perón que resultará clave y providencial.

Luego de una intensa trayectoria en la Unión Obrera Metalúrgica, Ángel Perelman morirá en 1973, a los 56 años de edad. Aquí, las versiones difieren. Para algunos fue enterrado en la Chacarita y para otros está sepultado en el cementerio judío de La Tablada que, si dispone de un sector especial para putas y cafishios, seguramente dispondrá de otro para nipo-nazi-falanjo-peronistas.

Teodoro Boot

■

9. Ex ministro de Guerra de Marcelo T. de Alvear y gestor en las sombras del golpe de 1930 que derrocó a Hipólito Yrigoyen, proscrito el radicalismo yrigoyenista y habiendo optado Alvear por una extravagante abstención revolucionara en París, el 8 de noviembre de 1931 Agustín P. Justo se impuso como candidato a presidente contra la fórmula de Lisandro de la Torre y Nicolás Repetto.

Con sus principales enemigos proscriptos, el apoyo de la autodenominada Concordancia (coalición integrada por los partidos Demócrata Nacional, Socialista Independiente y Unión Cívica Radical antipersonalista) era suficiente para imponerse, lo que de ninguna manera impidió que se privara de hacer un monumental fraude.

Autor ideológico del Pacto Roca-Runciman, mediante el que la oligarquía bonaerense entregó el país al Imperio Británico a cambio de la sobrevivencia de sí misma, no descansó un segundo en el engaño, la manipulación y la corrupción moral e intelectual de los argentinos.

Durante su periodo presidencial tuvieron lugar notables estafas al Estado, como la de la corrupción de los niños cantores de la Lotería Nacional, los sobreprecios pagados por los terrenos para uso militar de Palomar, el turbio negocio de la exportación de carnes, que desembocó en la interpelación de los ministros Duhau y Pinedo, en cuyo transcurso se produjo el asesinato del senador Enzo Bordabehere, y del llamado “escándalo de la CADE”. Caudillo indiscutido de un Ejército que él mismo se había ocupado de depurar de elementos radicales, se disponía a volver a la presidencia, lo que luego de la muerte de Marcelo T. de Alvear ya nadie se encontraba en condiciones de impedirle. El fraude patriótico, la Concordancia, la corrupción, el escepticismo, la neutralización del Ejército y el desgano general lo garantizaban, pero el 11 de enero de 1943 Agustín Pedro Justo partió rumbo al más allá, un año antes de que pudiera volver a convertirse en presidente, precipitando los acontecimientos.

Su personalidad mordaz, cínica, amoral y descreída marcó toda una época. La nombró el periodista José Luis Torres, pero a la Década Infame la inventó él.

10. El notable investigador y escritor, cuando no podía malvivir como periodista, lo hacía ejerciendo su profesión: la agrimensura.

11. Historiador, periodista y político, el sociólogo Sergio Almaraz Paz, fue un activo estudioso y denunciador de las estructuras del poder mediante las que ejercía la dominación extranjera, particularmente de la “rosca” minera dirigida por el multimillonario Simón Patiño, lo que lo acercó al movimiento nacionalista, al que de todos modos se negó a integrarse. Autor de El petróleo en Bolivia, El poder y la caída, Réquiem para una república y Para abrir el diálogo. Falleció el 11 de mayo de 1968, a los 39 años de edad (N. del E.).

12. Escritor, periodista, político y docente universitario, fue diputado nacional en 1966 por la alianza integrada por la democracia Cristiana y Falanje Socialista Boliviana y desaforado y preso tiempo después debido a sus críticas al general René Barrientos. Nombrado ministro de Minas y Petróleo en 1969 por el

gobierno del general Alfredo Ovando Candía y, posteriormente, de Energía e Hidrocarburos, fue autor de la nacionalización de la Bolivian Gulf Oil Company, de los decretos que establecieron el monopolio del comercio exterior de minerales y la obligación de entregar al Banco Central la totalidad de las divisas generadas por las exportaciones. Alejado del gobierno debido a lo que consideró un giro a la derecha de Ovando Candia, funda el Partido Socialista. El 17 de julio de 1980, al producirse el sangriento golpe financiado por la dictadura argentina, fue herido y secuestrado durante el asalto a la Central Obrera Boliviana (COB). Aún permanece desaparecido (N. del E.).

13. Luego del triunfo electoral del nacionalista Hernán Siles Zuazo, el comandante en jefe del ejército el general García Meza impidió la asunción del presidente electo derrocando a la presidenta constitucional Lidia Guéiler. Procesado por sus vinculaciones con el narcotráfico, fue más tarde condenado por crímenes de lesa humanidad debido, entre otros, el secuestro y desaparición de Marcelo Quiroga Santa Cruz (N. del E.).

14. Luis Arce Gómez fue uno de los autores del golpe de Estado que encumbró en la presidencia a García Meza, ministro de Interior de ese gobierno y autor de una lista negra de 115 dirigentes políticos, sindicalistas, militares, periodistas y sacerdotes que debían ser eliminados. Implicado en serios casos de narcotráfico, estuvo involucrado en narcotráfico y fue extraditado a los Estados Unidos, donde estuvo preso hasta 2009, cuando fue expulsado hacia Bolivia. Condenado por los delitos de alzamiento armado y organización e integración de grupos irregulares, delitos contra la libertad de prensa, y homicidio de varios integrantes del MIR, fue acusado de la desaparición de unos 28 dirigentes políticos y sindicales. Falleció en prisión en marzo de 2020 (N. del E.).

15. Docente, político, periodista y dirigente sindical, Andrés Soliz Rada fue un destacado defensor de los recursos naturales de Bolivia. Propulsor de la nacionalización de los hidrocarburos, vinculado a Jorge Abelardo Ramos, fue autor, entre otros libros, de La caracterización de Bolivia y la contradicción fundamental, El gas en el destino nacional, La conciencia enclaustrada y Jorge

Abelardo Ramos y la Unión Sudamericana. Falleció el 2 de septiembre de 2016 (N. del E.).

16. Fundador de la metalúrgica SIAM (Sociedad Industrial de Amasadoras Mecánicas), el italiano Torcuato Di Tella, llegado a los 13 años a la Argentina, combatió en la Primera Guerra Mundial y fue un destacado activista antifascista, lo que lo vinculó al dirigente comunista Vittorio Codovilla. Miembro del directorio de la Unión Industrial Argentina, representó al país en la Conferencia de la Organización Internacional del Trabajo (N. del E.).

17. Manuel Fernando Carpio fue delegado gremial en cuanta fábrica trabajó (Tamet, CATITA, Alba y RCA Victor) será el primer secretario general del Partido Socialista de la Izquierda Nacional y cofundador del FIP (Frente de Izquierda Popular). Tenaz activista sindical y político y protagonista tanto del 17 de Octubre como de las luchas posteriores al derrocamiento de Perón, falleció el 15 de abril de 1980 (N. del E.).

18. Integrante del Partido Socialista, tenido erróneamente, aun por el propio sindicato, como el primer secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica (N. del E.).

19. Si bien de tendencia socialista, José Domenech, secretario General de la Unión Ferroviaria, fue designado al frente de la CGT Número 1, que pretendía mantener la mayor autonomía de los partidos políticos. En la asamblea de obreros ferroviarios del 9 de diciembre de 1943 fue el primero en definir a Perón como “primer trabajador argentino”. Si bien durante el periodo peronista se mantendría alejado del poder, regresando a su lugar de trabajo, luego del golpe de Estado de 1955, tras el saqueo de su humilde casa de Banfield, sería encarcelado y salvajemente torturado. Radicado con su familia en Corrientes, cuando Pedro Eugenio Aramburu asumió el poder, buscará refugio en Paraguay (N. del E.).

20. Hijo de un obrero ferroviario y obrero él mismo, no bien se recibió de abogado Juan Atilio Bramuglia pasó a asesorar a la Unión Ferroviaria. Vinculado muy pronto a la dupla Perón-Mercante, no bien Perón ocupó la secretaría de Trabajo, fue designado al frente de la Dirección de Previsión Social. Interventor federal de la provincia de Buenos Aires en enero de 1945, sería destituido no bien Perón fue detenido y enviado a Martín García. Luego de 1946, si bien aspiraba a la Secretaría de Trabajo fue designado ministro de Relaciones Exteriores, cartera en la que realizó una labor muy destacada y valorada internacionalmente, si bien no consiguió sobrevivir al sabotaje y boicot de la burocracia de la Cancillería. Tras el golpe de Estado de 1955 fundaría la Unión Popular, diferenciándose del discurso beligerante de Juan Perón, de quien se distanciaría, hasta que en 1962 La Unión Popular llevaría como candidato a la gobernación al dirigente sindical Andrés Framini y a Marcos Anglada. Si bien la Unión Popular se impondría cómodamente con el eslogan “Framini, Anglada Perón en la Rosada”, las elecciones serían anuladas, la provincia intervenida y finalmente el presidente Frondizi derrocado por un nuevo golpe de Estado. Falleció en septiembre de 1962, a los 59 años de edad (N. del E.).

21. Domingo Mercante, “El corazón de Perón”, será interventor de la Unión Ferroviaria, activo nexo entre Perón y los sindicatos, cumpliendo un papel destacado en los sucesos de octubre de 1945, más tarde electo gobernador de la provincia de Buenos Aires y en 1949 presidente de la Convención Constituyente. Firme candidato a ocupar la vicepresidencia cuando se produjera la reelección de Perón, cargo al que también aspiraba Eva Perón, por lo que el presidente optó por cortar por lo sano y fiel a su consigna de no cambiar de caballo en mitad del río, volvió a llevar como vice al ya muy anciano Hortensio Quijano, quien fallecería poco después. Raleado del círculo gobernante, la notable obra de gobierno de Mercante, probablemente el mejor gobernador de la provincia de Buenos Aires desde 1853 en adelante, será sistemáticamente ocultada e ignorada por el propio peronismo, que solo comenzó a reivindicarlo en tiempos recientes (N. del E.).

IMPERIALISMO Y PERONISMO

A seis años de la caída de Perón y de su régimen político, la opinión pública general del país ha cambiado fundamentalmente en sus juicios con respecto al peronismo, a las medidas que practicó desde el gobierno y a lo que este movimiento significó en la vida argentina. Son múltiples las razones que se arguyen para este cambio; la más superficial de todas ellas ha provenido de causas electorales. Ninguno de los partidos políticos actuales, cuenta con fuerza suficiente para imponer una decisión nacional en los comicios y en la vida pública. Hasta los más empeñados adversarios del peronismo, incluidos los “gorilas”, han terminado por reconocer lo que habían negado siempre: que el peronismo es el movimiento popular más vasto que ha conocido la República a partir de la descomposición del yrigoyenismo. Este hecho irrefutable ha movido a los políticos burgueses y aun a los personeros de la oligarquía a reconsiderar, en parte, las mentiras que habían propagado durante quince años. ¿A qué se debe esta actitud?

Hoy una razón profunda: las fuerzas más oscuras, los intereses mundiales que buscan utilizar a la Argentina y a América latina como pieza en sus disputas, la burocracia soviética tanto como el imperialismo, ven en el peronismo con su jefe exiliado un instrumento formidable, si logran dividirlo o influir en él. Agentes visibles secretos de estas fuerzas mundiales mencionadas, lo mismo que de la burguesía (Frigerio y otros) actúan en su seno para poner este inmenso ejército civil a su servicio. En tiempos de Perón, la centralización del poder volvía mucho más difícil o imposible este intento. La caída de Perón ha alarmado a estas fuerzas puesto que, si Perón encabezaba el movimiento popular, lo hacía dentro de ciertos límites políticos, económicos y sociales que, en realidad, no pusieron en juego la suerte y los cimientos mismos de la oligarquía, como se demostró precisamente por su caída. Pero Perón en el exilio deja a las masas populares en la opinión de los reaccionarios locales y extranjeros, un poco a la deriva. Su alarma proviene de que nuestra clase y el pueblo peronista evolucionen hacia la izquierda y encuentren su dirección política independiente de la burguesía nacional, del imperialismo y de la burocracia soviética. De ahí esa “comprensión” relativa de los partidos burgueses hacia el peronismo, de ahí

todas las maniobras externas o internas en el peronismo para congelar su ideología en el puñado de fórmulas generales que le dieron nacimiento y que ya no responden al cambio de la situación nacional e internacional.

Es evidente que, para situarse en el campo de la política argentina en esos días, resulta imprescindible tener ideas claras sobre toda una serie de cuestiones, la primera de las cuales es la significación del peronismo. Esta tarea es imposible, no obstante, sin remontarse a su propio origen, es decir, sin conocer con toda certeza de qué manera el peronismo se formó, cómo apareció Perón en la vida pública, cuáles fueron las clases sociales, los grupos políticos y económicos que contribuyeron a la formación del peronismo y, además, cuáles eran los antecedentes políticos y económicos que precedieron a las grandes huelgas generales de 1945. Esa es la razón por la cual el trabajo que el lector tiene en sus manos se propone tan solo exponer, de la manera más concisa posible, qué ocurrió en el país en ese año famoso. Si consigo realizar este objetivo, aunque sea en parte, contribuiré, quizás, a una comprensión del peronismo actual y de su probable evolución.

UN PESO POR DÍA, SIN HORARIO

No olvidaré nunca la revolución (“chirinada”, como decía mi padre), que le hizo el general Uriburu a Hipólito Yrigoyen en 1930. Muchos años después me enteré que ese golpe militar había tenido muy graves consecuencias para el destino del país; pero de lo que me enteré antes, fue de lo que ese golpe significaba para mí, personalmente, que era un chico de 10 años. En realidad, a Yrigoyen no solamente lo voltearon el general Uriburu y los intereses petroleros. A Yrigoyen lo volteó, sobre todo, la crisis iniciada en el mundo en 1929 que debía traer en toda América latina una serie de movimientos palaciegos desatados en cadena en la Argentina, en Uruguay, en Brasil, en Perú y en otros países coloniales. Pero la palabra “crisis”, que ese año surgió por primera vez, no era una simple palabra para mí. Cayó sobre mi cabeza como un verdadero martillazo. Mi padre, como otros tantos miles de obreros, fue despedido de su trabajo. En los primeros años de la crisis muchas fábricas cerraban y creaban verdaderos ejércitos de desocupados. Aparecieron las “Villas Desocupación” y los “Barrios de las Latas”, en Puerto Nuevo, que no tenían el significado que hoy tienen las villas miserias, productos del desarrollo industrial, y, en cierto sentido, expresión de la prosperidad y de la crisis de la vivienda que origina el desarrollo industrial en la sociedad capitalista. Aquellas “villas desocupación” representaban una cosa muy distinta y mucho más dramática: eran el resultado de la falta de trabajo mientras que las “villas miserias” de hoy, que a muchos periodistas pequeñoburgueses “izquierdistas” les hacen temblar el pulso, representan el fenómeno inverso, representan precisamente la abundancia de trabajo.

La crisis económica me obligó a abandonar la escuela a los 10 años, para ir a trabajar como aprendiz en un taller metalúrgico. La explotación capitalista y la lucha de clases las aprendí primero en esa fábrica del año 30 que leyéndola en los libros. Me pagaban un peso por día, pero eran jornadas sin horario salvo el de entrada que era siempre el mismo. La hora de salida la fijaba el patrón, generalmente alrededor de las ocho de la noche. Fueron años duros. Toda la felicidad para una familia obrera consistía, pese a los bajos salarios, la escasa fuerza de la organización sindical, en conservar el trabajo, en tener empleo. Cuando venía el despido, cosa que era frecuente, empezaban los largos días

esperando en los cafés del barrio. No faltaba nunca un amigo que tenía los 10 centavos para tomar un pocillo de café, que era un medio de “alquilar” la mesa a la cual nos agregábamos unos cuantos. Así pasábamos las horas los muchachos de esa época, pero nos íbamos a acostar temprano, porque a las cuatro de la mañana del día siguiente había que ir a la Avenida de Mayo, donde se repartía y donde se vendía el diario La Prensa, cada uno con la esperanza de comprar un ejemplar y encontrar en los clasificados de “pedidos” la lista de algún taller para ir a ofrecerse. No era una tarea fácil, porque había que tomar tranvía y generalmente cuando uno llegaba a la puerta de la fábrica había una larga cola. Era más simple para aquellos afortunados que tenían bicicleta, que se colocaban a la cabeza de la cola, eran los tiempos de los desesperados, de los ingeniosos y de las pequeñas raterías. Un amigo del barrio durante mucho tiempo hizo “razzias” bien temprano recorriendo las puertas sucesivas de una cuadra, levantando las botellas de leche. Se tomaba un litro por día y el resto las vendía. Si llegaba alguna enfermedad no había más solución que arrimarse a algún caudillo parroquial para que le consiguiera a uno muestras gratis o autorización para obtener una cama en un hospital, cosa difícil de conseguir.

A los 14 años de edad y ya con cuatro de obrero, no pudo menos que interesarme la política. ¡Cómo para no interesarme! Había muchas manifestaciones realizadas por los desocupados. Algunos partidos de la izquierda protestaban por la miseria reinante. Las asambleas sindicales, aunque escasas de número, porque los sindicatos carecían de fuerza en un período desocupación, reunían a los trabajadores más militantes y decididos. Yo empecé a concurrir a toda clase de reuniones y de actos. Una reunión sindical fue disuelta con violencia por la policía y yo fui a parar a la Sección Especial, pero no me hicieron nada porque era casi un chico. Pero vi con mis propios ojos cómo a un obrero le arrancaron la uña con una tenaza para que confesara y delatara a sus compañeros del comité de huelga de una casa metalúrgica. La Sección Especial había sido creada por el ministro del Interior del presidente Justo, que era el Dr. Melo, un gran abogado, según decían los diarios serios. Y era “especial” porque se especializaban en la lucha contra el “comunismo”. Esta sección de la policía incluía como comunistas a todos los militantes obreros y jóvenes de izquierda que molestaban al gobierno cipayo de ese tiempo.

EL REGRESO DE LOS OLIGARCAS

Los viejos políticos del régimen conservador encontraron la mejor oportunidad para volver a dirigir al país. El general Uriburu duró poco en el gobierno; estaba rodeado de un grupo de nacionalistas conservadores que le soplaban al oído la sugestión de establecer un régimen corporativo. Pero si los nacionalistas y Uriburu habían logrado derribar a Yrigoyen, que se caía solo, pues el radicalismo se había gastado en el poder, los nacionalistas no tenían fuerza suficiente que los sostuviera para realizar su utópico programa. Era muy claro para todo el mundo que solo habían servido para que los uriburistas montaran la máquina del fraude electoral y entregaran el poder a la oligarquía vacuna, representada por los conservadores y los radicales antiperonistas.

Así fue cómo surgió el gobierno fraudulento del general Justo en 1932. Estaba apoyado por los conservadores, los radicales enemigos de Yrigoyen y los socialistas independientes, que eran una rama del Partido Socialista de Juan B. Justo conocida por los “libertinos”, encabezados por el Dr. Antonio Tomasso y el Dr. Federico Pinedo. Estos “socialistas” habían aprendido la doctrina del librecambio, programa imperialista para las semicolonias, en la escuela del Dr. Justo, y la aplicaron en el gobierno conservador. Por eso Pinedo fue ministro de Hacienda y Antonio Tomasso ministro de Agricultura del gabinete del Gral. Justo.

El periodista nacionalista José Luis Torres llamó a ese periodo que se extiende desde 1930 hasta 1943 la “Década Infame”. Esta expresión fue luego muy popularizada y hasta la nueva generación sabe lo que eso significa.

A la “Década Infame” nosotros la conocimos, los que hicimos el 17 de Octubre, a costa de nuestro pellejo. Que no vaya a creerse que el golpe militar del 4 de junio de 1943 brotó de la tierra ni cayó del cielo por pura casualidad. Los trece años anteriores demostraron la colonización sistemática del país; la entrega de recursos financieros y bancarios al capital británico; la creación del Banco Central por obra de Sir Otto Niemeyer, director del Banco de Inglaterra; la Corporación de Transportes y la expropiación de los colectiveros; la creación del

Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias; los escándalos financieros derivados de la conversión de la deuda externa de la provincia de Buenos Aires, realizada por la Banca Bemberg; la firma del tratado Roca-Runciman que colocaba en manos inglesas el manejo de nuestra política económica, el precio de las carnes y la comercialización de nuestra producción agropecuaria; el fraude electoral más inicuo que recuerda la historia argentina.

La tradicional influencia británica en la política y en la economía argentina, disminuida en parte durante las dos presidencias de Yrigoyen, reapareció con todas sus fuerzas durante la Década Infame. El gobierno del Gral. Justo no hizo sino poner de relieve en su faz práctica la servidumbre colonial que el Imperio Británico había impuesto a los argentinos durante más de un siglo. Pero estas páginas no pretenden ser historia económica, sino restituir, en la medida de mis fuerzas, el panorama político que precedió al estallido militar del 4 de junio de 1943. A quien desee profundizar la era de los negociados y de la entrega puedo recomendarle los libros que yo mismo he leído: las obras de Raúl Scalabrini Ortiz, de José Luis Torres y de Jorge Abelardo Ramos.

Es importante destacar que, a esa situación económica de país colonial, correspondía una superestructura política semejante. Porque, en realidad, los partidos tradicionales, tanto los de derecha, los de centro como los de “izquierda”, pertenecían al sistema creado por la oligarquía. Si se considera que el Partido Comunista y el Partido Socialista, habían participado directa o indirectamente, política o ideológicamente en el derrocamiento de Yrigoyen, podrá el lector comprender por qué esos mismos partidos “obreros” que habían estado en 1930 contra un movimiento popular, estaban preparados políticamente para luchar contra el nuevo movimiento popular que aparecía en 1945. Había una estrecha relación entre el antiyrigoyenismo de los socialistas y comunistas de 1930 y el antiperonismo que demostrarían a partir de 1945. Si vamos más lejos, y leemos toda la literatura política de socialistas y comunistas, aún en lo que se refiere a su comprensión o a su interpretación de la historia argentina esos partidos de la “izquierda europea”, consideran de un mismo modo los movimientos populares habidos en nuestro país a lo largo de toda su trayectoria. Pues, del mismo modo que condenan las montoneras y sus caudillos en las guerras civiles argentinas del siglo XIX, así en el orden de la política contemporánea enfrentaron y condenaron al movimiento popular de Yrigoyen, y más tarde, al de Perón. Esta estrecha vinculación en el orden de la historia y de la política de los partidos “izquierdistas” dice bien a las claras que fueron y siguen siendo una especie de “ala izquierda” de la oligarquía. De ahí la

importancia política decisiva que reviste la posición política asumida por los partidos políticos ante el gobierno de Yrigoyen, puesto que la caída del caudillo radical inaugura la Década Infame.

El representante más conspicuo de la oligarquía conservadora, el Dr. Matías Sánchez Sorondo, declara el día 8 de setiembre de 1930 desde la Casa de Gobierno: “Una horda, un hampa había acampado en las esferas oficiales implantando en ellas tiendas de mercaderes, comprándolo y corrompiéndolo todo, desde lo más sagrado hasta el honor de la patria”. Este era el juicio que merecía al dirigente conservador el gobierno de Yrigoyen, juicio formulado por el representante de un gobierno que, como el de Uriburu, estaba formado por personas vinculadas a las empresas petroleras extranjeras.

LOS TRAIADORES AL SOCIALISMO

El Partido Comunista, a su vez, tenía una posición condenatoria del presidente Yrigoyen. Vittorio Codovilla, que ya en esa época estaba encaramado a la dirección del Partido, dirá poco después:

Nuestra perspectiva —de la cual yo soy uno de los principales responsables— era que, a pesar de las amenazas de la oposición, el golpe de Estado no tendría lugar, por cuanto el yrigoyenismo, en cuyo seno se desarrollaban elementos de fascistización, estaba en condiciones de reforzar dictatorialmente el aparato de represión estatal, concentrar a su alrededor a la mayoría de las fuerzas de la burguesía y de los terratenientes, y luego de obligar a la oposición a capitular, concentraría la lucha —continuando su política de nacionalización— contra el movimiento obrero y campesino, para descargar sobre esas capas sociales las consecuencias de la crisis. De ahí que hayamos concentrado toda nuestra actividad contra el yrigoyenismo —en la medida que hemos desarrollado una actividad— sin comprender el carácter del golpe de Estado que se estaba preparando.

Viejos militantes obreros recuerdan bien que el Partido Socialista de Juan B. Justo no asumió frente al golpe de 1930 una posición mejor que la del Partido Comunista. En un manifiesto publicado días más tarde de la asonada militar, el partido, dirigido ya entonces por Nicolás Reppeto, afirmaba:

La Nación ha vivido una dolorosa realidad desde 1926 hasta estos recientes días de 1930... El gobierno de la Unión Cívica Radical ha sido para la República un castigo superior al error del pueblo que la exaltó. El pueblo ha sido criminalmente defraudado en todas sus esperanzas. La confianza depositada por la Nación en el partido triunfante ha sido aplicada como un mandato en blanco para todas las transgresiones. Los directores de ese partido han vivido en las

instituciones para prostituirlas; han invocado a la Constitución para violarla; han proclamado el imperio de la ley para consumir toda clase de ilegalidades; han instaurado la honradez para ocultar los delitos; han proclamado propósitos de revisión social para empeorar todo lo malo y destruir todo lo bueno que recibieron de gobiernos anteriores.

Cuando el Gral. Uriburu se disponía a montar la máquina del fraude para entregar el gobierno arrebatado a la voluntad popular en 1930 al Gral. Justo, el Partido Socialista decidió presentarse a elecciones (al mismo tiempo que era vetada la candidatura radical y “proscrito” el radicalismo) y no encontró mejor modo de hacerlo que sellando una alianza con el Partido Demócrata Progresista, encabezado por el Dr. Lisandro de la Torre. La alianza demócrata-socialista contribuyó así a legalizar, como se decía entonces, elecciones que estaban viciadas de nulidad por la proscripción del partido mayoritario y que iban a estar reguladas por el fraude más escandaloso. El diputado socialista Joaquín Coca, uno de los pocos diputados obreros que el socialismo había enviado al Parlamento y, al mismo tiempo, uno de los raros socialistas con sentido nacional que había en aquella época, escribió con ese motivo un pequeño libro titulado *El contubernio*. (22)

En esa obra, Coca atacaba la formación de la alianza demócrata-socialista sosteniendo que el Partido Socialista, en tanto era un partido que aspiraba a representar los intereses de la clase trabajadora, no podía en un país atrasado como la Argentina, hacer un frente sino con el Radicalismo, que en esa época representaba a las capas medias. Practicar otro frente político no solo significaba debilitar al Partido Socialista, al Radicalismo y a la liberación nacional, sino, sobre todo, fortalecer a los partidos oligárquicos y retrasar el momento en que la clase obrera encabezase las luchas nacionales de todo el pueblo argentino. Coca añadía: “Juzgan al Partido Demócrata como un Partido progresista [cuando] son la reserva del conservadorismo en la Capital Federal y su expresión misma en la provincia de Santa Fe”. Pese a todo, el Partido Socialista hizo alianza con el Partido del Dr. Lisandro de la Torre, representante de los pequeños ganaderos de la “Pampa Gringa”, del sur de Santa Fe, una especie de pariente pobre de la oligarquía vacuna de Buenos Aires.

Nada mejor para comprender la posición de Lisandro de la Torre frente a Yrigoyen el 6 de septiembre de 1930 que reproducir algunas de las palabras que

pronunció en su discurso de aceptación de la candidatura a la presidencia el 6 de septiembre de 1931, en nombre de la alianza demócrata-socialista:

Nosotros venimos, en realidad, a salvar la Revolución, porque somos los intérpretes del espíritu popular. Venimos a encausarla arrancando a las urnas el veredicto consagratorio de la voluntad de renovación que latió en los corazones argentinos el 6 de septiembre. ¡Hasta en el corazón de los vencidos, no todos insensibles al espantoso caos en que yacía la Nación! Venimos a recoger una bandera abandonada por error por el gobierno de la Revolución, hecha suya por el pueblo, y a su sombra a restablecer la concordia y la fraternidad desaparecida en la vida nacional. Queremos realizar la obra que el pueblo esperó el 6 de septiembre.

Esos mismos partidos que habían tomado parte de una u otra manera en la lucha contra Yrigoyen y el yrigoyenismo serán los que en 1943, en 1945 y a lo largo de toda la década peronista, integrarán la Unión Democrática contra el pueblo argentino. La traición del Partido Socialista a los principios del socialismo y del Partido Comunista a las tradiciones revolucionarias prosiguieron durante toda la Década Infame. Este olvido sistemático de los intereses obreros y de los intereses nacionales por parte del Partido Socialista se originaba en la peculiaridad de la penetración imperialista en la Argentina. El socialismo no había constituido en nuestro país, sino el reflejo de la importación de obreros europeos que realizó el capital extranjero en los fines del siglo pasado. Dichos trabajadores, que durante muchas décadas formaron nuestra clase obrera, trabajaban primordialmente en aquellas empresas de servicios públicos de capital británico que constituían la estructura administrativa creada por el imperio para unir especialmente la Argentina a sus necesidades de ultramar. A una economía colonial o semicolonial respondía un proletariado de origen extranjero, cuya ideología, elaborada por el Dr. Juan B. Justo, no solamente era reformista en el sentido tradicional de la expresión, sino que también reflejaba una concepción socialista europea de la política en el país criollo.

No se trataba de que el Partido Socialista de Juan B. Justo no “comprendiera” la cuestión nacional, o la necesidad de la “revolución”, que fuese “antinacional” y “reformista”, por una inadvertencia de sus fundadores. La política europeizante

del Partido Socialista se fundaba en el origen extranjero de la mayor parte de los obreros radicados en la Argentina a fines de siglo y principios del actual, que constituían simultáneamente la base de los sindicatos existentes, edificados sobre las empresas del capital imperialista. Eran, en realidad, los mismos integrantes de la aristocracia obrera formada en las grandes ciudades argentinas por el imperialismo los que integraban los cuadros básicos del Partido Socialista.

Juan B. Justo sostenía que “en Inglaterra, la clase dominante comprende tanto como el pueblo las verdades del socialismo”; de ahí que, en su importante libro, Jorge Enea Spilimbergo (23) sostenga que el fundador del Partido Socialista

estaba penetrado de un reverencial respeto a la civilizada Europa. Su prédica coincidió con el explicable desarraigo mental de los inmigrantes que, confundiendo Buenos Aires con el país, creyeron posible trasplantar mecánicamente el socialismo europeo en la Argentina. En el caso de Justo se trataba de algo infinitamente más grave, aunque no menos común: la influencia ideológica es uno de los resortes decisivos de la penetración imperialista y encuentra en el cipayo colonial a un industrioso agente trasmisor. Se importan ideas como vagones o casimir.

■

22. Coca, J. (2010): El contubernio, Editorial Punto de Encuentro, Buenos Aires.

23. Spilimbergo, J.E. (2013): Juan B. Justo y el socialismo cipayo, Tolemia, Buenos Aires.

INDUSTRIAS Y SINDICATOS 1930-1943

Como muy bien lo explica el ingeniero Adolfo Dorfman (24) en su obra *Evolución industrial argentina*, la industria nativa experimentó un importante desarrollo con motivo de la Primera Guerra Mundial, a raíz de la crisis de 1929 y, posteriormente, a causa de la segunda guerra imperialista iniciada en 1939. La oligarquía agropecuaria, cuya política de amplia inmigración en las décadas anteriores había buscado la obtención de mano de obra preferentemente italiana para el desarrollo de nuestra producción agrícola exportable, modificó su punto de vista en 1930. La crisis mundial trajo como consecuencia la caída de los precios de nuestros productos agropecuarios y detuvo el crecimiento cuantitativo de nuestra producción rural.

Una inmigración indiscriminada ya no le convenía a la oligarquía y, en consecuencia, esta última cerró las puertas del país a la mano de obra inmigrante, pero al mismo tiempo que se producían estos fenómenos, la misma causa producía otros muy diversos. Puesto que la caída de los precios de nuestros productos agropecuarios redundaba en perjuicio de nuestra capacidad de compra de artículos manufacturados a los antiguos países metropolitanos, en particular Inglaterra, la industria argentina empezó a desarrollarse en virtud de esa situación.

Se restringieron las importaciones porque no había divisas con qué pagarlas, pero las exigencias del mercado interno determinaron que se improvisaran numerosas industrias en el país, tendientes a reemplazar aquellas importaciones.

Fue así, como es característico en el desarrollo de todos los países coloniales y semicoloniales, que la crisis del imperialismo implicó el progreso para los países oprimidos. Iniciábanse, de esa manera, tímidos pasos hacia el desarrollo de un capitalismo nacional.

Algunas pocas cifras van a ilustrar mejor que las palabras lo que vengo diciendo. Tomemos, por ejemplo, el rubro de los aceites comestibles, ya que como bien se sabe, en un país agrario los primeros intentos de industrialización aparecen en el

renglón del manipuleo de las materias primas. Si en 1929 la Argentina importaba 39.000 toneladas de aceite comestible, y producía tan solo 19.000, al comenzar la Segunda Guerra Mundial, en 1939, la importación había descendido a 9300 toneladas y la producción nacional llegaba a 85.000. No menos impresionantes son las cifras que corresponden a la producción de cemento.

En 1930 se importaron 430.000 toneladas de cemento, mientras que en el país se producían solamente 260.000. En 1939 la importación había bajado a 20.000 toneladas y la producción nacional había subido a 1.130.000 toneladas.

El desarrollo de la industria nacional de neumáticos ofrece una evolución no menos sorprendente. Argentina importaba artículos de caucho por un volumen de 9110 toneladas; la producción nacional, de acuerdo con las estadísticas, era inexistente. En 1938 la importación de artículos de caucho había descendido a 1425 toneladas, mientras que la producción nacional de neumáticos ascendía a 9319 toneladas.

Los mismos saltos se experimentaban en el rubro de los perfumes, de las lamparillas eléctricas, de la producción de alcohol, de la metalurgia y de la industria textil.

Otro de los fenómenos más contradictorios y sugerentes de la década infame, consiste en que mientras la oligarquía agropecuaria retoma las palancas del poder después de la caída de Yrigoyen, las circunstancias mundiales le impiden practicar la política que le dictan sus más notorios intereses. Libremercistas por interés y por convicción, los jefes políticos de la oligarquía, como Pinedo, (25) fueron obligados a establecer restricciones a las importaciones por la escasez de divisas, e instaurar el control de cambios y adoptar una serie de medidas de tipo “proteccionista”, producto de la vulnerabilidad de la economía semicolonial de la Argentina que produce efectos contrarios a los buscados por sus autores.

Es evidente, a la luz de estas cifras, que es precisamente bajo el régimen político antinacional y entreguista de la oligarquía que comienza uno de los mayores impulsos a la industrialización argentina. La masa de desocupados era muy considerable en los primeros años de la Década Infame. Pero el desarrollo industrial los fue absorbiendo poco a poco. La creación de nuevas fábricas y, al mismo tiempo, el cese de la inmigración anterior obliga a la nueva industria a incorporar personal proveniente de las zonas rurales.

La crisis agraria engendra año tras año sectores cada vez más numerosos de jornaleros y de braceros que comienzan a viajar hacia la Capital Federal en busca de trabajo, que lo encuentran precisamente en las fábricas nuevas que surgen. La clase obrera comienza a modificar su posición nacional y esa tendencia a argentinizarse se hará más fuerte cada año. Este hecho tendrá incalculables consecuencias políticas en los acontecimientos que se avecinan.

En 1931 ingresan a la industria 30 mil nuevos obreros; en 1932, 40 mil obreros nuevos; en 1933, 30 mil obreros más; en 1934, 20 mil, y en 1935, 30 mil. En cinco años la industria argentina se enriquece con el aporte de 150 mil trabajadores industriales de origen agrario. En 1932 se había llegado al punto de depresión más bajo en la ocupación obrera: había 334 mil obreros sin trabajo. Pero ya en 1935 la cifra había bajado a 89 mil y en 1936 a solo 44.704.

Los fenómenos de crecimiento industrial encuentran otra comprobación en la industria textil. En 1932 el personal empleado en esta industria llegaba a 37 mil trabajadores, en 1939 a 63.000. El agregado comercial de la embajada británica en Buenos Aires decía en un informe enviado a su gobierno en 1935:

El aumento general de los derechos aduaneros que tuvo lugar en 1931, la protección algo más considerable realizada por la repentina desvalorización del peso argentino en 1933, estimuló la industria manufacturera local en una cantidad de productos que anteriormente se importaban.

De esta contingencia salió particularmente beneficiada la industria textil que amplió las instalaciones existentes y montó otras nuevas. Tales medidas contrabalancearon de modo más que suficiente las restricciones de la importación de determinadas mercaderías provenientes del Reino Unido en 1933, que le interesaban de especial modo.

El agente británico agregaba una observación de índole sindical muy curiosa:

Existe en la República Argentina mano de obra buena y barata, que no está echada a perder y es complaciente y voluntariosa.

En efecto, la mano de obra argentina de esa época, en su mayor parte llegada del campo en medio de una depresión económica general, “no estaba echada a perder” en el sentido de que las organizaciones sindicales no la incluían en su totalidad.

Si se considera que, en primer lugar, en los momentos de desocupación los sindicatos obreros pierden gran parte de su fuerza para actuar sobre la patronal capitalista y que, por otra parte, durante la Década Infame los sindicatos dirigidos por socialistas, comunistas y sindicalistas realizaban una política reformista dirigida sobre todo a las capas mejor pagadas de la clase obrera, abandonando a su suerte al resto de los trabajadores, resulta comprensible la observación del diplomático británico.

A medida que la industria se fue desarrollando y, al mismo tiempo, fue aumentando la fuerza y cohesión de la clase obrera argentina, ésta fue dejando de ser “complaciente y voluntariosa”, como pudo verse en 1945 y después. En los años anteriores a 1943 el panorama del movimiento sindical argentino era lastimoso. Hasta 1935, en que Stalin ordena a los partidos comunistas de todo el mundo practicar la política de los Frentes Populares, los comunistas argentinos llevaban en el campo obrero lo que se llamaba entonces la “unidad sindical clasista”, que era una variante de los sindicatos rojos por su carácter completamente sectario; constituían minúsculos grupos sin influencia alguna en los gremios.

■

24. Director del Departamento de Economía de la Facultad de Ingeniería e investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la Facultad de Ciencias Económicas en la Universidad de Buenos Aires, Adolfo Dorfman se desempeñó en la Organización de las Naciones Unidas, primero en Nueva York y luego en la CEPAL, en Santiago de Chile, ocupando diversos cargos directivos en el Departamento Económico de esa entidad y como encargado de importantes misiones de estudio y asesoramiento en varios países latinoamericanos. Consejero económico de la presidencia de la Nación durante la gestión de Raúl Alfonsín, fue autor, entre otras obras, de Evolución industrial argentina y de Historia de la industria argentina, en las que sostiene que la industria nacional

—“un niño que crece entre adultos, un niño nacido fuera de época”— estuvo desde sus orígenes limitada por la naturaleza de la inserción de nuestro país en la economía mundial. Y sus fluctuaciones determinadas por las características de los sectores dominantes (en particular del empresariado nacional), y por los inadecuados estímulos estatales (escasa protección inicial, inexistencia de una política crediticia e impositiva adecuada, etc.). En Cincuenta años de industrialización en la Argentina 1930-1980) publicado en 1983, estableció que luego de que una feroz política de desindustrialización, Argentina ponía fin a la experiencia de sustitución de importaciones y al “empate social” de casi medio siglo. Falleció en marzo de 2003, a la edad de 96 años (N. del E.).

25. Federico Pinedo fue abogado, político, historiador, diputado nacional y ministro de Hacienda del gobierno de Agustín P. Justo. Involucrado en el intento de asesinato del senador Lisandro de la Torre en pleno debate por el “negociado de las carnes”, que terminó con el asesinato del senador Enzo Bordabehere. De ideas afines al liberalismo en lo económico, colaboró en la creación del Partido Socialista Independiente que junto a los partidos Conservador y la UCR antipersonalista conformarán la columna vertebral de “La Concordancia” que gobernará durante la llamada Década Infame. Su programa, conocido como el “Plan Pinedo”, consistió en una serie de medidas destinadas a afrontar las consecuencias de la crisis internacional iniciada en 1930, entre las que merecen citarse la creación del Banco Central (con hegemonía británica), el control de cambios, el impulso de juntas reguladores de carne y granos, y el aumento de los aranceles a la importación. Volvió a ser ministro de Hacienda en el gabinete del presidente conservador Ramón Castillo y, muy brevemente, en 1962 ministro de Economía del gobierno golpista de José María Guido (N. del E.).

LOS CIPAYOS SOVIÉTICOS

A partir de 1935, cuando la orientación hacia los frentes populares lleva a los comunistas argentinos a convertirse en “progresistas”, ultrarreformistas y amigos de todos los partidos cipayos de todo el país, cambia al mismo tiempo su política sindical. Es así como participan junto con los sindicalistas y los socialistas en diversos sindicatos y, finalmente, en la dirección de la CGT.

No vaya a creer el lector que se trataba de una CGT parecida a la de nuestros días; (26) era una CGT raquítica que no agrupaba más de 200.000 trabajadores en todo el país y cuyos pilares estaban constituidos por los sindicatos de servicios públicos, tales como la Unión Ferroviaria, la Unión Tranviaria, la Asociación de Trabajadores del Estado, La Fraternidad, la Unión de Obreros Municipales, del mismo modo que la Federación de Empleados de Comercio y otros gremios semejantes.

Por la propia enumeración de estos gremios, verá el que lea estas líneas que estaban formados por las grandes empresas imperialistas de capital británico. Los burócratas que dirigían estas grandes organizaciones no solo eran reformistas y amarillos a todo trapo, sino políticamente cipayos y, de una manera u otra, agentes de las empresas cuyo personal representaban.

Al fin y al cabo, muchos de estos gremios como La Fraternidad y la Unión Ferroviaria, sobre todo la primera, representaban una capa privilegiada de la clase trabajadora argentina.

El imperialismo había tendido a diferenciar socialmente en capas distintas a la clase trabajadora. Esta diferenciación social determinaba una diferenciación política y una diferenciación en el grado de combatividad. En una época en que solamente los militares y los empleados públicos tenían jubilación, también contaban con ella los ferroviarios, además de pases libres para viajar y conquistas tales como salario mínimo.

Los trabajadores industriales carecían de toda ventaja social y de toda clase de

protección legislativa. Por eso la dirección sindical de los gremios privilegiados tenía una política ultrarreformista y conservadora. Eso se puso bien de manifiesto cuando los dirigentes socialistas de la Unión Tranviarios llegaron a apoyar la Corporación de Transporte, impuesta por el tratado Roca-Runciman (27) que despojó en forma infame a los colectiveros particulares, que era una creación porteña de transporte de pequeños propietarios a los que se les sustrajo su herramienta de trabajo.

Los dirigentes de la Unión Tranviarios eran socialistas, pero, sobre todo, eran proimperialistas. Había también otros núcleos obreros, como por ejemplo la USA (Unión Sindical Argentina) dirigidos por sindicalistas más o menos apolíticos que de una manera u otra reflejaban la presión de la burguesía nacional. Los gremios de mayor importancia eran los telefónicos, tabacaleros, grupo municipal y otras instituciones de menor importancia. Posteriormente los dirigentes de mayor significación de la USA, Gay (28) y Orozco, (29) pasarán a formar parte del peronismo, con la creación del Partido Laborista. Fue la única central obrera que, a pesar del escaso número de sus afiliados, se pronunció contra la guerra imperialista.

La FORA (Federación Obrera Regional Argentina), que tenía una gran tradición de lucha, era una central numéricamente muy disminuida, dirigida por los anarquistas, integrada en gran parte por sindicatos de oficios varios que ya no reflejaban el desarrollo industrial del país, careciendo de toda influencia efectiva.

La CGT se desarrollaba completamente incapaz de encabezar la lucha del movimiento obrero por la defensa de sus reivindicaciones. Era una CGT “democrática”.

En el panorama general de la vida argentina, el movimiento obrero no hacía más que reflejar la dependencia de la dirección sindical respecto de la política imperialista que ahogaba la industria argentina; del mismo modo que los comunistas representaban los intereses de la burocracia soviética, los socialistas la política inglesa en el movimiento obrero, los radicales la usurpación alvearista de la tradición de Yrigoyen.

Tales eran las condiciones que existían pocos años antes del 4 de junio de 1943. El desarrollo industrial y la aparición de un combativo proletariado argentino iban a trastocar todo el panorama. En el gremio donde yo militaba, el metalúrgico, el comienzo de la guerra imperialista iba a traer importantes

alteraciones. El sindicato metalúrgico, (30) cuya secretaría general ejercía Muzio Girardi, rodeado de una fracción comunista que desconocía toda clase de democracia sindical, reunía pocos miles de afiliados metalúrgicos.

La política tradicional de los comunistas en el movimiento obrero había sido la de controlar gremios pequeños, impedir toda clase de corrientes adversas o de revolucionarios independientes, y ahogar en todo lo posible toda voz de protesta. Llegaban a emplear no solamente el terrorismo ideológico sino también la presión física a quienes se oponían a la política cipaya de la dirección sindical del Partido Comunista.

Al mismo tiempo, contaban con una prensa importante para difamar a los opositores de los sindicatos que ellos controlaban. No solamente expulsaban de los sindicatos comunistas a los elementos independientes y nacionales, sino que además difamaban su reputación revolucionaria. El calificativo habitual para definir los comunistas a sus adversarios era el de “nazifascistas”, “trotskistas”, “elementos policiales” o “elementos patronales”. Reproducían en la Argentina, como partido extranjero, los mismos calificativos que la burocracia rusa creaba para suprimir a los revolucionarios de 1917, calumniados y exterminados en esa misma época en los famosos procesos de Moscú. Pero la huelga del gremio metalúrgico en junio de 1942 puso al desnudo la traición de la dirección comunista.

Por esa misma época la industria tomaba un incremento inusitado, promovido por la guerra imperialista. La nueva burguesía industrial surgida en esos años y los capitales imperialistas invertidos en la industria nacional rendían ganancias enormes. Pero la carestía de la vida, junto con la inflación que comenzaba a manifestarse en el país como resultado del crecimiento de la masa de consumidores formados por el nuevo proletariado y también las maniobras de los especuladores intermediarios, presionó a la clase obrera en busca de mejores condiciones de vida y de salarios. Así fue como se lanzó la gran huelga metalúrgica de junio de 1942 en la cual participamos.

Yo trabajaba en CATITA (31) y tuve una actuación intensa en el movimiento. La dirección comunista del gremio frenó por todos los medios el estallido de la huelga y su continuación victoriosa. Como el Partido Comunista era el principal propagandista del ingreso argentino en la guerra mundial, con el pretexto de que la intervención de la Unión Soviética en la guerra cambiaba su naturaleza histórica y dejaba de ser, como lo había enseñado Lenin, una guerra imperialista

para transformarse en una guerra por la libertad y la democracia, todos los movimientos huelguísticos argentinos eran frenados por los comunistas con la argucia de que no había que “provocar dificultades a la industria” de capitales angloyanquis porque podían dificultar “el triunfo definitivo sobre el nazismo”.

Esto, por supuesto, no lo entendían los trabajadores que solamente deseaban trabajar lo suficiente para mantener a sus hijos y que odiaban con toda la fuerza de su corazón a los explotadores nacionales y extranjeros lo mismo que a la sangrienta guerra imperialista. Pero el movimiento huelguístico ya estaba en la calle y los comunistas no tuvieron más remedio que acceder a las demandas obreras. Ahí se originó la enorme sorpresa con que la prensa imperialista acogió la Asamblea General del gremio metalúrgico en el Luna Park.

■

26. Este libro fue escrito en 1961 (N. del E.)

27. El Pacto Roca-Runciman fue un acuerdo de comercio celebrado en 1933 entre Argentina y el Reino Unido que tenía como propósito establecer nuevas condiciones para que la Argentina pudiera seguir exportando carne vacuna al Reino Unido, siempre que su precio fuera inferior al de los demás proveedores mundiales. Como contrapartida, Argentina aceptaba la liberación de impuestos para productos británicos al mismo tiempo que asumía el compromiso de no habilitar frigoríficos de capitales nacionales. Paralelamente se creó el Banco Central de la República Argentina con competencias para emitir billetes y regular las tasas de interés bajo la conducción de un directorio con fuerte composición de funcionarios del Imperio Británico. No obstante todas estas concesiones, se le adjudicó además al Reino Unido el monopolio de los transportes de Buenos Aires (N. del E.).

28. Luis Gay, fundador y secretario General de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos (FOET, posteriormente FOETRA), referente principal de la Unión Sindical Argentina (USA), presidente del Partido Laborista y secretario General de la Confederación General del Trabajo (N. del E.).

29. Modesto Orozco, secretario Adjunto de Telefónicos y diputado nacional por el Partido Laborista (N. del E.).

30. Se refiere al SOIM, Sindicato de Obreros de la Industria Metalúrgica.

31. CATITA, Compañía Argentina de Talleres Industriales del Transporte y Afines fue un gigantesco complejo industrial de Barracas, ubicado sobre la calle Zepita 3220, que fabricaba tranvías, carrocerías de ómnibus, trenes, calefones, cocinas, etc. (N. del E.).

LOS COMUNISTAS TRAICIONAN LA HUELGA METALÚRGICA

Más de 15.000 obreros metalúrgicos, ante el terror mal disimulado de los dirigentes comunistas, proclamó la huelga general. El movimiento duró 17 días. Muzio Girardi y su grupo de comunistas ofrecía públicamente a las empresas “democráticas” la solución del conflicto en aras de la lucha contra el nazismo.

Debe tenerse en cuenta que algunas empresas metalúrgicas como la Siam Di Tella eran “antifascistas”. En efecto, don Torcuato Di Tella, presidente del directorio de esa empresa y secretario de la seccional metalúrgica de la Unión Industrial Argentina, era al mismo tiempo el principal dirigente de “Italia Libre”, vale decir, de un sector de la colectividad italiana antifascista.

En el periódico Frente Obrero, (32) que era la única hoja de izquierda que se enfrentó esos años a la guerra imperialista y a la reacción antiobrera, se decía:

En reiterados discursos Di Tella ha manifestado su antifascismo y la conformidad de los obreros que trabajan en su establecimiento, los salarios y trato que reciben, así como el perfecto acuerdo que existe entre la casa y los obreros.

La salida íntegra de los obreros de Siam a la huelga demuestra lo conformes que estaban y la cordialidad que reinaba allí. Los establecimientos metalúrgicos CEMA, Thyssen, Klockner, etc., firmas nazis reconocidas junto con Siam y CATITA, firmas “democráticas” y “antifascistas”, son los jefes de las camarillas de los industriales metalúrgicos, que, unificados en su interés común de explotadores, representan la avanzada de la burguesía para romper el movimiento organizado del proletariado.

Ese es el “antifascismo”, esa es la burguesía “democrática”. El antifascismo del proletariado no tiene nada en común con el de sus “democráticos” explotadores.

El de estos significa la defensa de la explotación proletaria y del régimen capitalista. El del proletariado, la lucha contra la burguesía, su régimen y por el socialismo.

Pero la patronal metalúrgica hizo oídos sordos a esta tierna llamada de los comunistas para que fuera comprensiva con las demandas obreras. Los patrones —democráticos o nazis— eran, sobre todo, patrones, y en eso no se diferenciaban ni los democráticos ni los nazis ni los nacionales ni los extranjeros.

Fue entonces que Muzio Girardi y la dirección comunista del sindicato metalúrgico solicitaron la formación de una comisión neutral para que dictara un laudo. La comisión estaba formada por el doctor Alfredo L. Palacios (33) (que había estado y estaría en “todas”: partidario de la guerra mundial, antiperonista, embajador de la Revolución Libertadora y, finalmente, industrializador de la Revolución Cubana); monseñor de Andrea, (34) el obispo elegante de las señoras de sociedad, otro “democrático”; y, finalmente, el ministro del Interior Miguel Culaciatti, (35) técnico del fraude y de la represión policial.

Esta proposición de los comunistas establecía que, si esa comisión se formaba, el sindicato levantaría en el acto la huelga. Pero el ministro del Interior lo resolvió a su manera: llamó a los dirigentes comunistas y les dijo que o levantaban la huelga o los mandaba a todos al sur y clausuraba el diario comunista La Hora.

Ante esta actitud gubernamental, los prudentes dirigentes comunistas convocaron a una Asamblea General del gremio que dividieron en dos partes: una se celebró en la Federación de Box de la Capital y otra en el cine Rivas de Avellaneda. Esas dos asambleas se celebraron con tan solo una anticipación de 24 horas. Al mismo tiempo el diario La Hora (36) pedía el levantamiento de la huelga porque “ya hemos triunfado”.

Yo concurrí a la asamblea de Avellaneda con los compañeros de CATITA, el taller de más de 2000 obreros en el cual yo trabajaba. El orador comunista afirmó en nombre de la comisión que

entraremos a trabajar con la frente alta a pesar de no haber conseguido nada de

aumento. El señor ministro laudará una vez que volvamos al trabajo. En caso contrario le haríamos el juego a los nazis.

¡Para qué hablar de la batahola que se levantó! Los compañeros asistentes a la asamblea no queríamos oír hablar una sola palabra más de los dirigentes. A todo intento de pedir la palabra se nos acusaba de provocadores y de “trotskistas”.

En el acto empezó a actuar el aparato del partido, gentes desconocidas en el gremio metalúrgico; en medio del inmenso griterío, con la tribuna copada, aconsejaban la vuelta al trabajo. Pero al no poder el grupo comunista dominar la asamblea desde arriba intentaron hacerlo desde abajo por medio de actos violentos; pero se llevaron lo suyo, porque todos los asistentes al acto repartimos trompadas y sillazos.

A su vez, en la Federación de Box, la asamblea enfrentó más violentamente la entrega de los comunistas. El escándalo llegó a adquirir tales proporciones que la policía descargó tiros al aire, porque, a pesar de que la camarilla extragremial que el partido había llevado controlaba la situación, los trabajadores probablemente habríamos linchado a los dirigentes. La policía debió intervenir para garantizarles su miserable vida.

Como era de práctica en estos casos, el Partido Comunista mintió cínicamente. Al día siguiente el diario La Hora decía que Muzio Girardi había sido llevado en andas por la “masa” y que un grupo pequeño de provocadores “nazifascistas” habían perturbado la asamblea.

Qué diremos del lado del ministro (ex quinielero, según los rosarinos); este “buen hombre”, como lo llamaban los comunistas. El ministro Culaciatti laudó el 10% sin retroactividad con básicos inferiores a los que ganábamos en ese momento. En una palabra, a nadie le tocó nada.

Los compañeros que tienen más de 30 años del taller de CATITA recordarán que la compañía publicó un comunicado en la vitrina en el cual declaraba que al pagar salarios superiores a los establecidos por el ministro no correspondía pagar en consecuencia ningún aumento.

La persecución de la patronal, inmediatamente después de la huelga por los comunistas, fue implacable. Tres mil delegados fueron a la calle entre el Gran

Buenos Aires y la Capital Federal. A los pocos días se convocó a la asamblea “de la victoria”, como rezaban los volantes y repetía el diario La Hora.

Esa asamblea se realizó en el Luna Park: concurrió prácticamente toda la lista de afiliados de la Capital Federal del Partido Comunista, pero los obreros metalúrgicos no concurrimos. Ni siquiera con ese aporte partidario lograron juntar 3000 personas en el Luna Park. Los futuros amigos de Braden, (37) enemigos jurados del pueblo argentino, recibían esa respuesta del gremio metalúrgico.

Esto nos llevó a un grupo de compañeros y a mí a pensar seriamente en la necesidad de reorganizar el gremio rompiendo directamente con el aparato del Partido Comunista.

La hora se aproximaba.

■

32. Buenos Aires, julio de 1942, año 4, N° 36.

33. Alfredo Palacios, considerado “Maestro de América” y “primer legislador socialista de América”, luego de un breve paso por el radicalismo fue varias veces diputado, senador y embajador en la República Oriental del Uruguay. Si bien fue notorio por su antiperonismo, un año después de publicada la primera edición de este libro, apoyó la fórmula Framini-Anglada que presentó la Unión Popular en la provincia de Buenos Aires (N. del E.).

34. Monseñor Miguel de Andrea, obispo de Temnos y obispo auxiliar de Buenos Aires, director de los Círculos de Obreros Católicos, fundador de la Liga Social Argentina, de tendencias fascistas, cofundador del grupo parapolicial Liga Patriótica Argentina, apoyó el golpe de 1930 y se enfrentó violentamente al gobierno de Juan D. Perón, participando de su derrocamiento y la posterior represión del peronismo (N. del E.).

35. Miguel Culaciati, abogado en la Bolsa de Comercio de Rosario y del Centro de Exportadores de Cereales. Radical antipersonalista que había sido intendente de Rosario y diputado nacional. En 1940 fue designado ministro de Interior por el presidente conservador Ramón Castillo (N. del E.).

36. Órgano del Partido Comunista (N. del E.).

37. Propietario de la empresa minera Braden Copper Company de Chile, director de la W. Averell Harriman Securities Corporation y lobbista de la Standard Oil, Spruille Braden fue diplomático, embajador en diversos países y secretario de Estado adjunto para Asuntos de las Repúblicas Americanas durante la administración de Harry Truman. En representación de los intereses de la Standard Oil había sido uno de los instigadores de la llamada Guerra del Chaco que enfrentó a Bolivia y Paraguay.

Como embajador en la Argentina, en 1945, fue célebre su participación organizando la oposición contra Edelmiro J. Farrell, y especialmente contra el coronel Juan Domingo Perón, trabajando intensamente para intentar aislar al gobierno argentino. Junto a su secretario, el ex comunista español Gustavo Durán redactó el Libro Azul, que Perón utilizó a su favor publicando a modo de respuesta el Libro Azul y Blanco, y formulando el exitoso eslogan “Braden o Perón”.

En 1954 fue uno de los operadores que provocaron el derrocamiento del presidente constitucional de Guatemala Jacobo Arbenz.

BELICISTAS Y NEUTRALES

El presidente Justo (38) había impuesto por medio del fraude electoral más desvergonzado al doctor Roberto M. Ortiz, cuya candidatura fue proclamada en el transcurso de una comida celebrada en la Cámara de Comercio Británica en Buenos Aires. Era un abogado de los ferrocarriles y antiguo ministro del presidente Alvear. El vice era el doctor Ramón Castillo, catamarqueño y conservador.

Todos los militantes de la clase obrera recordarán la crisis que se produjo con motivo de la enfermedad que aquejó al presidente Ortiz. Las distintas tendencias de la burguesía nacional y del imperialismo que actuaban en nuestro país rodearon a ambos personajes, representativos de sus respectivos intereses. Como el presidente Ortiz había anunciado que las próximas elecciones serían “democráticas” y “limpias”, los comunistas, como los socialistas y los radicales alvearistas, se apresuraron a expresarle su apoyo. El presidente Ortiz se proponía volver a la normalidad constitucional celebrando comicios limpios, con el objeto de encontrar una base política en el país mediante el triunfo de Alvear, capaz de rodear de cierta popularidad el ingreso argentino a la guerra imperialista. Era un presidente rupturista y democrático. Los comunistas inventaron una consigna inolvidable: “Ortiz presidente, el fascismo que reviente”.

La identificación entre el comunismo y el imperialismo inglés era total. Castillo, que no ocultaba su simpatía por una política de neutralidad, era considerado como “nazi”. En realidad, Castillo tendía a representar los intereses de la burguesía industrial y del Ejército, que juzgaban más beneficioso para el país y para la industria mantener la neutralidad, desarrollar el aparato productivo y acumular grandes ganancias que intervenir en la guerra mundial al servicio de los explotadores tradicionales.

Ya durante la guerra mundial, con las divergencias entre Ortiz y Castillo, los comunistas se disponían a crear la “unión nacional”, o sea, la “Unión Democrática” de 1945. Sin embargo, la enfermedad de Ortiz (39) se agravó y, finalmente, el presidente falleció. Ocupó su lugar el doctor Castillo (40) que

declaró llanamente la neutralidad ante la guerra, nacionalizó el puerto de Rosario, creó la Flota Mercante Argentina e inició una sección de crédito industrial en el Banco de la Nación. Todas estas medidas, típicas de un nacionalismo burgués progresivo, fueron consideradas por los comunistas y socialistas como la expresión del “nazismo” del presidente Castillo.

El aparato del Partido Conservador opuso a Castillo un candidato notoriamente rupturista, el famoso industrial del azúcar del norte, Robustiano Patrón Costas. (41) Ante la imposibilidad de Castillo de resistir el candidato que le imponía su partido y que lo llevaba a modificar la política internacional argentina, el Ejército dio un golpe de Estado el 4 de junio de 1943, más precisamente el día en que debía reunirse la convención del Partido Conservador para proclamar la candidatura de Patrón Costas. Es en ese momento que se inicia una nueva y fecunda etapa en la política nacional y en el movimiento obrero.

En su Historia política del Ejército, (42) Jorge Abelardo Ramos explica ese episodio en los siguientes términos:

De la defensa de la neutralidad argentina se pasó bajo la presión del poder a la reconsideración general de los problemas capitales del país. El golpe del 43 expropia políticamente a la oligarquía moribunda y permite que afloren necesidades impostergables del desarrollo nacional. La guerra mundial actuaba como un poderoso propulsor de la industrialización, en mucho mayor grado que la Primera Conflagración y que la crisis de 1930. La horma oligárquica y pastoril resultaba pequeña para el país en crecimiento vertiginoso.

El único equipo capaz de asesorar a los gobernantes-militares fue el grupo del nacionalismo católico que aún vivía envuelto en los abalorios ideológicos de los imperios fascistas europeos triunfantes, tan antiargentinos como los sofismas europeizantes de origen “democrático”. Era una cipayería de signo cambiado. Pero es preciso aclarar que el nacionalismo clerical en su orientación económica era argentino, y así lo demostraron las medidas que el gobierno adoptó inmediatamente al intervenir la CADE, (43) expropiar compañías eléctricas del interior, crear el Banco Industrial, echar las bases para una reorientación general de la política económica.

Cada paso político que el gobierno militar daba en este último orden era

invalidado por medidas simétricas antipopulares en el orden educacional, sindical y político. No se planteaba la discusión sobre Sarmiento, se descolgaron sus cuadros de las escuelas. No se permitía una democratización en los sindicatos regimentados por los socialistas y comunistas; se los suprimía. No se alentaba la formación de partidos políticos genuinamente nacionales: se los disolvía.

Al gobierno, que se proponía modernizar industrialmente el país, se lo coronaba con una teocracia y los teólogos del garrote ejercían la policía intelectual con entusiasmado rigor. En estas condiciones un nacionalismo militar sin pueblo estaba condenado de antemano. Enfrentó al imperialismo con sus curas fanáticos y sus intelectuales nacionalistas, lo que los oficiales del ejército no estaban en condiciones de realizar. O el gobierno democratizaba su nacionalismo, o lo perdía.

La carta humillante del almirante Storni (44) al secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, demostró que el nacionalismo católico había conducido al Ejército a la impotencia más completa. O se sellaba una alianza con el pueblo o el imperialismo doblegaría al gobierno militar.

La tradición nacionalista, democrática, popular y revolucionaria del ejército de San Martín se había perdido durante el predominio oligárquico y el nacionalismo aristocrático no podía restablecerla. Había que encontrarla de alguna manera. Esta histórica necesidad debía ser llenada por iniciativa de la clase trabajadora y por la lucidez del político más audaz del Ejército. Resulta obvio señalar que nos referimos al coronel Perón y al 17 de octubre.

■

38. Agustín P. Justo, ex ministro de Guerra de Marcelo T. de Alvear, participó en segundo plano del golpe de 1930 que derrocó al presidente Hipólito Yrigoyen. Mediante una coalición de conservadores, radicales antipersonalistas y socialistas independientes, accedió a la presidencia gracias al fraude y la proscripción del radicalismo, inaugurando en 1932 una era de fraudes, negociados, entrega y corrupción que el periodista José Luis Torres bautizó como Década Infame (N. del E.).

39. Roberto M. Ortiz, que arribó a la presidencia mediante el mismo sistema fraudulento ideado por Justo, padecía una grave diabetes que lo llevó a pedir licencia en 1940 y acabó por dejarlo ciego, lo que lo obligó a renunciar al cargo el 27 de junio de 1942. Falleció dos años después (N. del E.).

40. Ramón S. Castillo, abogado, juez, docente y político catamarqueño perteneciente al Partido Demócrata Nacional, una de las denominaciones adoptadas por el partido conservador (N. del E.).

41. Político y empresario salteño, integrante del Partido Demócrata Nacional, tres periodos senador nacional y propietario del ingenio San Martín de Tabacal, en el departamento Orán, en el norte de la provincia de Salta. Con pésimas condiciones de trabajo, conforme a las demandas de producción, sus trabajadores eran férreamente controlados por los capataces y los intermediarios de mano de obra (N. del E.).

42. Historia política del Ejército Argentino (De la Logia Lautaro a la industria pesada), fue reeditada en 2020, actualizada por el autor y revisada por su hijo Víctor Ramos, por la editorial Punto de Encuentro como Historia política del Ejército Argentino (de la Logia Lautaro a la guerra de Malvinas) (N. del E.).

43. La ex Compañía Hispano Argentina de Electricidad (CHADE) era un monopolio perteneciente a la belga Sofina (Société Financière de Transports et d'Entreprises Industrielles) que durante el gobierno de Justo había protagonizado un sonado escándalo de corrupción en el que se vieron involucrados políticos conservadores, socialistas independientes, radicales y hasta el propio Marcelo T. de Alvear (N. del E.).

44. En agosto de 1943 el almirante Storni le envió una carta personal al secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull, anticipándole que la

intención argentina era romper relaciones con Alemania e Italia, pero también le solicitaba paciencia para ir creando un clima de ruptura en el país, a la vez que algún gesto de los Estados Unidos en materia de suministro de armamentos. Para presionar al gobierno argentino, Cordell Hull hizo pública esta carta, cuestionando además en duros términos el neutralismo argentino. El hecho produjo un recrudecimiento del sentimiento antinorteamericano, sobre todo en las Fuerzas Armadas y obligó a la renuncia del almirante (N. del E.).

EL EJÉRCITO Y LA BURGUESÍA NACIONAL

El papel que puede llegar a desempeñar el Ejército en un país semicolonial ya ha sido bastante estudiado. En la Argentina el Ejército del 4 de junio desempeñó una política totalmente diferente de la que habían asumido sus mandos durante la Década Infame, así como era diferente de la que adoptaría a partir de 1945.

La razón es bien simple: el Ejército argentino reflejará siempre las contradicciones de las clases y la situación especial del país con respecto a las grandes potencias extranjeras. Adoptará una política nacional o antinacional, según sea el estado político, económico y social del país; esto lo demuestra toda su historia: en los tiempos de Roca y de Yrigoyen la mayoría del Ejército tiene una política nacional. Después del triunfo de Uriburu los militares desempeñan un papel pretoriano, guardándole las espaldas al general Justo en su política de entrega.

Pero, al mismo tiempo, las distintas generaciones militares que actúan en su seno perciben por su origen social, generalmente pequeño-burgués, de clase media, los problemas del país, sus luchas y sus aspiraciones. Esos factores dinámicos son los que determinan que del mismo modo como en la sociedad argentina se enfrentan distintas tendencias políticas y sociales, esas luchas tiendan a reflejarse en el seno del Ejército y finalmente en su política pública.

La burguesía nacional argentina, en cambio, nacida muy tarde, a consecuencia de la crisis del imperialismo, ligada como está a un servilismo técnico con respecto a las materias primas, a las maquinarias y a las patentes de las grandes metrópolis imperiales, no ha tenido jamás una línea política coherente y una conciencia nacional revolucionaria. Generalmente, ha actuado en contra de sus propios intereses y de los intereses nacionales. Esa es la razón fundamental que en 1943 hizo jugar al Ejército un papel representativo de la burguesía nacional. Si las clases sociales se expresan habitualmente a través de sus partidos, largamente consolidados, en el caso de la Argentina, la burguesía nacional no contaba con ningún partido que representase fielmente sus intereses. Todos ellos habían crecido bajo la presión o la distorsión de los intereses imperialistas

extranjeros. El desarrollo industrial del país había vuelto imprescindible un cambio en la política interior y exterior de la Argentina. Por esa circunstancia, el Ejército del 4 de junio, al asestar su golpe palaciego, se encontró desempeñando un rol para el que no estaba preparado, y que, sin embargo, desempeñó a su manera.

El Ejército argentino desempeñó el papel, como se ha dicho, de partido político de la burguesía industrial argentina. Muy pronto se vio que la política reaccionaria que seguía el gobierno militar en el orden político y militar no lograba acercar, por supuesto, a las fuerzas de la clase obrera, mientras que fortificaba, en cambio, a las fuerzas de la oposición cipaya que iría a formar más tarde la Unión Democrática.

Esta falta de orientación política del gobierno del 4 de junio fue reemplazada lentamente por la acción personal del coronel Perón. El 7 de junio de 1943, tres días después de la revolución, Perón fue designado jefe de la Secretaría del Ministerio de Guerra, a cargo del general Farrell. (45)

Desde ese puesto clave estuvo en condiciones de influir sobre la joven oficialidad del Ejército. Pero será después del 26 de octubre —cuando el coronel Gianni, (46) presidente del Departamento de Trabajo, presenta su renuncia y es reemplazado por Perón— que comienza la revolución de junio a transformarse en algo muy distinto de lo que había sido hasta ese momento.

De una manera inesperada, el 24 de noviembre Perón ocupa con su personal el edificio del Concejo Deliberante, y el 29 del mismo mes se crea la Secretaría de Trabajo y Previsión, dependiente de la Presidencia de la República. Incesante actividad rodeó a la nueva Secretaría: comienza Perón a establecer contactos con los dirigentes sindicales.

El proceso de despertar político y sindical de la clase obrera nueva, que había comenzado un año antes, estaba adquiriendo un enorme vuelo. En todo el país la clase obrera buscaba defender su nivel de vida frente a la inflación en ascenso. Perón advierte ese fenómeno espontáneo y se dispone a canalizarlo. En un discurso en Rosario, pronunciado el 9 de diciembre, declara: “Puedo decir que el mejor sindicato, que el gremio mejor organizado somos nosotros, los soldados, y les aconsejo en este sentido para que puedan conseguir la cohesión y la fuerza que hemos tenido nosotros”.

El entusiasmo en los medios obreros ante la perspectiva de organizar sindicatos que garantizaran las demandas de la masa y que rompieran con la burocracia amarilla de los socialistas y comunistas jugó un papel enorme.

Pero retomemos el hilo del relato.

■

45. Edelmiro J. Farrell participó en el golpe de Estado de 1943, desempeñando los cargos de ministro de Guerra y vicepresidente de la Nación durante el gobierno del general Pedro Pablo Ramírez hasta que este fue removido, fecha en que asumió como presidente de la Nación. Ejerció el cargo de forma interina desde el 25 de febrero de 1944, y definitivamente por renuncia de Ramírez, desde el 9 de marzo de ese año hasta el 4 de junio de 1946 (N. del E.).

46. En junio de 1943 el coronel Carlos Gianni había sido designado interventor en el Departamento Nacional de Trabajo (N. del E.).

EL PRIMER CONTACTO CON PERÓN

La traición de los comunistas a la gran huelga metalúrgica de 1942, que en otras circunstancias habría originado una honda depresión en el gremio, ejerció esta vez, por obra del ascenso general de la industria, un efecto contrario.

A los pocos meses de ese fracaso me vinieron a ver varios compañeros mecánicos de la fábrica Fontanares. Eran, como yo en esa época, afiliados socialistas, disconformes con la orientación del partido y con la dirección comunista de nuestro gremio. Me propusieron la formación de un nuevo sindicato metalúrgico que organizase realmente a los trabajadores de nuestra industria, rompiendo así, definitivamente, con los comunistas.

Nos pusimos inmediatamente a trabajar. En ese momento, el movimiento obrero estaba dividido en dos partes: la CGT N° 1 y la CGT N° 2. La primera se apoyaba en los sindicalistas de la Unión Ferroviaria, donde estaba Domenech, y la segunda en los gremios dirigidos por Pérez Leirós (47) y los comunistas. Aunque en apariencia no había mucha diferencia entre ambas, en realidad la CGT N° 1 tendía a expresar una tendencia más nacional, mientras que la N° 2 organizaba actos en el Luna Park, donde hablaba Aguirre Cámara (48) y otros oradores comunistas en pro de la ruptura de relaciones con el Eje.

La Unión Ferroviaria nos ofreció su sede de la calle Independencia para instalar provisoriamente la secretaría del nuevo sindicato metalúrgico. (49) Lo fundamos en abril de 1943, poco tiempo antes de la revolución del 4 de junio. Yo fui su primer secretario General.

Al principio, cuando hicimos las primeras reuniones, éramos muy pocos. Recuerdo una asamblea que realizamos en el salón de la Unión Tranviarios. Habíamos convocado a los metalúrgicos por medio de comunicados a los diarios que, en esa época, como La Prensa tenía su sección necrológica, también tenía su “sección gremial”, que despachaban con unas pocas líneas, para que no ocupara espacio. A la asamblea vinieron 60 metalúrgicos, dos de ellos por la noticia aparecida en La Prensa, y que eran viejos sindicalistas apolíticos.

Poco a poco los metalúrgicos fueron movilizándose alrededor de ese nuevo eje organizativo. El desprestigio de los comunistas era tan grande, que ningún obrero quería oír hablar de ellos, ni en lo político, porque eran “rupturistas”, (50) ni en lo gremial, porque eran traidores.

Cuando se produce la revolución del 4 de junio, el gobierno, orientado con un sentido reaccionario, al principio, clausura todos los sindicatos dirigidos por los comunistas; pero esta medida, que los afectaba, no afectaba a la masa, que no estaba afiliada en su gran mayoría a esos sindicatos. Nosotros seguimos trabajando en la Unión Obrera Metalúrgica de la calle Independencia, mientras Perón iniciaba su acción en la Secretaría de Trabajo y Previsión. Sin embargo, no concurrimos a verlo a Perón, como empezaban a hacerlo numerosos sindicatos.

Fue recién a mediados de 1944 que en una reunión de la comisión de nuestro sindicato yo planteé la necesidad de entrevistarlo al coronel y obtener su ayuda para lanzar un pedido general de mejoras de salarios. Estaban presentes 15 miembros de la Comisión, en su mayor parte socialistas, influidos por la lucha cipaya de su partido contra el gobierno militar.

Por mi parte, siempre me había considerado un socialista revolucionario y no estaba de acuerdo con la posición belicista del Partido Socialista. En el orden gremial me parecía evidente que los metalúrgicos debían aceptar el apoyo de quien se los brindase, viniera de donde viniera.

Sin embargo, mi proposición encontró gran resistencia entre los otros miembros de la Comisión. De 15 asistentes, votaron en contra 13 y solo dos a favor. Entonces decidimos con Clever, (51) otro dirigente del sindicato, visitar a Perón a título personal y como metalúrgicos.

Nos recibió con toda cordialidad y nos expuso en grandes líneas sus puntos de vista, que en relación con el destino del gremio coincidían con los nuestros. Decidimos llevar adelante la organización del sindicato y esperar la ocasión más favorable para movilizar a los metalúrgicos. Esta no se hizo esperar, porque la inflación seguía su marcha y el gremio se estaba moviendo solo.

Vencidas las resistencias de los otros dirigentes, acordamos con la Secretaría de Trabajo convocar a una reunión donde hablaría Perón a los metalúrgicos. Fijada la fecha, calculamos que podríamos llenar con 1000 metalúrgicos el salón de

sesiones del Concejo Deliberante, donde funcionaba la Secretaría de Trabajo y Previsión.

No tuvimos recursos ni posibilidades de hacer mucha propaganda. El día de la concentración estábamos todavía pegando unos carteles para la convocatoria hacia el mediodía. Fue la gran sorpresa, pues a la hora del acto estaba totalmente repleto el salón de actos y en la diagonal Roca estaba concentrada una enorme multitud, de cerca de 20.000 metalúrgicos. Se distinguían sus talleres por cartelones improvisados, y reflejaban la enorme repercusión que tenía en la clase obrera de aquellos años, desorganizada y poderosa, el ascenso de la industria. Apareció Perón en el estrado y escuchó unas palabras del compañero Giuliani, que habló en nombre del sindicato.

El coronel Perón, en una de las partes salientes de su discurso, nos dijo que estaba satisfecho al ver entrar a los metalúrgicos a la casa de los trabajadores y creía que como era uno de los últimos gremios que concurrían allí había estado en la creencia de que los metalúrgicos debían tener muy buenos salarios. Añadió que por los conceptos del compañero que lo habla precedido en el uso de la palabra advertía que no era así, y que, en consecuencia, los alentaba para la formación de un sindicato poderoso para defender los derechos y la soberanía del país. En ese momento hubo una interrupción. De la barra un metalúrgico gritó:

—¡Así habla un criollo!

Banderas y cartelones se agitaron aprobando lo dicho por el metalúrgico.

Salimos de esa reunión con la convicción de que la UOM se transformaría en muy poco tiempo en una poderosa organización sindical. Así fue en efecto; de los 1500 cotizantes de los tiempos de Muzio Girardi transformamos ese sindicato “de sellos” en la UOM actual, con 300.000 trabajadores en su seno.

Tan profunda era la necesidad de que el país defendiese su independencia política y su soberanía económica y que la clase obrera organizase al fin sus sindicatos en gran escala, que ante la traición de los partidos de izquierda debía encarnarse esa necesidad en un militar salido de las filas del Ejército.

Esto fue lo que fueron incapaces de comprender la mayor parte de los izquierdistas y seudomarxistas de esa época, salvo aquellos que de una manera u otra habíamos permanecido fieles a los principios revolucionarios del proletariado. Y que vinimos a constituir luego esa tendencia ideológica que muchos conocen como la “izquierda nacional”.

En nuestro trabajo sindical advertimos, a partir de 1944, cosas increíbles: que se hacían cumplir las leyes laborales incumplidas en otra época; que no había necesidad de recurrir a la justicia para el otorgamiento de vacaciones; otras disposiciones laborales, tales como el reconocimiento de los delegados de las fábricas, garantías de que no serían despedidos, etc., etc., tenían una vigencia inmediata y rigurosa.

Las relaciones internas entre la patronal y el personal en las fábricas habían cambiado por completo de naturaleza. La democratización interna que imprimimos al sindicato metalúrgico hacía que el delegado de fábrica constituyese el eje de toda la organización y la expresión directa de la voluntad de los trabajadores de cada establecimiento. Los patrones estaban tan desconcertados como asombrados y alegres los trabajadores.

La Secretaría de Trabajo y Previsión se había convertido en un factor de organización, desenvolvimiento y apoyo para la clase obrera. No funcionaba como una regulación estatal por encima de las clases en el orden sindical, actuaba como un aliado estatal de la clase trabajadora. Tales fueron los hechos prácticos que constituyeron la base para el cambio político de las masas argentinas y que se manifestaron en las calles el 17 de octubre de 1945.

■

47. Francisco Pérez Leirós, líder histórico de la Unión de Obreros Municipales y elegido diputado nacional en cuatro oportunidades. Encabezó una corriente sindical que sostenía la necesidad de crear un sindicalismo partidista ligado estrechamente al Partido Socialista. Esta posición se enfrentó a la corriente que sostenía la independencia de los sindicatos respecto de los partidos políticos, enfrentamiento que estuvo en la base de la división de la CGT (N. del E.).

48. José Aguirre Cámara, político conservador cordobés perteneciente al Partido Demócrata, fue cuatro veces diputado de la Nación Argentina e integró la fraudulenta Convención Constituyente que en 1957 anuló la Constitución de 1949, restituyendo la sancionada en 1853/60 (N. del E.).

49. Se refiere a la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) (N. del E.).

50. Por “rupturistas” se refiere a que eran partidarios de la ruptura de relaciones con Alemania e Italia y de la participación argentina en la guerra (N. del E.).

51. Ernesto Clever, quien más tarde sería uno de los fundadores del Partido Laborista y diputado nacional en 1946.

EL CARÁCTER HISTÓRICO DE LOS MOVIMIENTOS NACIONALES

Es muy fácil decir hoy que la acción bienhechora de un solo hombre dio lugar a la formación de ese movimiento multitudinario que se llamó peronismo. Pero la explicación histórica es más profunda y de más vasto alcance. En estos recuerdos que escribo he tratado de explicar que la Argentina era un país semicolonial que, aunque más desarrollado que sus hermanos de América latina, estaba de todas maneras comprometido política y económicamente por el capital extranjero imperialista. La Segunda Guerra Mundial había quebrantado los poderosos vínculos que ligaban a la Argentina y, en general, a todos los países coloniales y semicoloniales con las grandes metrópolis imperialistas sometidas al conflicto bélico.

En todas partes del mundo surgían movimientos nacionales revolucionarios que, aprovechando las dificultades del imperialismo, se proponían conquistar la liberación nacional y salir de la sumisión y de la esclavitud.

Ese movimiento también se manifestó en la Argentina y al no encontrar en los partidos seudopopulares o pseudoobreros a los dirigentes naturales de ese movimiento mundial, los encontró en cambio en el núcleo militar encabezado por el coronel Perón. El contenido económico de la política de Perón no tenía un carácter socialista ni comunista. Su acción representaba más bien un cierto despertar del capitalismo nacional. Cuando Perón protegía la industria por medio de créditos bancarios, cuando iniciaba sus nacionalizaciones, no estaba practicando medidas comunistas. Por el contrario, practicaba medidas capitalistas, pero eran medidas capitalistas argentinas. Y a esas medidas capitalistas argentinas se oponía tenazmente el imperialismo extranjero que veía en ese desarrollo burgués nacional el peligro para su dominación y la expoliación de los recursos naturales de la Argentina.

Esta contradicción no podía resolverse a través de una política nacional y militar sin el apoyo del pueblo, como lo demostró el 4 de junio de 1943. Para desarrollar el capitalismo, para establecer una verdadera política burguesa nacional, había

que enfrentar al imperialismo anglo-yanqui, y en particular al último, que aspiraba a embolsarse la herencia colonial inglesa en todo el mundo, particularmente en América latina.

¿Pero, cabía esperar que la burguesía industrial argentina, poco menos que recién aparecida y comprometida íntimamente con el capital extranjero, pudiese encabezar esta tarea?

Lo que la pura intuición teórica podía indicar fue ampliamente confirmado por la práctica. Si las burguesías inglesa y francesa habían desempeñado un rol revolucionario en la unidad nacional de Inglaterra y en conflicto con el feudalismo regionalista —y, por lo tanto, antinacional— se debía a que el régimen capitalista en su conjunto desarrollaba sus fuerzas productivas.

El “tercer Estado” estaba en la corriente del proceso histórico y mercaderes y manufactureros, al apoyar activamente la lucha contra el feudalismo agonizante, satisfacían sus intereses en tanto hablaban en nombre de toda la nación, y erigían sus principios como bandera para toda la humanidad. La conquista del poder político por la burguesía europea y la afirmación del régimen capitalista en los principales centros del poder mundial fue sucedida por la aparición del imperialismo y por la declinación general del régimen capitalista.

Esta declinación no trajo como consecuencia tan solo que la burguesía revolucionaria de 1789 se transformase en burguesía imperialista y se dedicase a expoliar otros pueblos, sino también que las contradicciones del imperialismo indicaron que el régimen capitalista de la propiedad privada había llegado a sus límites posibles. Las burguesías coloniales y semicoloniales en el siglo XX reflejan en cierto sentido esta declinación y en 1945 se vuelven reaccionarias en todas partes.

La burguesía argentina en formación no podía soñar siquiera con tomar parte en los asuntos públicos y ya nacía con el alma vieja, muy lejos de intentar aventuras revolucionarias. Pero la necesidad de que el país se industrializara era una necesidad nacional, no solamente burguesa, y debía transcurrir por los moldes del capitalismo, al menos en ese momento.

Consciente o inconscientemente, el Ejército asumió esa tarea a través de la personalidad de Perón. Hubiera resultado totalmente imposible consumarla frente a la presión extorsiva realizada por el imperialismo. Para resistir afuera

había que movilizar adentro.

Esta movilización no implicaba solamente la necesidad de que la clase obrera apoyara la política de Perón frente a los Estados Unidos, sino que también significaba que, en la práctica, la nueva clase obrera venía a constituirse no solo en la productora de la nueva industria, sino también en la consumidora de los artículos manufacturados que se producían por primera vez en el país.

La indigencia política de la burguesía industrial argentina derivó en una transferencia de sus intereses a manos del Ejército y fue así como mediante el régimen bonapartista de Perón —un poder militar y policial elevado en apariencia por encima de las clases— pudo el país resistir la presión imperialista.

Pero la movilización popular alrededor de las grandes banderas nacionales levantadas por Perón implicaba para el régimen militar en su conjunto un segundo peligro, quizá más grave que el representado por el imperialismo internacional. La clase obrera se lanzaba hacia una política independiente de las consignas puramente nacionales de Perón con el resultado indudable, para la mentalidad militar, que no se detendría en los límites de la soberanía nacional, de la independencia económica o de la justicia social, sino que iría más allá buscando establecer su propio control de la economía conforme a un criterio planificador popular, la expropiación auténtica de la oligarquía.

Se trataba, en consecuencia, de canalizar ese gran movimiento proletario y nacional en gestación y circunscribirlo a los límites puramente burgueses y nacionales dentro de los cuales se movía el Ejército y Perón mismo. Esta tarea estuvo facilitada por el hecho de que aquellos partidos que se llamaban de “izquierda” (socialistas y comunistas) no estaban dispuestos a encabezar una lucha popular, nacional y socialista revolucionaria que reflejara dentro de la Argentina el movimiento de liberación que se manifestaba en todo el mundo, sino que, por el contrario, estaban además contra las reivindicaciones nacionales y a favor de las potencias imperialistas que habían explotado secularmente nuestro país.

De esta manera, la nueva clase obrera, recientemente llegada al campo de la producción industrial, que encontraba por primera vez en la acción de Perón la posibilidad de organizarse sindicalmente y de pensar políticamente, cedió a su vez su independencia de clase y entregó la dirección política de ese movimiento a Perón, así como la burguesía había transferido la defensa de sus intereses

económicos al Ejército.

Pero si la burguesía no comprendió jamás la política militar ni la política peronista, que satisfacía sus intereses económicos (creación del mercado interno, crédito industrial, protección cambiaria), el proletariado comprendió muy bien que en esa etapa de su existencia Perón estaba de una manera u otra reflejando parte de sus intereses. Porque no es suficiente decir que Perón practicó una política nacional burguesa. En realidad, para resistir al imperialismo exterior que apretaba su torniquete en torno al cuello del pueblo argentino, Perón debió ceder parte de su poder, reservándose la dirección fundamental, a los sindicatos, como se vio luego, incorporando dirigentes obreros al parlamento nacional, nacionalizando ramas enteras de la economía hasta crear un capitalismo de Estado que tenía muy poco que ver con el capitalismo clásico del siglo XIX y estableciendo una alianza entre la burocracia del Estado, el Ejército y los sindicatos, que incluía a su manera partículas de socialismo.

De otro modo hubiera sido imposible ganar la confianza política de la clase obrera y de resistir durante más de diez años a la presión imperialista.

Que esto no era una mera frase lo demostraría el bloqueo que el imperialismo yanqui y los monopolios petroleros hicieron a la Argentina rehusándose a venderle maquinaria petrolera.

Ya en 1943 el almirante Storni solicitaba en sus conversaciones con Cordell Hull implementos técnicos para extraer el petróleo argentino. Por esta misma época, cuando el gobierno militar mantenía firmemente la neutralidad, Fiorello La Guardia (52) declaró: “Hay que tomar por las solapas a la Argentina y preguntarle si está con nosotros o contra nosotros”.

El 10 de noviembre de 1943 los Estados Unidos iniciaron el bloqueo económico de la Argentina. En esa fecha el Federal Reserve Bank New York comunicaba a los bancos estadounidenses la prohibición de trasladar fondos al Banco de la Nación Argentina y los Bancos de la Provincia de Buenos Aires.

Resultaba evidente que la lucha que había iniciado Perón y su grupo militar contra el imperialismo tenía tales características que solamente con el apoyo activo de la clase obrera podía sostenerla.

Al mismo tiempo, tomaba sus medidas para controlar ese gigantesco apoyo que aclamaba su nombre, y que podía ir en cualquier momento más allá de sus

previsiones. El fenómeno de burocratización posterior de los sindicatos obedecía a esas circunstancias. Y si no alteraba el carácter inicialmente progresivo de su movimiento no dejaba de constituir uno de los puntos más vulnerables para la propia integridad del régimen peronista y para su dinámica revolucionaria.

Por otra parte, la revolución de junio de 1943 no tenía muy claras, cuando se produjo, sus intenciones políticas. Se fue transformando sobre la marcha, como lo demuestra la presencia del señor Jorge Santamarina (53) en el gabinete revolucionario.

■

52. Fiorello La Guardia, célebre político del Partido Demócrata estadounidense, alcalde de la ciudad de Nueva York entre 1934 y 1945, fue uno de los más populares de la historia de la ciudad. Su gobierno coincidió con la Gran Depresión y fue uno de los principales impulsores del New Deal (N. del E.).

53. Jorge Alejandro Santamarina fue un abogado, comerciante, hijo del hacendado español Ramón Santamarina. Fue presidente del Banco de la Nación Argentina desde 1932 y diputado nacional en ese mismo período. Durante su mandato como diputado logró derogar una ley que perjudicaba al sector de consignatarios de haciendas y frutos del país. Fue ministro de Hacienda de Pedro Pablo Ramírez entre junio y octubre de 1943, y también integrante de la Junta Reguladora de Granos.

ESTADOS UNIDOS BLOQUEA A LA ARGENTINA

El 11 de noviembre de 1943 el diario El Mercurio de Santiago de Chile publicó unas declaraciones de Perón en las que decía:

El ejército argentino tiene más o menos 3608 oficiales combatientes; pues bien, todos, con excepción de unos 300 que no nos interesan, estamos unidos, juramentados y todos tenemos firmadas ante el Ministerio de Guerra las respectivas solicitudes de retiro. En mi fichero las tengo todas, y puede sostenerse que estamos perfectamente unidos en el gobierno.

En el gabinete anterior había un ministro que representaba genuinamente los grandes intereses económicos, muchos de los cuales son extranjeros; personalmente creo que ese caballero era una correctísima persona, pero debió limitarse a ser ministro de Hacienda y no a desviar la línea internacional de nuestro gobierno.

Era natural que esta acción se desarrollara, pues los grandes intereses económicos extranjeros en la Argentina han estado acostumbrados a dominar en un plano de verdadera dictadura económica, aprovecharon la presencia de ese caballero para sentar una presión inaceptable.

Así como el capital norteamericano o de otra nacionalidad hizo que se desviara nuestra política internacional, hubimos de decirle al ministro de Hacienda: “Señor, usted es ministro de Hacienda, pero no crea que va a manejar las relaciones exteriores de la Argentina”.

Con mis compañeros discutíamos en la fábrica y en el sindicato todo lo que estaba ocurriendo. No hacía falta dudar mucho para saber quién tenía razón y hacia quién iba nuestra simpatía en esta emergencia.

Los peores enemigos de la clase obrera, los tradicionales enemigos de la izquierda y los agentes desembozados del imperialismo estaban contra Perón y

habían convertido al coronel en su enemigo número uno. Era natural que los obreros tuvieran la posición inversa.

El jefe de redacción de la United Press de Buenos Aires, un argentino cipayo, como es lógico, dice en un libro: (54)

El 4 de junio con motivo del primer aniversario de la Revolución, se inauguró una exposición en las playas subterráneas de la Avenida 9 de Julio. Conducía a su acceso una calle de banderas tendidas verticalmente. Llegamos al lugar en compañía de un diplomático uruguayo que había estado en la Alemania de Hitler. Tan pronto nos acercamos expresó espontáneamente: “¡Igual que en Nuremberg!”.

Frente a las concurrencias a Plaza de Mayo, inmigrantes italianos dirían después: “¡Igual que en Roma cuando hablaba Mussolini”. Se puede ser cipayo, pero no necesariamente estúpido. Hasta un funcionario de la United Press, un diplomático uruguayo y un inmigrante italiano podían comprender que una manifestación política, en cualquier parte del mundo, se parece a otra manifestación política, cualquiera sea la ideología de sus integrantes. A estos apátridas no les parecían lo mismo los actos electorales donde hablaban Roosevelt o Churchill.

El bloqueo diplomático iniciado por los Estados Unidos, que las embajadas satélites en Buenos Aires respaldaron abandonando las sedes diplomáticas, continuaba en forma acelerada.

El Departamento de Estado consideraba que la Argentina no había cumplido con la resolución de La Habana que consideraba acto de agresión a todos los Estados de América cualquier intento de agresión de una potencia extracontinental contra la soberanía de un Estado americano. Decíase también en Washington, acompañados por el coro domesticado de la prensa venal de toda América latina, que la Argentina era el hogar de todos los nazis.

La banda de políticos e intelectuales de Argentina se dirigía a la primera asamblea general de las Naciones Unidas pidiendo la intervención antinacional para extirpar de raíz el nazifascismo. Firmaban el petitorio, entre otros, Jorge

Luis Borges, Alejandro Cevallos, Eduardo Laurencena, José Aguirre Cámara, Julio A. Noble, Victoria Ocampo, Jorge Romero Brest, Carlos Perette, Silvano Santander, Ernesto Sanmartino, Agustín Rodríguez Araya, Luciano Molinas, Nicolás Repetto, Juan Antonio Solari, Paulino González Alberdi, Jorge Thenon y otros apátridas.

Desde Montevideo, Nicolás Repetto (55) propiciaba una intervención militar en el país en que había nacido con estas palabras: “El pueblo argentino mira con asombro todo lo que ocurre, siente con indecible inquietud y se pregunta todo desconcertado, si estallará la guerra en América una vez que las grandes potencias hayan impuesto la paz en los cuatro continentes restantes”.

¡Después los estudiantes universitarios y la pequeña burguesía de izquierda se preguntaban cómo era posible que la clase trabajadora se hubiera volcado hacia Perón!

Al margen de la campaña internacional desatada por el imperialismo contra la Argentina y su gobierno, la Secretaría de Trabajo y Previsión promovía incesantes conquistas sociales o aceptaba las propuestas de los sindicatos en formación. Si el decreto ley congelando los alquileres no fue muy bien recibido por los propietarios de bienes raíces, el Estatuto Profesional del Periodista no fue acogido con simpatía por las grandes empresas periodísticas que explotaban durante décadas a sus redactores pagándoles un salario de hambre.

De una manera u otra, sector tras sector de la clase obrera, de los sectores profesionales, de los estratos más variados de la masa trabajadora argentina iban percibiendo los beneficios de una nueva política. Pero nosotros, los que estábamos a diario con los militantes sindicales no teníamos diarios, instituciones de cultura, cátedras con la resonancia necesaria que fuesen capaces de reflejar las opiniones en voz baja o voz natural que se escuchaban en el sector del trabajo. Nos dábamos cuenta que la “opinión pública” de nuestro país no reflejaba sino la opinión privada, o mejor dicho la opinión, de los grupos — pequeños o grandes— de intereses, en tanto que los trabajadores, que por su número y su importancia en la economía argentina constituían la verdadera opinión pública, no contaban con ninguna forma de expresión.

De esta manera, las opiniones sobre el gobierno, sobre la política sindical de Perón y sobre Perón mismo que se escuchaban en la Argentina en 1944 y 1945 eran las opiniones de grupos no representativos de los verdaderos intereses

nacionales y populares, mientras que éstos no tenían forma ni medios de expresarse y, al no tenerlos, no constituían “opinión pública”.

Este hecho, que ahora parece muy simple de entender, no significaba para nosotros, trabajadores, algo muy importante, puesto que estábamos seguros de nosotros mismos. Pero para nuestros adversarios presentes y futuros la circunstancia de que la clase trabajadora, el pueblo en general, no tuviese manera de transmitir su opinión, les infundía una falsa sensación de seguridad.

Cuando los miembros de la Bolsa de Comercio, el Instituto Popular de Conferencias, el Jockey Club, el Centro de Estudiantes de Ingeniería o el Partido Demócrata Progresista hablaban “en nombre de las fuerzas vivas, de los sectores democráticos y de la Nación Argentina” se daban a sí mismos la impresión cabal de una verdadera representatividad. Vivían en un mundo de fantasía.

No quiere decir que todas esas fuerzas que se nuclearían meses más tarde en la Unión Democrática no contasen con apoyo en el país. Su aporte numérico, como se vio después, era muy grande, alrededor del 40 al 45% de los votantes. Pero no era apoyo de lo que tradicional e históricamente se denomina pueblo argentino: el pueblo de los pobres, de los obreros, de los artesanos, de los jornaleros, de los peones de estancia, de los hombres de la zafra, de los pequeños productores, de los sectores nacionales del interior que en otras épocas habían seguido a los caudillos, luego a Yrigoyen y ahora no se sabía a quién seguirían.

De modo que en los meses anteriores a 1945, mientras el elemento cipayo tenía la convicción absoluta de que contaban con el apoyo del imperialismo, de la prensa americana, de los ejércitos vencedores en Europa y de la “opinión pública” argentina, los trabajadores teníamos muy bien definidos a nuestros enemigos, pero aún no teníamos una idea muy clara de cómo enfrentarlos. Pero la escuela de la política fue para millones de hombres y mujeres argentinos de un aprendizaje intensivo. Nuestros propios enemigos iban a tender las líneas de la lucha.

■

54. Lo que no se dijo, por Bernardo Ravinovitz, Ed. Gure, 1956, Buenos Aires (N. del A.)

55. Médico y político, presidente del Partido Socialista, al que en 1946 integrará a la Unión Democrática alentada por el embajador estadounidense Spruille Braden (N. del E.).

LA APARICIÓN DE BRADEN

El gobierno militar, cuando se inicia el año 1945, hace frente a una grave crisis. En primer lugar, la guerra mundial estaba por terminar. El imperio que Hitler había prometido establecer durante 1000 años, se hundía vertiginosamente entre las ruinas de la cancillería de Berlín. La larga noche de reacción que había cubierto el mundo entero, estaba por terminar. Truman se disponía a arrojar la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki iniciando así la política de genocidio imperialista. (56)

La identificación de la oposición cipaya argentina con el bando triunfante en Europa era aplicada a nuestros asuntos interiores, y el gobierno militar argentino comparado con los ejércitos de Hitler en derrota.

Los asuntos políticos absorbían tanto la atención de la oposición cipaya que nadie había advertido el hecho de que las cifras de la producción industrial argentina superaban en un par de cientos de millones a lo que representaba la producción agropecuaria en la economía nacional. Al mismo tiempo, a principios de 1945, nadie advertía tampoco una extraordinaria demanda interna de carne. El consumo nacional de nuestra producción ganadera alcanzaba cifras extraordinarias. Ninguno de los políticos profesionales envejecidos en el oficio imaginaba siquiera que esa elevación en la demanda correspondía al consumo obrero: millones de argentinos, recientemente incorporados a la industria y que estaban ya obteniendo salarios mejores, empezaban a comer. Sería difícil que en los acontecimientos políticos que iban a precipitarse sobre el país fueran disuadidos de seguir comiendo.

El 27 de marzo la Argentina declara la guerra al Japón y a Alemania, cuando estas potencias estaban prácticamente vencidas. El gobierno militar intenta así sentarse a la mesa de los vencedores en un acto que si bien reflejaba la formidable presión imperialista no podía ser aceptado ni respetado por nadie: ni por los neutralistas, ni por los cipayos. Este mismo acto estaba reflejando bien a las claras la profunda debilidad del gobierno militar y la necesidad de una salida popular a la situación.

Buscando apoyos nuevos, el gobierno militar designa ministro del Interior al doctor Hortensio Quijano, el 5 de agosto. Quijano era un abogado y ganadero de Corrientes, de tendencia radical yrigoyenista, neutralista y adversario de la política de entrega del radicalismo alvearista. Al día siguiente levanta el estado de sitio, que regía en el país desde 1941. (57)

Toda la oposición cipaya recibe estos actos como la expresión de su inevitable victoria y como una manifestación de la debilidad fundamental del gobierno militar. Los petitorios firmados por toda clase de asociaciones profesionales, abogados, ingenieros, profesores, hombres de negocios, políticos e intelectuales, que publican La Nación y La Prensa solicitando la “normalización constitucional” y atacando al gobierno “de la dictadura”, son innumerables. Los actos callejeros, los volantes de la FUBA (58) y toda clase de manifestaciones “democráticas” se suceden ininterrumpidamente durante el mes de agosto.

El embajador de los Estados Unidos en Buenos Aires, Spruille Braden, interviene activamente en esta campaña. Había estado antes en Cuba, y creía que la República Argentina era una republiqueta, y que con un crucero yanqui apuntando con sus cañones podría derrotar al movimiento nacional. En realidad, fue el verdadero jefe de la Unión Democrática. Hablaba en actos públicos, emitía declaraciones insolentes, se entrevistaba con Codovilla, (59) con Repetto y con Santamarina (60) de manera regular, entrevistas que eran reproducidas por los diarios con la mayor tranquilidad. La oligarquía olvidaba que también los obreros leíamos los diarios.

Al realizar una visita a la ciudad de Rosario, decía el diario La Prensa que Braden había sido recibido en la estación Retiro por una multitud de “500 personas” donde predominaba gente de nuestra sociedad, caballeros y damas de distinguidos apellidos, tales como Anchorena, Bemberg, Pereyra Iraola, etc., ofreciendo así una demostración de desagravio, en virtud de que días anteriores en la calle Florida algunos muchachos habían largado un cerdo del que colgaba un letrero que decía “Soy Braden”. Aunque la expresión no era muy diplomática, en realidad, todos nosotros, los trabajadores, lo llamábamos a este señor “el chanco Braden”, y así lo seguimos recordando.

El Museo Social Argentino ofreció a Braden un banquete que contó con la presencia de los señores más destacados de la oligarquía, antiguos jueces, profesores, socios del Jockey Club. También asistía como invitado especial el general Rawson, al que se sindicaba como jefe de un golpe de Estado en

preparación. El ex embajador británico en la Argentina sir David Kelly, en su libro *Los pocos que gobiernan*, ha relatado los pormenores del banquete.

Cuando apareció Braden en el salón, todos los comensales se pusieron de pie y gritaron: “Viva Braden”. A su lado se sentaba el coronel Durán, (61) sobrino y secretario de Braden, agente del Servicio de Inteligencia Norteamericano, que durante la guerra civil española había mantenido en España contactos con Vittorio Codovilla, ex agente de la policía soviética en la península, que se ocupaba de exterminar a todos los revolucionarios independientes.

En los barrios obreros a nadie se le escapaba que esta santa unión entre la burocracia soviética, el imperialismo yanqui, la oligarquía argentina, los partidos tradicionales dirigidos en apariencia contra la figura del coronel Perón, en el fondo se enfilaba contra nosotros.

La estrecha vinculación entre el Partido Comunista argentino, la Embajada norteamericana y los partidos de la oligarquía se fundaba en su situación de agente político de la diplomacia soviética. Esa situación no ha cambiado desde hace más de treinta años. De ahí que para saber qué posición política adopta en cualquier momento el Partido Comunista es necesario saber cuáles son las relaciones de la Unión Soviética con los países semicoloniales y con los países imperialistas. Pues de acuerdo a esta situación los comunistas argentinos acomodarán su política, que nunca será el reflejo de las necesidades reales de la clase obrera argentina y del país, sino de las conveniencias reales de la burocracia soviética.

Pocos meses antes del momento que estamos recordando, el dirigente del comunismo argentino Rodolfo Ghioldi pronunció una conferencia (20 de marzo 1944) en los salones del Círculo Italo-Uruguayo de Montevideo. Ghioldi decía:

Hay una gran masa de intereses que nos vinculan como latinoamericanos al destino angloamericano. Es de interés de América latina que las fricciones entre América latina, por una parte, y Estados Unidos e Inglaterra, por la otra, no se agraven para perjuicio suyo; Browder, dirigente comunista norteamericano, afirmaba, con mucha visión política, que dichas fricciones pueden atenuar situaciones bélicas y agresivas dentro del cuadro general de las relaciones anglo-soviético-norteamericanas, las cuales serían por sí mismas un factor de

tranquilidad latinoamericana.

Este cipayo soviético agregaba: “Lo que me parece curioso es que dirigentes latinoamericanos democráticos sean más parcos en sus esperanzas y exigencias y hasta más modestos que muchos capitalistas norteamericanos”.

También llama la atención el libro de Federico Pinedo La Argentina en la vorágine. Ex ministro de Hacienda y futuro ministro en cualquier oportunidad, el doctor Pinedo era una de las más despiertas cabezas del país; sin quererlo refuta a veces al doctor Repetto, pues su argumentación parte de que por mucho tiempo Inglaterra no podrá seguir comprando.

En esta solución creen ya los Estados Unidos. Es alentador que un viejo campeón de las relaciones anglo-argentinas amplíe el horizonte y abandone la visión unilateral y advierta que es de interés argentino buscar otras posibilidades. En cambio, Repetto creía que teníamos que seguir comprando y vendiendo a Gran Bretaña.

A los comunistas argentinos, la alianza de los tres grandes en la lucha contra Hitler los empujaba a la alianza dentro del país con los sectores de la oligarquía “democrática” ligada al capital anglo-yanqui. Actuaban en consecuencia. No vacilaban en elogiar a Federico Pinedo y conspirar junto al embajador Braden y en abrazarse con Antonio Santamarina.

Todos estos actos, artículos, declaraciones y discursos no eran secretos, sino públicos. Los obreros sabíamos leer, aunque los comunistas pensasen lo contrario.

■

56. 6 de agosto de 1945 un bombardero B 29 dejó caer sobre la ciudad de Hiroshima la bomba atómica Little Boy, que en un abrir y cerrar de ojos acabó con la vida de entre 50 y 100 mil personas y, en años posteriores, eliminará a muchas más debido a los efectos de la radiación.

Tres días después, la bomba Fat Man caería sobre la ciudad de Nagasaki, con efectos aún más devastadores.

57. Hortensio Quijano, dirigente radical de la provincia de Corrientes, que en 1943 organizó el grupo de radicales que apoyó la revolución, llegó a desempeñarse como ministro del Interior del presidente Edelmiro J. Farrell, entre el 4 de agosto al 31 de octubre de 1945. En octubre de 1945 fundó la Unión Cívica Radical Junta Renovadora, junto con Armando Antille, Juan Isaac Cooke, Eduardo Colom, entre otros, en apoyo a la candidatura presidencial de Perón para las elecciones de 1946, cuya fórmula integró como candidato a vicepresidente.

58. Federación Universitaria de Buenos Aires.

59. Vittorio Codovilla, dirigente comunista argentino, hombre de confianza de Iósif Stalin y férreo sostenedor del estalinismo.

60. Se refiere al hermano del ministro de Hacienda de Ramírez, Antonio Santamarina, doctor en Derecho y Ciencias Sociales, fue miembro del Concejo Deliberante de Buenos Aires, diputado provincial y luego nacional por Buenos Aires, intendente de la municipalidad de Tandil entre 1914 y 1917, intendente de la Convención constituyente de la provincia, senador nacional, candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires, presidente de la Academia Nacional de Bellas Artes, entre otras ocupaciones.

61. El misterioso español Gustavo Durán, verdadero redactor del Blue Book on Argentina inspirado por el embajador, fungía de secretario privado de Braden. Compositor, escritor, militar y espía, durante la guerra civil española Durán había cumplido un papel destacado en las milicias comunistas del Quinto Regimiento y en la XI Brigada Internacional, donde fue jefe del Estado Mayor

del general Kleber (nom de guerre de Manfred Zalmánovich Stern, oficial austrohúngaro miembro del servicio de Inteligencia Militar de la Unión Soviética, vulgarmente conocido como GRU) y tras participar de la defensa de Madrid y otras importantes batallas, estuvo al frente del Servicio de Información Militar (SIM) hasta que el ministro de Defensa, el socialista Indalecio Prieto, consiguió librarse de él.

Exiliado en Estados Unidos luego de la derrota de la República, se vinculó muy activamente al Departamento de Estado. Llegado a nuestro país con Braden, se reencontró con sus viejos amigos Rafael Alberti y María Teresa de León, quienes lo introdujeron en la elite intelectual porteña en la que resplandecía la aristócrata Victoria Ocampo, secundada por sus amanuenses José Bianco y Jorge Luis Borges.

Anticipándose un par de horas a la aparición del Libro Azul, en el transcurso del discurso con que inauguraba oficialmente su campaña electoral, el coronel Perón denunció la intolerable injerencia del señor Braden en los asuntos internos del país “al expresar que yo jamás sería presidente de los argentinos y que aquí, en nuestra patria, no podía existir ningún gobierno que se opusiese a los Estados Unidos”.

Pero el candidato contaba con su propia bomba diplomática. Según declaró, el antiguo agente comunista Gustavo Durán, secretario privado de Braden y autor del libelo, había realizado viajes a Montevideo para buscar contactos con exiliados argentinos y mantenía una relación estable con el jefe comunista Vittorio Codovilla, a quien había conocido durante la Guerra Civil. También había estado a cargo de Durán realizar colectas entre las compañías norteamericanas radicadas en el país para financiar la campaña electoral de la Unión Democrática.

Durán haría carrera en el gobierno de Estados Unidos, así como en Naciones Unidas y siempre negaría haber sido comunista, descalificando las acusaciones

de Perón, pero poco antes de su muerte terminó admitiendo su participación en la redacción del libelo distribuido por el Departamento de Estado.

Su desvinculación del Partido Comunista será desmentida por el investigador y periodista Rogelio García Lupo.

PERÓN HABLA AL EJÉRCITO SOBRE LA REVOLUCIÓN RUSA

En esos mismos días el coronel Perón pronunciaba una conferencia en el Colegio Militar. Fue el 7 de agosto de 1945, y a pesar de que los diarios reducían, amputaban o desfiguraban maliciosamente todas sus declaraciones, como creyeron en la “opinión pública”, lo publicaron con el objeto de desprestigiar a Perón.

En ese discurso el coronel afirmó:

Es natural que contra esta reforma se hayan levantado “las fuerzas vivas”, que otros llaman “vivos de las fuerzas”, expresión tanto más acertada que la primera. ¿En qué consisten esas fuerzas? En la Bolsa de Comercio, 500 que viven traficando con lo que otros producen; en la Unión Industrial, doce señores que no han sido jamás industriales; y en los ganaderos, señores que, como bien sabemos, desde la primera reunión de los ganaderos vienen imponiendo al país una dictadura.

Y agregaba:

Cuando se realizan obras se crean enemigos, cuando nada se hace los enemigos desaparecen; para nosotros hubiera sido mucho más fácil seguir el camino ya trillado y entregarnos a esas fuerzas que nos hubieran llenado de alabanzas. Entonces todos los diarios nos aplaudirían, pero los hombres de trabajo estarían en condiciones iguales o peores que antes. En ese sentido he sido receptáculo de innumerables sugerencias. Les aseguro a ustedes que, si yo me decidiera a entregar al país, mañana sería el hombre más popular de Buenos Aires...

Esa es la realidad. Si yo entregara al país, me dijo un señor [refiriéndose a Braden] —en otras palabras, muy elegantes naturalmente, pero que en el fondo decían lo mismo— en una semana sería el hombre más popular de ciertos países extranjeros. Yo le contesté: “A ese precio prefiero ser el más oscuro y desconocido de los argentinos, porque no quiero —y disculpen la expresión— llegar a ser popular en ninguna parte por haber sido un hijo de puta en mi país”.

Esta es la famosa reacción en que verán ustedes que están los hombres que han entregado siempre al país. Están los grandes capitalistas, que han hecho los negocios vendiendo al país. Están los abogados que han servido a empresas extranjeras para escarnecer y vender al país; están algunos señores, detrás ciertos embajadores haciendo causa común con ellos para combatirnos a nosotros, que somos los que estamos defendiendo al país; están los diarios pagados en los que aparecen artículos de fondo, con las mismas palabras enviadas desde una embajada extranjera y frente a una página pagada por la misma embajada. Esos son los diarios que nos combaten. ¡Mucho honor en ser combatido por esos bandidos y traidores!

Y esos son los que han organizado la reacción. Afortunadamente no había entrado en las Fuerzas Armadas, pero ya ha entrado en las Fuerzas Armadas y tenemos ahora la contrarrevolución en marcha, la que debemos parar haciendo lo que sea necesario hacer. Es una carta que se juega una sola vez en la vida, pero no debemos olvidar que se está jugando la historia de la Nación.

Si hemos guerreado durante veinte años para conseguir la independencia política, no debemos ser menos que nuestros antepasados y debemos pelear otros veinte años, si fuera necesario, para obtener la independencia económica. Sin ella, seremos siempre un país semicolonial.

Con esta temperatura se fueron desarrollando esos días de agosto de 1945. Mientras los viejos chupasangre del país declamaban pomposamente sobre la “libertad” y la “democracia”, Perón planteaba, por primera vez desde hacía mucho, los grandes problemas nacionales.

En la misma conferencia, notable por muchos conceptos, dijo lo siguiente:

La Revolución Francesa comienza su acción efectiva en 1797. Hace la lucha y termina su período heroico en 1814, derrotada y aherrojada en Europa por la Santa Alianza y el Congreso de Viena de 1815. Sin embargo, arroja sobre el mundo su influencia a lo largo de un siglo, por lo menos... Todos somos hijos del liberalismo creado en la Revolución Francesa. En 1914, para mí, empieza un nuevo ciclo histórico, que llamaremos de la Revolución Rusa... Y si esa Revolución Francesa, vencida y aherrojada en Europa ha arrojado sobre el mundo un siglo de influencia, ¿cómo esta Revolución Rusa, triunfando y con su epopeya militar realizada, no va a arrojar sobre el mundo otro siglo de influencia? El hecho histórico es innegable... Si la Revolución Francesa terminó con el gobierno de las aristocracias, la Revolución Rusa termina con el gobierno de las burguesías. Empieza el gobierno de las masas populares.

Cabría formular una observación a estas palabras notables. Como todos los grandes momentos históricos donde se va a definir una situación política por mucho tiempo, los representantes de ciertas clases sociales se ven obligados a emplear ideas que van mucho más allá de los límites objetivos de las clases que representan, para poder arrastrar detrás de sí a todo el resto de la Nación.

Que el estallido del 17 de Octubre significaba algo muy importante para el país y para la clase obrera podían anticiparlo estas frases del discurso de Perón, que estaba obligado a proyectar sobre la lucha en marcha las líneas generales de un gran cuadro histórico; y para lanzar a las masas populares a los caminos de la revolución nacional, veíase obligado a invocar el ejemplo de la revolución rusa. Se trataba de un ejemplo simbólico, sin duda, no solo por los hechos que ocurrieron sino también por los hechos que deben ocurrir. La clase trabajadora argentina, que comenzó su vida política con el Perón de 1945, asimiló esos elementos programáticos que el nuevo caudillo nacional formulaba en esas horas decisivas.

El lector que mire estas páginas, para comprenderlas en todo su sentido, deberá tener en cuenta que nosotros, los organizadores de los sindicatos de 1944 y 1945, procedíamos en gran proporción de las viejas tendencias tradicionales del movimiento obrero: entre nosotros había numerosos militantes sindicalistas, comunistas, trotskistas, socialistas, forjistas (como Libertario Ferrari), que de una manera u otra comprendíamos muy bien el duelo que en ese momento estaba jugándose en el país, la significación de las generalizaciones políticas e

históricas de Perón. Para nosotros era la recuperación de un viejo lenguaje perdido, el restablecimiento de una línea histórica fundamental, la más apropiada para un movimiento nacional y popular. Para los miles de activistas, delegados y dirigentes de sindicatos, en su mayor parte procedentes del interior, que no habían actuado nunca en política ni en los sindicatos, era el verdadero descubrimiento de los problemas nacionales y mundiales.

¿A quién podría resultarle extraño que millones de obreros se encontrasen representados por Perón? Solamente a la cultura abstracta, antinacional y estéril que la Universidad Argentina imponía al estudiantado y que tendía a ocultar la sencillez de lo que estamos exponiendo.

Los estudiantes universitarios fueron víctimas de la estafa oligárquica y a pesar de ser hijos de la clase media, en gran parte explotada y humillada por el imperialismo y la oligarquía, actuaron en contra de los propios intereses y también en contra de sus propios ideales, aquellos ideales nacidos con la Reforma Universitaria de 1918.

En aquella época los estudiantes de la FUA y FUBA no lo comprendieron; ha sido necesario que pasaran 16 años de esos acontecimientos para que la nueva generación universitaria comience a comprenderlos. Más vale tarde que nunca.

ESTALLA EL COMLOT OLIGÁRQUICO CONTRA PERÓN

El embajador Braden había llegado a la convicción de que, con un solo golpe, bien asestado, el tambaleante gobierno de Farrell podría caer. Los diferentes sectores políticos y económicos que formarían más tarde la Unión Democrática, donde se contaban desde el Partido Comunista hasta la Sociedad Rural Argentina, decidieron precipitar los acontecimientos. A tal efecto iniciaron la preparación de una formidable demostración pública que tendría lugar el 19 de septiembre, y a la que se llamaría Marcha de la Constitución y la Libertad.

Como elemento preparatorio de esta marcha, el 10 de septiembre el Partido Comunista realizó en el Luna Park su primer mitin público después de establecido el gobierno militar. Nada mejor que reproducir un fragmento del discurso de Rodolfo Ghioldi en dicho acto para comprender claramente el papel que los estalinistas jugaron en la lucha contra la revolución nacional.

La platea del Luna Park estaba ocupada por distinguidas personalidades del mundo político, social, económico, militar y diplomático de Buenos Aires. Entre ellos, se encontraba el ex senador don Antonio Santamarina, expresión misma de la oligarquía vacuna, el coronel Bartolomé Gallo, (62) que diez años más tarde sería interventor de nuestro sindicato, al que saqueó de arriba a abajo, el señor Carlos Peralta Alvear, la señora Julieta Martínez Guerrero, Silvano Santander, (63) Alejandro Ceballos y muchos otros representantes de la cipayería porteña. Ante este público y ante varios miles de afiliados de su partido, Rodolfo Ghioldi declaraba:

Saludamos la reorganización del Partido Conservador, operado bajo la dictadura, que sin desmedro de sus tradiciones sociales, se apresta al abrazo de la unión nacional, y que en las horas sombrías, y en el terror carcelario, mantuvo en la persona de don Antonio Santamarina una envidiable conducta de dignidad civil.

Y este digno comunista agregaba:

Era precisa la conservación de la amistad con Gran Bretaña sin detrimento para el desarrollo nacional, mejorarla radicalmente con los Estados Unidos, partiendo de la línea de la buena vecindad, retomada ahora por el secretario Byrnes y ratificada con tanto calor por Mr. Braden.

A partir del acto del Partido Comunista, la reacción lanza su ofensiva en cadena. Los jueces cesantes y profesores cipayos toman contacto con grupos de militares descontentos de Campo de Mayo y los incitan a levantarse contra el gobierno militar, intentando persuadirlos de que la figura de Perón es impopular, que la opinión pública seria y responsable está contra él y que el país marcha hacia el caos.

Finalmente, el 19 de setiembre se realiza la anunciada Marcha de la Constitución y la Libertad, que congrega a una imponente multitud. Se vuelcan a las calles los barrios residenciales y un sector importante de la clase media que, intimidada por el imperialismo y los grandes diarios, considera que esta causa es su causa.

Frente a la manifestación marchan los personajes más desprestigiados, los sobrevivientes del 6 de septiembre, los de la Década Infame, el anciano jefe del Partido Socialista, don Joaquín de Anchorena (organizador de las ligas antiobreras en 1919) y hasta diplomáticos de las embajadas imperialistas.

El día 24, preparada ya la opinión, intentan un golpe revolucionario en Córdoba, los generales Rawson y Martínez, pero fracasan y son reducidos rápidamente. El 16 de septiembre el gobierno militar establece nuevamente el estado de sitio y clausura las Universidades de Buenos Aires y La Plata, que se habían convertido en dos de los focos de la contrarrevolución.

La oligarquía había lanzado la consigna, coreada por todos los diarios “serios” (es decir, los más venales del país) de entregar “el Gobierno a la Suprema Corte”. Esta misma consigna era defendida por el Partido Comunista, por el Partido Conservador y por la Unión de Industriales.

La presión imperialista era tan fuerte que un grupo de oficiales acantonados en

Campo de Mayo reunidos en los primeros días de octubre con el ministro del Interior, Quijano, exigía la renuncia de Perón. Esto ocurrió entre el 8 y 9 de octubre. Inmediatamente Perón fue arrestado en el Tigre y trasladado a las dependencias navales de la isla de Martín García.

La oligarquía, seguida de toda la canalla antinacional, festejó ruidosamente la renuncia de Perón. Yo me encontraba con mis compañeros en el local de la Unión Obrera Metalúrgica cuando nos llegó inesperadamente esa noticia. Mi primera impresión —que era la justa— era que se trataba de un golpe dirigido contra nosotros.

Realizamos rápidamente algunos contactos con otras organizaciones sindicales y decidimos sesionar en forma permanente para esperar la evolución de los acontecimientos y adoptar las medidas más oportunas en defensa de las organizaciones sindicales.

Los hechos se sucedían con una intensidad tal que recuerdo esos días como una sucesión de horas afiebradas, pasadas sin comer ni dormir. Las opiniones en la CGT estaban divididas sobre la actitud a tomar. Algunos dirigentes sindicales, influidos por el viejo criterio oportunista y amarillo que les venía del pasado, estimaban que ciertas vagas afirmaciones del general Ávalos, (64) jefe del golpe lanzado desde Campo de Mayo contra Perón, en el sentido de que se respetarían las conquistas sociales, era suficiente para que la clase obrera permaneciera tranquila. Otros, la mayoría, opinaban que se trataba de un golpe dirigido contra Perón en tanto éste era el representante directo de los trabajadores en el seno del gobierno, y que, en consecuencia, la clase obrera debía movilizarse inmediatamente para rescatar a Perón de su prisión, puesto que el coronel había sido hasta ese momento la única garantía efectiva de las necesidades obreras.

Estos compañeros y yo recorrimos el Gran Buenos Aires en auto y cambiamos informaciones sobre los acontecimientos. En todas partes encontrábamos caras sombrías, pero también un gran espíritu de lucha: “Esto no va a quedar así”, nos dijo un dirigente de la carne.

En los barrios obreros de la Capital Federal, en las seccionales metalúrgicas y en todas las fábricas reinaba el mismo espíritu. La gente no se movía, pero esperaba con todas las fuerzas en tensión. Casi podría decir que no se escuchaba entre los militantes sindicales ni entre los obreros de base discusión alguna sobre los acontecimientos. Había una especie de inconsciente decisión tomada en todas

partes. Pero la primera actitud era de pausa, de espera.

■

62. El coronel Bartolomé Gallo, luego general, interventor de la Unión Obrera Metalúrgica a partir de fines de 1955, en 1951 formó parte de una de las dos conspiraciones que se proponían acabar con el gobierno de Juan Perón.

63. Silvano Santander, viejo dirigente del radicalismo, fue en septiembre de 1945 uno de los organizadores de la llamada Marcha de la Constitución y la Libertad. Reelecto diputado en 1946, sus cuestionamientos al gobierno, al que tildaba de fascista, y contra el cual lanzaba acusaciones muy duras, le valieron ser expulsado de su banca en diciembre de 1951, acusado de desacato, luego de lo cual se exilió en Montevideo. Continuó con sus cuestionamientos contra Perón y publicó Técnica de una traición: Agentes del nazismo en la Argentina libro en el que no solo atacó a Perón, sino a varios oficiales del Ejército Argentino, intentando demostrar su implicación en el ingreso al país de numerosos criminales de guerra nazis. El escritor peronista Arturo Jauretche atacó duramente el libro en una respuesta, titulada Los profetas del odio, acusando a Santander de haberlo escrito a pedido de la CIA, mientras el general Carlos von der Becke cuestionó la seriedad de información y las fuentes utilizadas por Santander.

64. Eduardo Ávalos había sido uno de los llamados «cuatro coroneles» que tenían el mando efectivo del GOU, junto con Juan D. Perón, Emilio Ramírez y Enrique P. González. Mantenía relaciones muy cercanas con la Unión Cívica Radical y, en particular, con el dirigente cordobés Amadeo Sabattini.

EL PÍCNIC DE LA PLAZA SAN MARTÍN

Por su parte, la oligarquía no perdía el tiempo. El general Farrell llama a la Casa de Gobierno al doctor Juan Álvarez —procurador General de la Nación— y le pide que forme un gabinete de conciliación nacional.

Con la parsimonia de un magistrado, el doctor Álvarez empieza a realizar consultas con los dirigentes de los partidos políticos, que se prolongan hora tras hora y día tras día. Mientras tanto, en el Círculo Militar, los elementos oligárquicos más reaccionarios y decididos, a cuyo frente se encuentra el almirante Vernengo Lima, (65) discuten la mejor salida a la situación.

El 11 de octubre el gabinete de Farrell renuncia en solidaridad con Perón. De manera irónica y despectiva informan los grandes diarios sobre la caída del coronel, así como sobre grandes manifestaciones obreras realizadas en los ingenios azucareros tucumanos y en la ciudad de Avellaneda, pidiendo la libertad de Perón. Estas noticias eran publicadas por La Prensa y La Nación en las páginas destinadas a información policial.

El día 12 de octubre, feriado, algunos compañeros metalúrgicos nos enteramos de que en la Plaza San Martín se estaba haciendo un gran pícnic de todas las damas de la aristocracia (?), que pedían un nuevo gobierno. Estaban tiradas en el césped, como si fuera un día de campo, mientras los mucamos servían bebidas y sándwiches a sus alborozadas amas. Oradores improvisados hablaban en nombre de una “junta democrática” pidiendo la entrega del gobierno a la Suprema Corte, y la renuncia de Farrell. Algunos eran comunistas y otros conservadores. En esos momentos salió a los balcones del Círculo Militar el almirante Vernengo Lima y, al comenzar a hacer uso de la palabra, una señora del Barrio Norte lo interrumpió en forma directamente desaforada pidiendo que el gobierno pasara a la Suprema Corte. “Yo no soy Perón”, dijo el almirante, y verdaderamente tenía razón.

Después que Vernengo Lima se despachó con cuatro o cinco frases sobre la libertad, una especie de animador que anunciaba al público la llegada de las

distintas personalidades que se hacían presentes en el edificio (este servicial mozo resultó ser Pedrito Quartucci (66) —evidentemente se necesitaba un buen actor para esta farsa—) comunicó la llegada de Alfredo Palacios, Vittorio Codovilla y Américo Ghioldi. (67)

El sábado 13 de octubre, en su página 6, La Prensa bajo un título que decía “El Pueblo en la calle demandó la solución ansiada”, informaba:

La jornada del jueves último, pródiga en rumores y acontecimientos, había dejado en el ánimo público general expectación. Una madrugada nerviosa fue la que ayer se vivió en la Capital. Trascendieron a la calle los anuncios de reuniones realizadas en el Centro Naval y en el Círculo Militar; se mencionó con insistencia la noticia que afirmaba la presentación al presidente de la Nación de un petitorio cuya respuesta se esperaba para las 10 del día de ayer.

El motivo central de la atención pareció concentrarse en la alternativa, que se descontaba, al Poder Ejecutivo de cambiar todo el gabinete o pasar el poder al presidente de la Suprema Corte de Justicia...

A partir de las 10 fue reuniéndose la concurrencia frente al local del Círculo Militar; primero fueron algunos núcleos aislados que llegaron hasta la plazoleta situada frente al palacio que ocupa dicha institución y se mantuvieron en situación expectante. Paulatinamente el conjunto se vio engrosado con el aporte de otros grupos de personas que llegaban en forma constante, público selecto formado por señoras y niñas de nuestra sociedad, caballeros de figuración social, política y universitaria, jóvenes estudiantes que lucían escarapelas con los colores nacionales, trabajadores que querían asociarse a la demostración colectiva en favor del retorno a la normalidad.

No tardaron en producirse las primeras manifestaciones de entusiasmo. Los más decididos lograron proveerse de unas banderas arrancadas del frente del Círculo Militar y procedieron a colocarles crespones. En seguida se entonó el Himno Nacional. A partir de ese instante empezó a corearse el estribillo “El gobierno a la Corte”.

La llegada de conocidas personas determinó nuevas expresivas demostraciones jubilosas en el público. Encontrábanse, entonces, frente al local de referencia, entre otros, los doctores Alfredo L. Palacios, Bernardo Houssay, Pedro Ledesma,

Carlos Alberto Acevedo, Rodolfo Coraminas Segura, Heriberto Martínez, Américo Ghioldi, Jorge Eduardo Coll, Diógenes Taboada, José María Cantilo, Ernesto Sanmartino, Silvio L. Ruggieri, José María Bustillo. Roberto Fitte, José María Paz Anchorena, José María Sáenz Valiente, Eugenio Blanco, Carlos Sánchez Viamonte y otros.

■

65. Héctor Vernengo Lima.

66. Pedro Quartucci, ex boxeador y ascendente actor de cine y posteriormente de televisión. Durante el primer gobierno de Perón será mano derecha de Juan Duarte, secretario del Presidente.

67. Hermano de los dirigentes comunistas Rodolfo y Orestes, Américo Ghioldi pertenecía al Partido Socialista, director del diario La Vanguardia, concejal de la ciudad de Buenos Aires y diputado nacional. Durante los años siguientes intervendrá en varias conspiraciones con el gobierno de Perón, saludó los bombardeos sobre Plaza de Mayo, apoyó a la revolución libertadora y celebrará los fusilamientos de 1956. Líder del Partido Socialista Democrático, una de las divisiones del Partido Socialista, durante la dictadura cívico militar de 1976-1983 será embajador en Portugal.

EL GRAN DÍA

Realmente parecía la revista El Hogar. Vittorio Codovilla, cuyo auto se veía todas las mañanas estacionado frente a la embajada de Estados Unidos, tan seguro estaba de la caída de Perón que había resuelto viajar a Mendoza y desde Mendoza a Buenos Aires en los primeros días de octubre para asistir al golpe contrarrevolucionario. Pero al salir de Mendoza fue detenido el 2 de octubre y trasladado a la Penitenciaría Nacional.

El ex senador Antonio Santamarina visitó al burócrata comunista en la cárcel el 9 de octubre por la mañana y al salir informó a los periodistas: “Le dije a Codovilla que de un momento a otro ha de producirse el estallido que aguardamos. Estamos apurados por obtener su libertad, porque solo él puede orientarnos”.

Efectivamente, en la tarde de ese día, bajo la presión del acantonamiento de Campo de Mayo, Perón se veía obligado a renunciar y era trasladado a Martín García.

El semanario oficial del PC, Orientación, se plegaba a la campaña oligárquica publicando a grandes títulos: “El Gobierno a la Suprema Corte”. “Rendición incondicional y un gabinete presidido por el Dr. Álvarez”. Otro título decía: “Solo la democracia libre y organizada podrá abatir al peronismo pro fascista”.

En esos días de indecisión, los diarios informaban que en los ingenios Amalia, Cruz Alta, Fronterita y Mercedes de la provincia de Tucumán los trabajadores se habían lanzado a la huelga reclamando la libertad del coronel Perón. Pero a su vez, la prensa cipaya intentaba contrarrestar estas manifestaciones obreras aisladas publicando comunicados que firmaban supuestas organizaciones sindicales, que en realidad consistían solamente en un sello, y que expresaban un apoyo a la coalición oligárquica.

Cuando faltaban pocas horas para el pronunciamiento de masas del 17 de Octubre, el martes 16 el diario La Razón da a conocer un comunicado de la

industria de la carne en la que se pronunciaba por la unión nacional y “basta de nazifascismo y peronismo”.

Quiero dejar bien establecido que, por entonces, la Federación Obrera de la Carne, presidida por José Peter, (68) era tan solo un papel membrete, pues ya los obreros de los frigoríficos contaban con su propia federación que dirigía Cipriano Reyes. (69)

A raíz de la huelga del gremio de 1944, que triunfó a pesar de la traición de los comunistas que hasta ese momento habían conservado cierta influencia en el gremio, José Peter hundió su prestigio y los trabajadores de la carne se habían agrupado alrededor de Cipriano Reyes.

Hay un episodio poco conocido sobre la situación planteada en el seno de la CGT en los días inmediatamente anteriores al 17 de Octubre, que ha sido recogido en su valioso libro sobre la historia del movimiento obrero argentino (Del anarquismo al peronismo) por el talentoso y valiente compañero Alberto R. Belloni, (70) dirigente nacional de la Asociación Trabajadores del Estado, que ha historiado este suceso. Belloni es el único militante obrero del movimiento nacional que ha escrito un libro sobre historia de las luchas sindicales. Tiene autoridad para hacerlo, pues ha demostrado en su propio gremio que hace honor a la tradición revolucionaria del 17 de Octubre, combatiendo a los burócratas corrompidos que se escudaron bajo esas grandes banderas para medrar mejor. Como decía, Belloni, en su obra, relata lo siguiente:

El día 14 de octubre la CGT declaraba la huelga en principio: también lo hacen varias organizaciones del interior. El día 16 se reúne el Comité Central Confederal para considerar como único punto la declaración de huelga general. Casi diez horas dura el agitado debate. Delegados de viejas organizaciones sindicales se definieron en contra de la huelga, expresando que el general Ávalos daba garantías de que se mantendrían “las conquistas obreras alcanzadas” y agregaban conceptos antimilitaristas, recordando las sangrientas represiones a cargo de algunos militares; otras representaciones, sobre todo la de los gremios de industria, dijeron que el 12 de ese mes los patrones se negaron a pagar el aumento de salarios que disponía un decreto de Perón del día 9 y además manifestaron: “Vayan a cobrárselo a Perón”. Los delegados refirieron cómo al recurrir a la Secretaría de Trabajo en busca de que se obligara la aplicación de la

ley, no fueron recibidos por el nuevo titular de la Secretaría; que esto demostraba el valor de las promesas de los nuevos hombres en la Casa de Gobierno, y, por último, que a los trabajadores no les debía interesar si era civil o era militar quien atendía por sus reivindicaciones. A la una de la mañana del día 17 se resuelve declarar “la huelga general revolucionaria” por 48 horas en todo el país, a partir del 18; la votación arrojó 21 votos a favor de esta decisión, contra 19. El alma del debate que decidiría la solución final fue el representante de la Asociación Trabajadores del Estado, Libertario Ferrari, que implacable y tenaz se mantuvo defendiendo la huelga general, dividiendo a su propia delegación que traía instrucciones en contra.

Libertario Ferrari, (71) que fallecería trágicamente pocos años más tarde, había sido militante de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina).

Resuelto por la CGT el lanzamiento de la huelga general revolucionaria en la mañana del 17 de Octubre, vinieron a buscarnos al Sindicato Metalúrgico, en la calle Humberto 1º, unos compañeros de Barracas.

—¿Qué pasa?— preguntamos.

—En Avellaneda y en Lanús la gente se está viniendo al centro— contestaron.

—¿Cómo es esto?

—Sí, no sabemos quién largó la consigna, pero toda la gente está marchando desde hace algunas horas hacia Buenos Aires.

—Pero la C.G.T., en la reunión de anoche —les dijimos—, dio la orden de la huelga general. ¿Qué es esa marcha?

—No sabemos —dijeron esos compañeros—. La cosa viene sola. Algunas fábricas que estaban trabajando, porque no habían recibido a tiempo la orden de la huelga general, han parado el trabajo, pero los hombres, en vez de irse a la casa, enfilan hacia Plaza de Mayo. ¿Ustedes saben algo?

—Lo único que sabemos —respondimos— es que Evita está en un auto

recorriendo los barrios y difundiendo la orden del paro general. (72)

En realidad, la idea de volcarse sobre la Plaza de Mayo brotó espontáneamente en el seno profundo de las masas populares, porque de otra manera no hubiera podido surgir. No hay orden alguna capaz de movilizar a un tiempo a centenares de miles de hombres, mujeres y niños, sino cuándo esas multitudes sienten la necesidad de manifestarse en los momentos decisivos de su existencia.

Nos lanzamos a la calle a restablecer todos los contactos. El teléfono del sindicato sonaba desde hacía dos horas, confirmando todo lo dicho por los compañeros de Barracas. Tratamos de tomar contacto con el cuerpo de delegados metalúrgicos del Gran Buenos Aires. Pero se habían prácticamente diluido en el océano de mil manifestaciones y columnas parciales; las masas habían deglutido a los sistemas de organización sindical y los miles de delegados de fábrica estaban a la cabeza de la muchedumbre, que debía encontrar su unidad a través de cien calles y barrios en la histórica Plaza de Mayo.

A las 8:15 horas pasamos en el taxi de un chofer amigo, cargado de metalúrgicos, por la esquina de Independencia y Paseo Colón, en circunstancias que un grupo de manifestantes era disuelto (y se reagrupaba una cuadra más adelante) por la policía. Ya a los 8:40 de la mañana había unas 1000 personas en la Plaza de Mayo; en ese momento llegaban a ella refuerzos de la Policía Montada. Nos encontramos con un vigilante, bastante desorientado, como toda la policía lo estaba ese día. A nuestras preguntas contestó que en la jurisdicción de la Comisaría 30a la policía intentaba inútilmente disolver una manifestación de unos 10.000 obreros y obreras reunida frente al Puente Pueyrredón.

A esta hora —eran las 9:30 horas— habíamos pintado el taxi con letreros a cal que decían: “Queremos a Perón”.

Seguimos recorriendo los barrios y la muchedumbre nos aclamaba al ver el coche pintarrajeado. Espontáneamente y con los elementos que encontraban a mano, los trabajadores, sobre la marcha, improvisaban leyendas, carteles y cartelones de todo género y con las frases más pintorescas, pero que tenían de común un nombre: Perón.

A medida que pasaban las horas, en ese día sin término y sin fatiga, se repetía el espectáculo, barrio tras barrio: en la calle Belgrano, hacia el puerto, se disolvía

sin resistencia un grupo de 40 personas; después seguían caminando por las veredas, con la consigna inesperada que unificó al pueblo ese día: todos a Plaza de Mayo.

Se creó un sistema de comunicaciones que no se fundaba en el telégrafo, sino en la noticia que volaba a viva voz de grupo a grupo y que adquirió una perfección insospechable cuando comenzaron a aparecer los camiones cargados de obreros.

A alguien o a muchos se les ocurrió al mismo tiempo, por obra de la necesidad, la iniciativa de detener un camión, un colectivo, un ómnibus o un tranvía, ordenar imperativamente a los guardas y choferes cambiar de rumbo y dirigirse hacia el centro. La propia multitud —esto lo vimos decenas de veces— tomaba los cables del “trolley” de los tranvías, los daba vuelta y el motorman empezaba a manejar el vehículo en dirección inversa. Los manifestantes subían entonces atropelladamente al tranvía, lo ocupaban por entero y se encaramaban a sus techos, mientras que los trabajadores que no habían podido meterse en el vehículo hacían lo mismo con el ómnibus, camión o tranvía siguiente. El sistema de transporte de Buenos Aires adquirió un orden rígido: ese día funcionó en una sola dirección.

A medida que cruzábamos en medio de los más diversos grupos de manifestantes, recibíamos y retribuíamos todo género de noticias, de consignas y de aclamaciones. Así nos informamos con orgullo que en casi todos los grupos había metalúrgicos, a veces fábricas y talleres enteros. Nos dijeron unos manifestantes, que en número de unos 5000 desfilaba por la calle Vieytes, que a lo largo de la avenida Montes de Oca ya marchaba una manifestación que cubría diez cuadras. En todos los barrios, según las noticias que íbamos recibiendo de los manifestantes, la policía estaba intentando disolver y reprimir a la multitud, aunque sin emplearse a fondo.

Después del mediodía, la actitud de la policía comenzó a cambiar. Lo notamos en los numerosos vigilantes que perdían su aire de autoridad. Nos miraban ya sea con una actitud confusa o con una vaga simpatía. La situación se aclaró de repente cuando vimos, a eso de las 15 horas, atravesar a toda velocidad, cruzando en frente de nuestro taxi, a un camión de Correos cargado de vigilantes que gritaban, ante nuestra sorpresa:

—¡Viva Perón!

Estábamos en ese momento en avenida San Martín y Donato Álvarez. Inmediatamente nos llegó la noticia de que Perón, que sabíamos detenido en el Hospital Militar, acababa de ser puesto en libertad. Decidimos con el taxista ir hasta Barracas a examinar la situación y propagar la noticia. Al llegar a la avenida Vélez Sársfield se había detenido una inmensa columna, integrada en parte por nuestros compañeros del taller CATITA, que avanzaba hacia el Congreso Nacional. Bajamos a conversar con la cabeza de la columna.

A pocos metros estaba la seccional de policía, con varios oficiales y agentes en la puerta, que nos observaban con atención. Fuimos en delegación a sondear el estado de ánimo de los policías. Conversamos con ellos y de paso les informamos que Perón había sido puesto en libertad. Ya no cabía asombrarse cuando el grupo de vigilantes prorrumpió en un estentóreo “¡Viva Perón!”.

¿Qué pasaba con la policía? Era muy simple, y luego lo comprendimos. En primer lugar, los guardianes del orden tienen una sensibilidad muy especial para distinguir dónde está el poder real y el orden establecido. A medida que transcurría la jornada, al cuerpo de tropa le resultó evidente, por estar en la calle, que no había fuerza policial capaz de imponerse a una muchedumbre de mil cabezas que brotaba de todos los rincones de la ciudad y era incontable e incontenible. Esta muchedumbre, además, estaba formada no solo por hombres, sino por mujeres, niños y ancianos. Los obreros arrastraron a toda su familia a la lucha y, probablemente, muchas mujeres arrastraron a ella a sus hombres. La policía advirtió, en segundo lugar, que el “orden” ya no existía, que el Departamento Central no tenía una idea definida de los acontecimientos que se estaban produciendo, que los agentes ya no sabían bien a quién debían obedecer, pues, en realidad, el poder estaba ya repartido en varias manos, o dicho en otros términos, gobernaban varios y nadie por completo.

La confusión reinante en las cumbres del gobierno, desgarrado por las disputas de los militares, la presión de la oligarquía y el arrepentimiento de muchos oficiales que habían conspirado contra Perón diez días antes por creer que no contaba con el pueblo y que debían ahora admitir que estaban equivocados, se reflejaba en los vigilantes.

A lo largo de ese 17 de Octubre el poder flotaba en el vacío, y si sus azorados dueños no sabían cómo escapar de ese callejón sin salida, menos podían confiar en sí mismos sus ejecutores subalternos. Esa crisis del poder liberó los verdaderos sentimientos de los agentes de la tropa, muchos de ellos provincianos y con bajos sueldos. Desaparecida en el curso de la jornada la presión jerárquica, los vigilantes se declararon peronistas. Rápidamente las manifestaciones, anteriormente disueltas por la policía, siguieron en adelante sin ser molestadas, fenómeno característico de todas las revoluciones populares y de toda crisis social que disuelven, por un momento al menos, los signos visibles de la coerción.

Volvimos con el taxi hacia San Telmo. En la esquina de Humberto 1° y Bolívar paramos el coche para arengar a una columna que descansaba un momento allí. En un bar próximo, la radio funcionaba sin cesar a toda voz, transmitiendo las noticias del gigantesco movimiento, sistematizadas por las informaciones procedentes de las comisarias seccionales. En ese momento se detuvo junto a nosotros un pequeño grupo de muchachos que venían coreando el nombre de Perón. El que iba al frente enarbolaba una escoba que en su punta llevaba un letrero. Este decía: “Los que están con Perón, que se vengan al montón”. Y se plegaron a la gran columna. Montonera viene de montón, y no es inútil recordarlo ahora.

Cuando llegamos a Plaza de Mayo, después de nuestra extensa recorrida por los barrios, estábamos afónicos de echar discursos y gritar consignas. Llegaba a la plaza justamente otra gran columna, en la que se habían refundido, desde el Congreso, por Avenida de Mayo, docenas de columnas parciales. Oíamos vocear los más diversos estribillos. Recuerdo uno que decía: “Piantate de la esquina, oligarca loco / el pueblo no te quiere y Perón tampoco”.

Estos cantitos tenían su explicación. Al caer la tarde, por Callao, por las Diagonales, por la Avenida de Mayo, la gente se dividía en dos clases sociales perfectamente distinguibles: los que marchaban por la calle en camisa y los que miraban desde las veredas con traje entero. Estos últimos eran los escasos representantes de la oligarquía y de la clase media que habían desfilado el 19 de septiembre en la “Marcha de la Constitución y la Libertad”, creídos que el país estaba ya en sus manos. Pero el sueño se había desvanecido con las masas en la calle.

Anohecía y seguíamos allí hora tras hora. ¿Quién podría extrañarse que las

mujeres y niños se remojasen en la fuente de la Plaza? La oligarquía, aterrorizada y despechada, se burló durante años del espectáculo que dimos esa noche, mal vestidos, transpirados, indignados. Pero, como dijo Jauretche, no estábamos rodeados de artefactos sanitarios, como las damas de la calle Santa Fe.

Al filo de medianoche, después que Avalos y Mercante (73) intentaron hablarnos inútilmente —la multitud se negó a escucharlos—, apareció Perón en los balcones de la Casa de Gobierno. Habló poco. Las aclamaciones y la alegría con que fueron recibidas sus palabras no son para olvidar fácilmente.

Empezamos a regresar a nuestras casas. Esa madrugada, los coroneles Velazco, Molina y Mujica tomaban el Departamento de Policía, el Ministerio de Guerra y la guarnición Buenos Aires, remachando así el frente único entre el Ejército y el Pueblo.

Sobre el 17 de Octubre, ya sabemos qué dijeron los diarios de la oligarquía. En cuanto a los socialistas, La Vanguardia escribió: “La parte del pueblo que vive su resentimiento, y acaso para su resentimiento, se desborda en las calles, amenaza, vocifera, atropella, asalta diarios, (74) persigue en su furia demoníaca a los propios adalides permanentes y responsables de su elevación y dignificación”.

El Partido Comunista, rematando su larga carrera de traiciones al país y a la clase obrera, juzgaba nuestras manifestaciones del siguiente modo: “Los pequeños clanes con aspecto de murga que recorrieron la ciudad no representan ninguna clase de la sociedad argentina. Era el malevaje reclutado por la policía y los funcionarios de la Secretaría de Trabajo y Previsión para amedrentar a la población”.

Los comu-bradenistas, en su odio antinacional, ya no sabían distinguir siquiera si éramos o no obreros los que recorrimos las calles aquel gran día. Su completo aislamiento del movimiento de masas, ayer como hoy, es la mejor lección que pudo enseñarles la clase obrera argentina.

Lo que ocurre después del 17 de Octubre pertenece a una historia que ya ha empezado a escribirse, pero que sobrepasa los fines de este trabajo. Solo diremos que la formación posterior del Frente Único Antiimperialista, que triunfa electoralmente el 24 de febrero de 1946 en la pugna Perón o Braden, merece un párrafo especial.

En lo que se llamó “peronismo” desde octubre del 45 en adelante, intervinieron clases sociales distintas, con sus propios intereses y contradicciones, que tuvieron gravitación en el movimiento nacional. Estuvieron desde la Iglesia y el Ejército hasta sectores de la burguesía industrial y de la clase media rural, además del proletariado urbano y de los peones del campo, que fueron el verdadero eje de la revolución popular.

Ese Frente Nacional se mantuvo cerca de diez años y se quebrantó antes de 1955 de manera irrevocable. La Iglesia inspiró los bombardeos de junio, los nacionalistas clericales prepararon la conspiración de septiembre en el Ejército, el propio Ejército fue diezmado por los “gorilas” y ya no es aquel de octubre del 45. La burguesía industrial, por su parte, desertó del Frente Nacional y postula hoy un imposible acuerdo con Estados Unidos.

Pero del mismo modo que el Frente del 45 pudo constituirse gracias a que los trabajadores salimos a la calle el 17 de Octubre, cosa que no debe olvidarse, también se hace necesario recordar que al caer Perón las clases y los sectores señalados abandonaron el movimiento nacional. Tan solo los trabajadores hemos quedado defendiendo las banderas de la Revolución Nacional. Si en la hora del triunfo la clase obrera participó del poder solo secundariamente, y el manejo del Estado y de la economía estuvo en manos de los políticos burgueses del peronismo, en la hora de la derrota y la lucha es precisamente la clase obrera la que se revela, como en el 45, la vanguardia del movimiento nacional.

Ha llegado el momento de pensar que en la futura oleada revolucionaria corresponda a los trabajadores la primacía que deriva de sus justos títulos a conducir la Nación. Ya no deben ser solamente la “espina dorsal” de la revolución, sino también su cerebro conductor. Ese momento anunciará no solo la hora de su independencia política, sino que esa misma independencia política, como clase, garantizará los intereses nacionales en su conjunto, la profundización de la revolución nacional inconclusa y la garantía inquebrantable de que el pueblo argentino no sufrirá un segundo golpe de septiembre.

■

68. José Peter, integrante del Partido Comunista, fue líder y fundador en 1931 de la Federación Obreros de la Industria de la Carne y, en 1937, de la Federación Obrera de la Alimentación. Fue uno de los dirigentes sindicales más importantes

anteriores al surgimiento del peronismo. A fines de 1943, la CGT N° 1 creó un sindicato de la carne paralelo al que dirigía Peter, con el nombre de Sindicato Autónomo de la Industria de la Carne, dirigida por Cipriano Reyes. Reyes, un adherente al peronismo en formación, fue desplazando gradualmente a Peter y la FOIC. En las elecciones de 1946, el Partido Comunista, que mantuvo una posición opuesta frontalmente al peronismo, no obtuvo ningún representante parlamentario, iniciando tanto política como sindicalmente un proceso de decadencia y pérdida de importancia. En ese proceso la FOIC terminó por desaparecer.

69. Cipriano Reyes lideraba el Sindicato Autónomo de la Industria de la Carne, una escisión de la Federación de Obreros de la Industria de la Carne (FOIC) conducido por entonces por el dirigente comunista José Peter, quien el 6 de junio de 1943 había sido detenido y enviado junto con otros dirigentes a la cárcel de Neuquén.

Reyes será uno de los animadores de la movilización del 17 de Octubre e inmediatamente después, junto a Luis Gay y otros dirigentes sindicales participará de la fundación del Partido Laborista a fin de apoyar la candidatura de Perón en las elecciones de 1946, en las que Reyes resultará elegido diputado nacional. Su oposición a la disolución del Partido Laborista para integrarse al Partido Único de la Revolución Nacional, luego Partido Peronista, lo lleva a renunciar al Comité Directivo Central para que un Congreso Nacional decidiera la suerte final del partido. Se aprobó la unificación con las demás agrupaciones, con la condición de respetarse una representación acorde a su importancia política y numérica; pero el 17 de junio del mismo año un comunicado de prensa de Perón anunció la disolución definitiva del partido.

Acusado de integrar un comando que atentaría contra Perón, fue encarcelado y recién liberado por la Revolución Libertadora.

En 1957 reorganizó el Partido Laborista, con una posición opuesta a la dictadura

militar y partidaria de restablecer la Constitución de 1949. Su intento no tuvo ninguna trascendencia política.

70. Alberto Belloni fue primero obrero mecánico, luego estatal, dirigente gremial y militante político de la “izquierda nacional”. Nacido en el seno de una humilde familia de inmigrantes italianos radicados en la provincia de Santa Fe, su padre fue obrero ferroviario y su madre empleada de limpieza.

Mientras trabajaba como obrero mecánico se vinculó a la vida sindical para luego ingresar al Partido Socialista de la Revolución Nacional. Desde entonces militó en grupos de la “izquierda nacional” que inspiraba Jorge Abelardo Ramos, desarrollando una intensa actividad sindical en el período de recomposición del movimiento obrero que sigue al derrocamiento de Perón.

En 1956 es designado secretario General de la Comisión Interna de Delegados de la ATE de la ciudad de Rosario, cargo que desempeña hasta 1959, y en 1957 es nombrado miembro de la Comisión Directiva de “las 62 Organizaciones Sindicales” de esa ciudad, que se constituye cuando la CGT permanece intervenida por el gobierno militar. Al mismo tiempo, participa como delegado en asambleas y congresos de “las 62 Organizaciones” a nivel nacional.

Delegado en reuniones y congresos de la CGT a nivel nacional, en 1965 se traslada a la ciudad de Buenos Aires, donde se desempeña como docente de historia argentina y de América latina en el Instituto Bachiller que prepara alumnos para su ingreso a la Universidad. Cofundador del grupo de intelectuales que bajo el nombre de “Cóndor” trajo a la reflexión y discusión la importancia del nacionalismo popular de izquierda en la Argentina, en 1960 publica Del anarquismo al peronismo, que alcanzará amplia difusión en la década y media siguiente, Belloni presenta el 17 de Octubre de 1945 como un momento en que “el proletariado argentino reencuentra la tradición popular y nacional”. Dos años después aparece su libro Peronismo y socialismo nacional.

Integrante activo de la CGT de los Argentinos, durante el período 1973/74 es designado profesor de Historia Económica y Social en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata. Amenazado por la Triple A, parte al exilio, donde morirá en 2005.

71. Activista de Forja y militante sindical, primero en la Agrupación de Obreros y Empleados de Gas y luego en la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE). En octubre de 1945 es ya una figura importante de ATE, por lo cual es designado para representar al gremio, junto con otros tres compañeros: Conditti, Alpuy y Tesorieri, en la reunión del Comité Central Confederal, que se realiza el 16 de octubre de 1945, al atardecer, teniendo como eje principal ratificar o rechazar el paro general que ya ha dispuesto la Comisión Administrativa de la CGT, con motivo de la detención del coronel Perón.

A fin de consolidar su posición para dicho debate, conversa, la noche anterior, con Arturo Jauretche, analizando la situación política conflictiva que está viviendo la Argentina y la posición del movimiento obrero frente a la misma.

El 16 de octubre, los ferroviarios, la delegación más numerosa, se inclinan por una posición moderada, oponiéndose a toda medida de fuerza. La intervención de Libertario Ferrari adquiere entonces enorme importancia, pues la solidez de sus argumentos, como también su mayor profundidad política, influyen decididamente sobre la asamblea obrera.

Al producirse la votación, la delegación de ATE se divide: de los cuatro integrantes, José Tesorieri se encuentra ausente mientras Aniceto Alpuy vota contra la huelga. En cambio, Libertario y Cecilio Conditti apoyan la huelga. La moción por la cual declara paro general para el 18 de octubre triunfa por 16 votos contra 11.

Al constituirse, poco después, el Partido Laborista y confeccionarse la lista de candidatos a diputados, para las elecciones del 24 de febrero, Libertario rechaza toda nominación, a pesar de la insistencia de sus compañeros: “Mi lucha está en el campo obrero”, afirma.

En 1947, a los 35 años de edad, fallece en un accidente producido en Natal, Brasil, al caer el avión que lo conducía a Ginebra junto a otros compañeros (N. del E.).

72. Se trata de una versión que circuló entre los dirigentes y activistas gremiales. Según otros (Rogelio García Lupo, por ejemplo) Evita se encontraba oculta en Junín, lo que suena muy razonable, ya que desde el momento en que Perón había sido detenido su vida corría serio riesgo: los grupos militares que en dos oportunidades habían estado a punto de asesinar a Perón, no habrían vacilado un instante en ultimar a Evita. La joven que recorría las barriadas obreras difundiendo la orden de paro general habría sido “la alemancita” Isabel Ernst, secretaria del teniente Coronel Mercante (N. del E.).

73. Luego de que Ávalos fuera silenciado por la rechifla general, al tomar el micrófono, muy arteramente Mercante comenzó: “Dice el general Ávalos...”, lo que fue inmediatamente respondido por el abucheo de la multitud (N. del E.).

74. El redactor de La Vanguardia se refería al grupo que apedreó el frente diario Crítica, en el 1333 de la Avenida de Mayo. Desde el interior del periódico matones armados dispararon sus pistolas, abatiendo al joven Darwin Passaponti, de tan solo 17 años, “detalle” que no es mencionado por ninguno de los periódicos afines a la oligarquía (N. del E.).